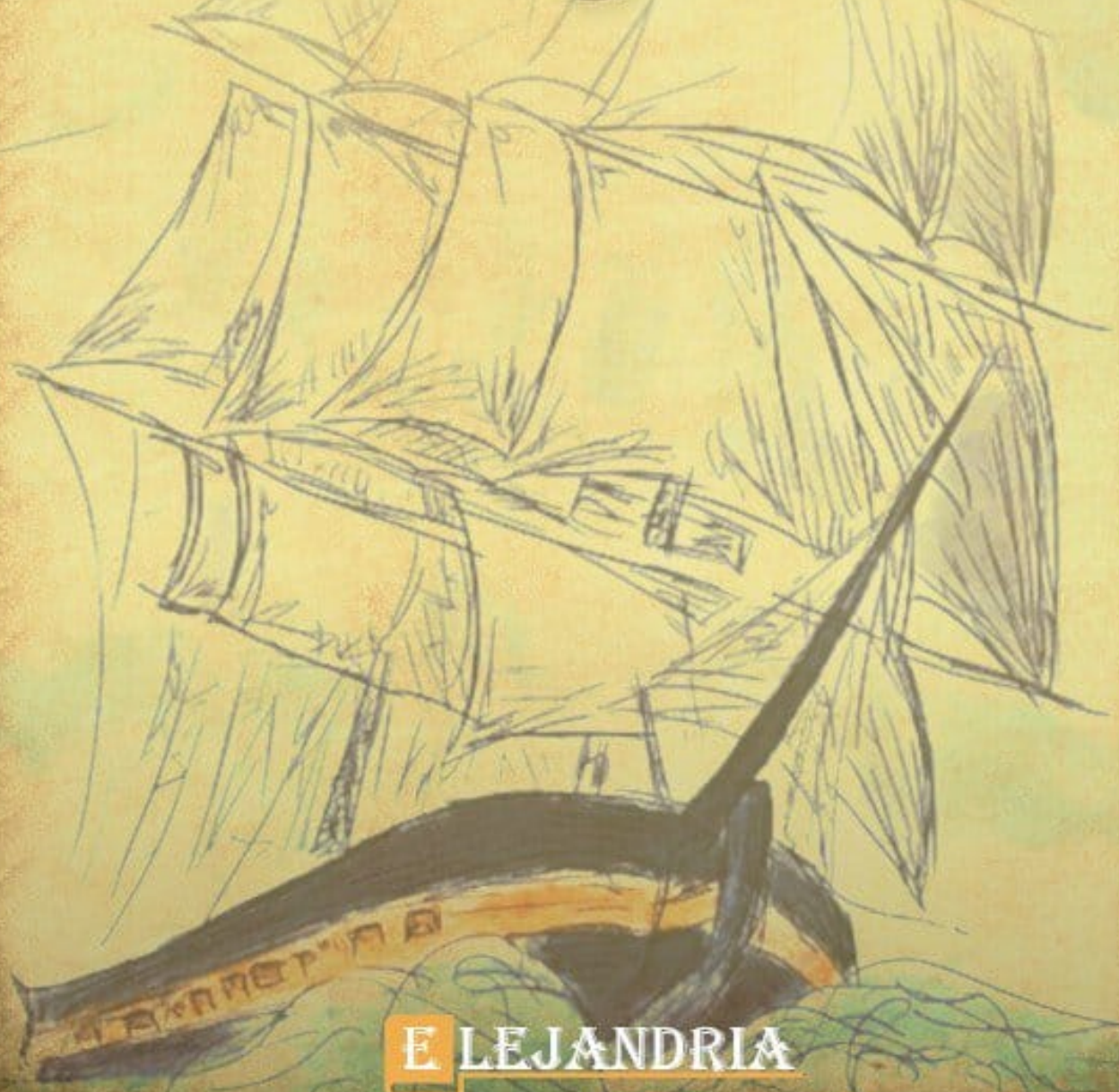


Emilio Salgari

El Corsario Negro



E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

EL CORSARIO NEGRO

EMILIO SALGARI

PUBLICADO: 1898

FUENTE: CERVANTES VIRTUAL

TRANSCRIPCIÓN Y CORRECCIÓN: ELEJANDRÍA

**EDICIÓN ORIGINAL: MADRID, SATURNINO CALLEJA
FERNÁNDEZ, [189-?]**

CAPÍTULO I

LOS FILIBUSTEROS DE LA ISLA DE LA TORTUGA

Entre las tinieblas y alzándose del mar, resonó una voz robusta que vibraba con timbre ligeramente metálico, lanzando estas amenazadoras palabras:

— ¡Los de la canoa! ¡Alto, u os echo a pique!

Como si huyese de un grave peligro, se alejaba de la alta costa que se delineaba confusamente sobre las aguas de color de tinta, una barquilla tripulada por dos hombres, y que avanzaba de un modo fatigoso.

Ambos marineros, al oír la voz, retiraron en el acto los remos, miraron inquietos ante ellos, y aguzaron la vista al descubrir una gran sombra que no parecía sino que surgiera de improviso del seno del mar.

Tenían como unos cuarenta años, y sus facciones enérgicas y angulosas parecíanlo más aún a causa de lo enmarañado de sus incultas barbas, de las cuales pudiera creerse que no habían conocido jamás el peine ni el cepillo.

Llevaban cubierta la cabeza con amplios sombreros agujereados en varias partes, y cuyas alas aparecían rotas y como dentelladas; unas camisas de franela, rasgadas, descoloridas y sin mangas, medio les resguardaba el robusto pecho, y ceñidas a la cintura llevaban fajas rojas, reducidas a miser-

able estado, pero que sostenían un par de aquellas grandes y pesadas pistolas que se usaban en los últimos años del siglo decimosexto. No menos desgarrados tenían los calzones, y en las pantorrillas y los pies desnudos mostraban manifiestas señales de haber caminado por lugares fangosos.

Aquellos dos hombres, que cualquiera habría tomado por fugitivos escapados de algún presidio del Golfo de México si en aquel tiempo hubieran existido tales establecimientos, al ver ante ellos la gran sombra que se destacaba de un modo preciso sobre el sombrío azul del horizonte y entre el cabrilleo de las estrellas, cambiaron entre sí una mirada de inquietud.

—Carmaux, mira bien —dijo el que parecía más joven—; tú tienes mejor vista que yo. Se trata de la vida o de la muerte.

—Veo que es un gran barco; y aun cuando no está más que a una distancia de tres tiros de pistola, no sé decir si viene de la Tortuga o de las colonias españolas.

—¿Serán amigos?... ¡Hum! ¡Atreverse a venir hasta aquí, casi al alcance de los cañones de los fuertes, y corriendo el peligro de encontrar alguna escuadra de navíos de alto bordo, de los que escoltan los galeones cargados de oro!...

—Sean quienes fueren, nos han visto, Wan Stiller, y no nos dejarán escapar. Si lo intentásemos, bastaría con un metrallazo para que nos enviasen a presencia de Belcebú.

La misma voz de antes, potente y sonora, volvió a resonar segunda vez entre las tinieblas, yendo a perderse su eco en la lejanía de las aguas del gran Golfo:

—¿Quién vive?

—¡El Diablo! —murmuró el llamado Wan Stiller.

En cambio, su compañero se subió en uno de los bancos, y con toda la fuerza de sus pulmones gritó:

—¿Quién es el audaz que quiere saber de dónde venimos? Si tanta curiosidad tiene, que venga junto a nosotros, y se lo diremos a pistoletazos.

Esta baladronada, en lugar de incomodar al que los interrogaba desde la cubierta del barco, pareció complacerle, porque contestó:

—¡Avancen los valientes, y vengan a abrazar a los hermanos de la costa!

Los dos hombres de la canoa lanzaron un grito de alegría.

—¡Los hermanos de la costa! —exclamaron.

En seguida Carmaux añadió:

—¡Que me trague el mar si esa voz que nos ha dado tan buena noticia no es una voz conocida!

—¿Quién crees que pueda ser? —preguntó el compañero, que había vuelto a coger el remo y lo manejaba con extraordinario brío.

—Un solo hombre, entre todos los valientes de la Tortuga, puede atreverse a venir hasta ponerse bajo los cañones de los fuertes españoles.

—¿Quién?

—El Corsario Negro.

—¡Truenos de Hamburgo!... ¡Él!... ¡El mismo!

—¡Qué noticia tan triste para ese marino audaz! —murmuró Carmaux dando un suspiro—. ¡Y ha muerto; no hay duda!

—Y quizás creería llegar a tiempo para arrancarle vivo de las manos de los españoles. ¿No es verdad, amigo?

—Sí, Wan Stiller.

—¡Y es el segundo que le ahorcan!

—Sí, el segundo. ¡Dos hermanos, y los dos colgados de una infame horca!

—Se vengará, Carmaux.

—Lo creo; y nosotros estaremos a su lado. El día en que vea ahorcar a ese condenado gobernador de Maracaibo, será el más feliz de mi vida, y daré fin de las dos esmeraldas que llevo cosidas en los calzones. Por lo menos, comeré y beberé mil piastras con los camaradas.

—¡Ya estamos! ¿No te lo decía yo? ¡Es la nave del Corsario Negro!

Hallábanse a medio cable de distancia del barco, y ya podía vérselo bien. Era éste un barco de carrera, de los que utilizaban los filibusteros de la Tor-

tuga para dar caza a los grandes galeones españoles que traían a Europa los tesoros de América Central, de México y de las regiones ecuatoriales.

Buenos veleros, de alta arboladura, con objeto de poder aprovechar la más ligera brisa, de carena estrecha, y de proa y popa elevadísimas, como se usaban entonces, iban formidablemente armados.

Doce bocas de fuego, doce carronadas, asomaban a un lado y al otro amenazando a babor y estribor, en tanto que en lo alto de la cubierta de cámara los gruesos cañones de caza parecían destinados a barrer a metrallazos el puente de los barcos enemigos.

El buque corsario se había puesto al paio para esperar a la canoa; pero sobre la proa, y a la luz de un farol, se veían diez o doce hombres armados de fusiles, dispuestos a hacer fuego ante la más leve sospecha.

Los dos marineros de la canoa, así que llegaron al costado del velero, cogieron un cabo que les habían echado juntamente con una escala de cuerda, aseguraron la embarcación, retiraron los remos, y en seguida se izaron con sorprendente agilidad sobre la cubierta.

Dos hombres, ambos con fusiles, apuntaron sobre los recién llegados, mientras que un tercero, proyectando sobre ellos la luz de una linterna, les preguntó:

—¿Quiénes sois?

—¡Por Belcebú, mi patrón! —exclamó Carmaux—. ¿Ya no se conoce aquí a los amigos?

—¡Que me trague un tiburón si no es éste el vizcaíno Carmaux! —gritó el hombre de la linterna—. ¿Cómo estás vivo todavía, si en la Tortuga todos te creían muerto? ¡Tate! ¡Otro resucitado! ¿No eres el hamburgués Wan Stiller?

—En carne y hueso —repuso éste.

—¿Es decir, que también tú has escapado del dogal?

—La muerte no me quería, y, en vista de eso, pensé que era mejor vivir todavía unos cuantos años más.

—¿Y el jefe?

—¡Silencio! —dijo Carmaux.

—Puedes hablar: ¿ha muerto?

—¡Bandada de cuervos! ¿Habéis concluido de graznar? —gritó la voz metálica que dirigiera palabras amenazadoras a los hombres de la canoa.

—¡Truenos de Hamburgo! ¡El Corsario Negro! —barbotó Wan Stiller estremeciéndose.

Carmaux, alzando la voz, respondió:

—¡Aquí estamos, comandante!

Del puente de órdenes descendió un hombre, que se dirigió hacia ellos con una mano apoyada en la culata de una de las pistolas que le pendían del cinto.

Iba vestido completamente de negro, con una elegancia que no era frecuente ver entre los filibusteros del Golfo de México, hombres que, por lo general, se contentaban con un par de calzones y una camisa, y que se cuidaban más de las armas que de la indumentaria.

Llevaba una rica casaca de seda negra, adornada con encajes del mismo color: las vueltas de piel eran negras también; el calzón, de la misma seda y tono que la casaca, lo ceñía una amplia faja franjeada; calzaba altas botas a la escudera, y cubría la cabeza con un gran chambergo de fieltro, en el que lucía una gran pluma negra, que le caía sobre la espalda.

Como en el vestido, también en el aspecto de aquel hombre había algo de fúnebre, pues su rostro pálido, marmóreo, se destacaba de un modo extraño entre la negrura del colete y las largas guedejas de sus cabellos; llevaba la barba cortada en horquilla, como la de los nazarenos, y la tenía un poco rizada.

Sus facciones eran hermosísimas: la nariz, de gran regularidad, los labios, pequeños y rojos como el coral, la frente, amplia, surcada por ligera arruga, lo que imprimía a aquel rostro un no sé qué de melancólico; ojos de perfecto diseño, negros como carbunclos, y animados por una luz tal, que en ciertos momentos debían de asustar incluso a los más intrépidos filibusteros de todo el Golfo.

Lo elevado de su estatura, su porte elegante, sus manos aristocráticas; todo le hacía reconocer al primer golpe de vista como hombre de alta condición social y, sobre todo, acostumbrado a mandar.

Los dos marineros de la canoa, al verle acercarse, se habían mirado con cierta inquietud murmurando:

—¡El Corsario Negro!

—¿Quiénes sois? ¿De dónde venís? —preguntó el Corsario parándose ante ellos, siempre con la diestra en la culata de la pistola.

—Somos filibusteros de la Tortuga; dos hermanos de la costa —contestó Carmaux.

—¿Y venís?

—De Maracaibo.

—¿Habéis escapado de las manos de los españoles?

—Sí, comandante.

—¿A qué barco pertenecíais?

—Al del Corsario Rojo.

Al oír estas palabras, el Corsario Negro se estremeció, y estuvo un momento silencioso mirando a los dos filibusteros con ojos que arrojaban llamas.

—¡Al barco de mi hermano! —dijo al fin con voz temblorosa.

Agarró bruscamente a Carmaux por un brazo, y le condujo hacia popa, llevándole casi a la fuerza.

Llegados bajo el puente de órdenes, levantó la cabeza hacia un hombre que se veía allá arriba, derecho y como si esperase algún mandato, y le dijo:

—Cruzaremos siempre al largo, señor Morgan: sobre las armas todos; los artilleros, con las mechas encendidas, y usted me advertirá cualquier cosa que pueda suceder.

—Muy bien, comandante —contestó el otro—. No se acercará barco ni chalupa alguna sin que deje de advertírselo a usted.

El Corsario Negro descendió al corredor y penetró en una camareta amueblada con mucha elegancia e iluminada por una lámpara dorada, a pesar de que a bordo de los barcos filibusteros no podía encenderse luz alguna después de las nueve de la noche. El Corsario señaló a Carmaux una silla, y le dijo lacónicamente:

— Ahora puedes hablar.

— Estoy a sus órdenes, comandante.

En lugar de interrogarle, el Corsario se puso a mirarle fijamente, con los brazos cruzados sobre el pecho. Estaba más pálido que de costumbre, casi lívido, y su pecho se alzaba bajo el impulso de frecuentes suspiros.

Por dos veces había abierto los labios como para hablar; pero volvió a cerrarlos otras tantas veces, como si tuviese miedo de hacer una pregunta cuya respuesta sospechaba que debía de ser terrible.

Por fin, haciendo un esfuerzo, preguntó con voz sorda:

— Le han matado; ¿verdad?

— ¿A quién?

— A mi hermano, al que llamábamos el Corsario Rojo.

— Sí, comandante —contestó Carmaux dando un suspiro—. Le han matado, lo mismo que mataron al otro hermano, al Corsario Verde.

Un grito ronco, que tenía algo de salvaje y de desgarrador al propio tiempo, salió de la garganta del comandante.

Carmaux le vio palidecer horriblemente, llevarse una mano al corazón, y después, dejarse caer en una silla ocultándose el rostro con la ancha ala del sombrero.

El Corsario permaneció en tal postura algunos minutos, durante los cuales el marinero de la canoa le oyó sollozar; pero en seguida se puso en pie como si se hubiese avergonzado de aquel momento de debilidad. La tremenda emoción que le acometiera, había desaparecido por completo: tenía tranquilo el rostro, la frente serena, y el color, no más marmóreo que antes; mas, en cambio, animaba sus miradas una luz tan tétrica, que daba miedo.

Dio dos vueltas por la camareta como si hubiera querido tranquilizarse por completo antes de proseguir el diálogo, y en seguida volvió a sentarse, diciendo:

— ¡Ya temía yo que llegaría demasiado tarde; pero me queda la venganza! ¿Le han fusilado?

— Ahorcado, señor.

— ¿Estás seguro?

— Yo le he visto con mis propios ojos pendiente de la horca levantada en la Plaza de Granada.

— ¿Cuándo le mataron?

— Hoy a mediodía.

— ¿Y cómo murió?

— Como un héroe, señor. No podía morir de otro modo el Corsario Rojo; así...

— Prosigue.

— Cuando ya el lazo le apretaba, tuvo todavía fuerza de ánimo bastante para escupir en la cara al gobernador.

— ¿A ese perro de Wan Guld?

— Sí, al duque flamenco.

— ¡Todavía él! ¡Siempre él! ¡Me ha jurado un odio feroz, por lo visto! ¡Un hermano muerto a traición, y dos ahorcados por él!

— Eran ambos los corsarios más audaces del Golfo, señor, y natural, por lo tanto, que los odiase.

— ¡Pero me queda la venganza! —gritó el filibustero con voz terrible—. ¡No; no moriré sin antes haber exterminado a ese Wan Guld y a toda su familia, y entregado a las llamas la ciudad que gobierna! ¡Maracaibo, me has sido fatal, y yo también seré fatal para ti! ¡Aun cuando tenga que llamar en mi socorro a todos los filibusteros de la Tortuga y a todos los de Santo Domingo y de Cuba, no dejaré de ti piedra sobre piedra! Ahora habla, amigo; cuéntamelo todo. ¿Cómo os han preso?

—No nos prendieron por la fuerza de las armas, sino por sorpresa, a traición, cuando estábamos inermes, comandante. Como usted ya sabe, su hermano de usted se había dirigido a Maracaibo para vengar la muerte del Corsario Verde, pues, como usted, había jurado ahorcar al duque flamenco. Éramos ochenta, todos resueltos y decididos a cualquier evento, incluso a hacer frente a una escuadra; pero habíamos echado las cuentas sin el mal tiempo.

»En la embocadura del Golfo de Maracaibo nos sorprendió un huracán tremendo, y las furiosas olas hicieron pedazos nuestro barco. Al cabo de infinitos peligros y fatigas, solamente pudimos alcanzar la costa veintiséis hombres: todos estábamos en tan deplorable situación, que no podíamos oponer resistencia alguna si nos atacaban; además, íbamos sin armas.

»Su hermano de usted nos animó y nos guió lentamente a través de los pantanos, por temor a que nos hubieran visto los españoles y a que se pusieran en nuestro seguimiento. Cuando creíamos que encontraríamos un refugio seguro en lo espeso de la floresta, caímos en una emboscada. Trecientos españoles, guiados por Wand Guld en persona, cayeron sobre nosotros, nos encerraron en un círculo de hierro, mataron a los que oponían resistencia, y, por último, nos condujeron prisioneros a Maracaibo.

—¿Estaba mi hermano en el número de los prisioneros?

—Sí, comandante. Aun cuando no llevaba más arma que un puñal, se había defendido como un león, prefiriendo morir en el campo antes que en la horca; pero el flamenco le reconoció, y, en lugar de hacerle matar de un tiro o de una estocada, mandó que le respetaran. Conducidos a Maracaibo después de haber sido maltratados por todos los soldados e injuriados por la población, nos condenaron a la horca. Pero ayer mañana, mi compañero Wan Stiller y yo, más afortunados, logramos escaparnos estrangulando a nuestro centinela.

»Desde la cabaña de un indio al lado de la cual nos habíamos refugiado, asistimos a la muerte de su hermano de usted y de sus animosos filibusteros; después, por la noche y ayudados por un negro, nos embarcamos en una canoa, decididos a atravesar el Golfo de México para poner pie en la isla de la Tortuga. Esto es todo, comandante.

—¡Y ha muerto mi hermano! —dijo el Corsario con calma terrible.

—Le he visto como le veo a usted ahora.

—¿Y todavía colgará de la horca infame?

—Allí estará pendiente tres días.

—¿Y después le arrojarán a cualquier muladar?

—Seguramente, comandante.

El Corsario se había levantado bruscamente y acercádose al filibustero.

—¿Tienes miedo? —le preguntó con extraña voz.

—Ni a Belcebú, comandante.

—Entonces, ¿no temerás a la muerte?

—No.

—¿Me seguirás?

—¿Adónde?

—A Maracaibo.

—¿Cuándo?

—Esta noche.

—¿Vamos a asaltar la ciudad?

—No: no somos bastantes en número ahora; pero más adelante Wan Guld tendrá noticias mías. Iremos nosotros dos y tu compañero.

—¿Solos? —preguntó Carmaux estupefacto.

—Solos.

—Pero ¿qué quiere usted hacer?

—Coger el cadáver de mi hermano.

—¡Cuidado, comandante! Corre usted peligro de que le prendan.

—¿Sabes tú, pues, quién es el Corsario Negro?

—¡Rayos y truenos! ¡Es el filibustero más audaz de la Tortuga!

—Ve, pues, a esperarme sobre cubierta, y manda que preparen una chalupa.

—Es inútil, capitán; tenemos nuestra canoa, que es una verdadera barca de carrera.

—¡Anda!

CAPÍTULO II

UNA EXPEDICIÓN AUDAZ

Carmaux se apresuró a obedecer, pues sabía que era peligrosa toda vacilación con el Corsario.

Ante la escotilla le esperaba Wan Stiller en compañía del contramaestre, de la tripulación y de algunos filibusteros, quienes le interrogaban acerca del desgraciado fin del Corsario Rojo y de sus gentes, manifestando propósitos terribles de venganza contra los españoles de Maracaibo y, sobre todo, contra el gobernador. Cuando el hamburgués supo que había que disponer la canoa para regresar a la costa de la cual habían podido alejarse precipitada y milagrosamente, no pudo disimular su asombro y sus recelos.

— ¡Volver otra vez allá abajo!... — exclamó—. Dejaremos allí el pellejo, Carmaux.

— ¡Bah! Por esta vez, no iremos solos.

— Entonces, ¿quién va a acompañarnos?

— El Corsario Negro.

— En ese caso, no temo nada. Ese diablo de hombre vale por cien filibusteros. Pero vendrá solo.

—No importa, Carmaux: no hay nada que temer con él.

—¿Y volveremos a entrar en Maracaibo?

—Sí, amigo mío; y seremos unos héroes si logramos llevar la empresa a buen fin. Tú, contraмаestre, manda que pongan tres fusiles en la canoa, las municiones correspondientes, un par de hachas de abordaje para nosotros dos, y algo que comer. Nunca sabe uno lo que puede suceder, ni nadie adivinará cuándo volveremos.

—Ya está hecho eso —respondió el contraмаestre—. Ni siquiera me he olvidado del tabaco.

—Gracias, amigo: eres la perla de los contraмаestres.

—¡Ahí está! —dijo en aquel momento Wan Stiller.

Sobre la cubierta apareció el Corsario. Vestía un fúnebre traje; pero se había ceñido una espada muy larga, y puesto en el cinto un par de grandes pistolas y un puñal de los que llamaban los españoles de misericordia. Terciado en el brazo llevaba un amplio ferreruelo, negro como el traje.

Se acercó al hombre que estaba en el puente de órdenes, y que debía de ser el segundo comandante; cambió con él algunas palabras, y en seguida, dirigiéndose a los dos filibusteros, dijo brevemente:

—¡En marcha!

Bajaron a la canoa los tres. El Corsario se envolvió en su ferreruelo y se sentó a proa, y los filibusteros, echando mano a los remos, volvieron a comenzar con grandes alientos la fatigosa maniobra.

El barco filibustero apagó las luces de posición, orientó las velas, y se puso a seguir a la canoa, corriendo bordadas para no adelantarse. Probablemente, habría querido el segundo comandante escoltar a su jefe hasta la costa para protegerle en caso de una sorpresa.

El Corsario, medio tendido en la proa y con la cabeza apoyada en un brazo, iba silencioso; pero su mirada, tan perspicaz como la de un águila, escrutaba atentamente el negro horizonte, como si tratase de distinguir la costa americana, envuelta en las tinieblas.

De tiempo en tiempo volvía la cabeza hacia su barco, que le seguía siempre a una distancia de siete u ocho cables; después volvía a mirar hacia el

Sur.

Wan Stiller y Carmaux bogaban con gran brío, haciendo volar sobre las negras aguas al sutil y esbelto botecillo. Ni a uno ni a otro parecía que los preocupaba el regreso hacia aquellas costas, pobladas por sus implacables enemigos: tanta era la confianza que tenían en la audacia y el valor del formidable Corsario, cuyo solo nombre bastaba para esparcir el terror en todas las ciudades marítimas del gran Golfo mexicano.

El mar interior de Maracaibo, tan tranquilo como si fuese de aceite, permitía avanzar a la veloz embarcación sin gran fatiga de los remeros. Como en aquel sitio la costa no es dura, y, además, hallase resguardada por dos Cabos que la protegen contra los oleajes del gran Golfo, no hay nunca marejada, y, por lo tanto, sólo de cuando en cuando se encrespan las aguas.

Hacía una hora que bogaban los dos filibusteros, cuando el Corsario Negro, que hasta entonces había conservado una absoluta inmovilidad, se puso en pie, como si quisiera abarcar con la mirada mayor espacio.

Una luz, que no podía confundirse con una estrella, brillaba a flor de agua hacia el Sudoeste, y con intervalos de un minuto.

—¡Maracaibo! —dijo el Corsario con sombrío acento, en el que se advertía un movimiento de furor.

—Sí —contestó Carmaux que se había vuelto.

—¿A qué distancia estamos?

—A unas tres millas quizás, capitán.

—¿Entonces, llegaremos a media noche?

—Sí.

—¿Hay algún crucero?

—El de los aduaneros.

—Es preciso que no nos vea.

—Nosotros conocemos un sitio donde podremos desembarcar con tranquilidad y esconder la canoa entre los paletuvios.

—¡Adelante!

—Una palabra, capitán.

—Habla.

—Sería bueno que ya no se acercase más el barco.

—Ya ha virado de bordo, y nos esperará al largo —contestó el Corsario.

Estuvo silencioso algunos instantes, añadiendo:

—¿Es cierto que hay una escuadra en el lago?

—Sí, comandante; la del contralmirante Toledo, que vigila a Maracaibo y Gibraltar.

—¡Ah! ¿Tienen miedo? Pero entre el Olonés, la Tortuga y nosotros la echaremos a pique. Hay que tener paciencia por algunos días todavía: después ya sabrá Wan Guld de lo que somos capaces.

Se envolvió de nuevo en su capa, se echó el sombrero hacia los ojos, y tornó a sentarse, siempre con la mirada fija sobre el punto luminoso que indicaba el faro del puerto.

La canoa reanudó su carrera, desviando la proa de la embocadura de Maracaibo, pues querían evitar un encuentro con el crucero de los aduaneros, quienes, sin duda alguna, los hubieran detenido, prendiéndolos en el acto.

Media hora después se divisaba perfectamente la costa del Golfo, la cual estaba distante unos tres o cuatro cables. Descendía con suavidad la playa, cubierta de espesura compuesta de paletuvios, plantas que crecen en las bocas de los ríos, y que producen fiebres terribles, entre ellas el vómito negro, o, por otro nombre, la fiebre amarilla.

Además, veíase recortarse sobre el estrellado cielo una vegetación compacta y oscura, entre la que se destacaban enormes haces de hojas plumeadas de gigantescas dimensiones.

Carmaux y Wan Stiller aminoraron el impulso de los remos, y se volvieron para mirar a la costa. Avanzaban con grandes precauciones, procurando no hacer ruido alguno y mirando con extremo cuidado hacia todas partes, como si temiesen alguna sorpresa.

En cambio, el Corsario Negro no se había movido; pero colocó delante de sí los tres fusiles para saludar con una descarga a la primera chalupa que se atreviera a acercarse.

Debía de ser ya media noche cuando embarrancó la canoa en medio de la manigua, ocultándose entre las plantas.

El Corsario se había levantado. Inspeccionó rápidamente la costa, y en seguida saltó a tierra ágilmente, atando a una rama la barquilla.

—Dejad los fusiles —dijo a Wan Stiller y a Carmaux—. ¿Tenéis pistolas?

—Sí, capitán —contestó el hamburgués.

—¿Sabéis en dónde estamos?

—A diez o doce millas de Maracaibo.

—¿Está situada la ciudad detrás de ese bosque?

—Al otro lado.

—¿Podemos entrar esta noche?

—Eso es imposible, capitán. El bosque es espesísimo, y no conseguiríamos atravesarle antes de mañana por la mañana.

—¿Es decir, que nos vemos obligados a esperar hasta mañana por la noche?

—Si no quiere usted arriesgarse a entrar en Maracaibo de día, será preciso resignarse a esperar.

—Mostrarnos de día en la ciudad, sería una imprudencia —contestó el Corsario como si hablase consigo mismo—. Si tuviese aquí mi barco dispuesto para apoyarnos y recogernos, me atrevería; pero el Rayo cruza ahora las aguas del gran Golfo.

Estuvo silencioso e inmóvil durante algunos instantes, como si reflexionara profundamente, y al cabo dijo:

—¿Podremos hallar todavía a mi hermano?

—Estará expuesto tres días en la Plaza de Granada —contestó Carmaux—. Creo habérselo dicho a usted ya.

—Entonces, tenemos tiempo. ¿Conoces a alguien en Maracaibo?

—Sí, a un negro; el que nos ofreció la canoa para escapar. Vive en las lindes de este bosque, en una cabaña aislada.

—¿No nos hará traición?

—Respondemos de él.

—¡Pues andando!

Subieron la playa, Carmaux delante, el Corsario en medio, y detrás Wan Stiller, y se metieron por entre la oscura selva, marchando con gran cautela, con el oído atento y con las manos en las culatas de las pistolas, pues podían caer en una emboscada impensada.

Tenebroso como una caverna alzábase ante ellos el inmenso bosque. Levantábanse a grandes alturas troncos de todas formas que sostenían desmesuradas hojas, las cuales impedían en absoluto ver ni una sola estrella.

Las ramas caían en festones por todas partes, cruzándose y entrecruzándose de mil modos y en mil direcciones, en tanto que por el suelo, retorcidas unas con otras, se deslizaban desmesuradas raíces, las cuales dificultaban no poco la marcha de los tres filibusteros, obligándolos a dar grandes rodeos para encontrar un paso, o a poner mano en las hachas de abordaje para cortarlas.

Varios resplandores como de grandes puntos luminosos, que a veces proyectaban verdaderos haces de luz, corrían por en medio de aquellos millares y millares de troncos, danzando, ya al nivel del suelo, ya en medio de las hojas. Se apagaban bruscamente, y en seguida volvían a encenderse formando como oleadas resplandecientes de incomparable belleza, y que tenían un no sé qué de fantástico.

Eran las grandes luciérnagas de la América meridional; las *vaga lume*, las cuales despedían una luz tan viva, que a su claridad podría leerse la escritura más pequeña a distancia de algunos metros, y que, encerradas tres o cuatro en un vaso de cristal, bastan para alumbrar perfectamente una habitación; el mismo fenómeno lo producen las *lampyris occidentalis*, bellísimos insectos fosforescentes que se encuentran en grandes cantidades en los bosques de la Guayana y del Ecuador.

Los tres filibusteros, siempre silenciosos, proseguían su marcha sin abandonar las precauciones, pues, además de los hombres, tenían que temer a los habitantes de la floresta, como son los sanguinarios jaguares y, sobre todo, las serpientes, especialmente las llamadas jaracas, reptiles venenosísimos, muy difíciles de ver, incluso en pleno día, pues tienen la piel del color de la hoja seca.

Habrían recorrido como unas dos millas, cuando Carmaux, que iba siempre delante, pues era el más práctico en aquellos lugares, se detuvo de repente montando precipitadamente una de sus pistolas.

—¿Un jaguar, o un hombre? —preguntó el Corsario sin mostrar la menor aprensión.

—Puede haber sido un jaguar; pero también un espía —contestó Carmaux—. En este país nunca se está seguro de ver el día de mañana.

—¿Por dónde ha pasado?

—A veinte pasos de mí.

El Corsario se inclinó a tierra, y escuchó atentamente conteniendo la respiración. A sus oídos llegó un ligero crujir de hojas; pero tan débil, que únicamente un oído muy ejercitado y muy fino podía oírlo.

—Puede ser un animal —contestó levantándose—. ¡Bah! Nosotros no somos hombres que nos asustemos. Empuñad los sables, y seguidme.

Dio vuelta en derredor del tronco de un árbol enorme que se erguía por encima de las palmas y se detuvo en medio de un grupo de hojas gigantes, escudriñando las tinieblas.

Cesó el crujir de las hojas: pero, en cambio, escuchó un ligero tintineo metálico, y a poco, un golpe seco, como si amartillasen un fusil.

—¡Quietos! —murmuró con un soplo de voz no más volviéndose a sus compañeros—. Aquí hay alguien que nos espía, y que espera el momento oportuno para hacer fuego sobre nosotros.

—¿Nos habrán visto desembarcar? —murmuró con inquietud Carmaux—. Estos españoles tienen espías en todas partes.

El Corsario había empuñado la espada con la diestra y con la siniestra una pistola, y procuraba dar vuelta en derredor de la masa de hojas sin pro-

ducir el menor ruido. De repente Carmaux y Wan Stiller le vieron lanzarse hacia adelante, y caer sobre una forma humana, que se irguió de repente entre la maleza.

El salto del Corsario había sido tan rápido e impetuoso, que el hombre que estaba emboscado había ido rodando con las piernas por alto, por efecto de un golpe recibido en pleno rostro con la guarda de la espada.

Carmaux y Wan Stiller se lanzaron sobre él, y mientras el primero se apresuraba a recoger el fusil que el emboscado había dejado caer, sin haber tenido tiempo de descargarlo, el otro le apuntaba con una pistola diciendo:

— ¡Si te mueves, eres hombre muerto!

— Es uno de nuestros enemigos — dijo el Corsario, que se había inclinado.

— Un soldado de ese maldito Wan Guld — contestó Wan Stiller —. ¿Qué era lo que hacía emboscado en este sitio? Tengo curiosidad por saberlo.

El español, que había quedado aturdido con el golpe, comenzaba a recuperar el sentido y trataba de levantarse.

— ¡Carrai! — masculló con un ligero temblor en la voz —. ¿Habré caído en las manos del Diablo?

— Lo has adivinado — dijo Carmaux —; ya que a vosotros os gusta llamarnos así a los filibusteros.

El español se estremeció fuertemente.

— Por ahora, no hay para que tener tanto miedo — le dijo riendo —. Consérvalo para más adelante, cuando bailes en el vacío un fandango con el extremo de un buen pedazo de sólida cuerda de cáñamo anudado al cuello.

En seguida, volviéndose hacia el Corsario, que miraba silencioso al prisionero, le dijo:

— ¿Le mato de un pistoletazo?

— No — contestó el capitán.

— ¿Prefiere usted ahorcarle de una rama de alguno de estos árboles?

— Tampoco.

—Quizás es uno de los que han ahorcado a los hermanos de la costa y al Corsario Rojo, mi capitán.

Ante este recuerdo, una luz terrible iluminó los ojos del Corsario Negro; pero en seguida se extinguió.

—No quiero que muera —dijo con voz sorda—. Vivo, puede sernos más útil que ahorcado.

—Entonces, le ataremos bien —dijeron ambos filibusteros.

Se quitaron las fajas de lana roja que llevaban ceñidas a la cintura, y sujetaron fuertemente los brazos del prisionero, sin que éste se atreviese a hacer resistencia.

—Ahora, vamos a ver quién eres —dijo Carmaux.

Encendió un pedazo de mecha de cañón que llevaba en el bolsillo, y lo acercó al rostro del español.

Aquel pobre diablo, que, por desgracia suya, había ido a caer en las manos de los formidables corsarios de la Tortuga, era un hombre que apenas tendría treinta años, largo y flaco como su compatriota Don Quijote; de cara angulosa, cubierta con una barba rojiza; de ojos grises, dilatados por el espanto.

Vestía casaca de piel amarilla y con algunos arabescos; calzones anchos y cortos, a rayas negras y rojas, y calzaba altas botas de cuero negro. En la cabeza llevaba un casco de acero, que adornaba una pluma vieja y casi sin barbas, y de la cintura le pendía una larga espada cuya vaina estaba muy estropeada por su extremidad.

—¡Por Belcebú, patrón! —exclamó Carmaux riendo—. Si el gobernador de Maracaibo tiene valientes como éste, tampoco los mantiene con capones, porque es más seco que un arenque ahumado. Creo, capitán, que no vale la pena de ahorcarle.

—Yo no he dicho que se le ahorque —contestó el Corsario.

En seguida, tocando al prisionero con la punta de la espada, le dijo:

—Si aprecias en algo el pellejo, hablarás.

—El pellejo ya lo tengo por perdido —contestó el español—. De vuestras manos no sale nadie con vida; y aun cuando yo os hubiese contado cuanto deseáis saber, seguiría pensando que no he de ver el día de mañana.

—¡El español tiene agallas! —repuso Wan Stiller.

—Y su respuesta vale bien su perdón —añadió el Corsario—. ¡Pronto! ¿Vas a hablar?

—No —contestó el prisionero.

—Te he prometido la vida.

—¿Y quién es el que va a creeros?

—¿Quién? Pero ¿sabes quién soy? Un filibustero.

—Sí; pero que se llama el Corsario Negro.

—¡Por Nuestra Señora de Guadalupe! —exclamó el español, que se puso lívido—. ¿El Corsario Negro aquí? ¿Ha venido usted para exterminarnos a todos y vengar la muerte de su hermano el Corsario Rojo?

—Sí, si no hablas —contestó el filibustero con voz sombría—. Os exterminaré a todos, y de Maracaibo no quedará piedra sobre piedra.

—¡Por todos los santos! ¿Usted aquí? —repitió el prisionero, que no había vuelto todavía de su sorpresa.

—¡Habla!

—¡Es inútil; me doy por muerto!

—El Corsario Negro es un noble caballero, y un noble no falta nunca a su palabra —contestó el capitán con voz solemne.

—En ese caso, interroga usted

CAPÍTULO III

EL PRISIONERO

A una seña del capitán, Wan Stiller y Carmaux levantaron al prisionero y le sentaron al pie de un árbol, aun cuando sin desatarle las manos, a pesar de hallarse seguros de que no habría cometido la locura de intentar la fuga.

El Corsario se sentó enfrente, sobre una enorme raíz que salía del suelo como una serpiente gigantesca, y, por su parte, los dos filibusteros se pusieron de centinela en los extremos de la espesura, pues no tenían completa seguridad de que el prisionero estuviera solo.

—Dime —le dijo el Corsario al cabo de algunos momentos de silencio—: ¿todavía está expuesto mi hermano?

—Sí —contestó el prisionero—; el gobernador ha mandado que esté colgado tres días y tres noches antes de que arrojen su cuerpo en el bosque para pasto de las fieras.

—¿Crees que será posible robar el cadáver?

—Quizá, puesto que por la noche no hay más que un centinela en la plaza de Granada. Los quince ahorcados ya no pueden escaparse.

—¡Quince! —exclamó el Corsario con voz sombría—. ¿Es decir, que ese feroz Wan Guld no ha respetado a ninguno?

—A ninguno.

—¿Y no teme la venganza de los filibusteros de la Tortuga?

—Maracaibo está bien abastecida de tropas y de cañones.

Una sonrisa de desprecio plegó los labios del fiero Corsario.

—¿Qué son para nosotros los cañones? —dijo—. Nuestras hachas de abordaje valen bastante más: ya lo habéis visto en el asalto de San Francisco de Campeche, de San Agustín de la Florida y en otros combates.

—Es verdad; pero Wan Guld se considera seguro en Maracaibo.

—¡Ah!; ¿sí? Está bien; ¡ya lo veremos en cuanto yo me presente con el Olonés!

—¡Con el Olonés! —exclamó el español con un estremecimiento de terror.

El Corsario no debió de haberse hecho cargo del espanto del prisionero, porque prosiguió, cambiando de tono:

—¿Qué es lo que hacías en este bosque?

—Vigilar la playa.

—¿Solo?

—Sí; solo.

—¿Temían quizá alguna sorpresa de nuestra parte?

—No lo niego, pues habían señalado un barco sospechoso que anclaba en el Golfo.

—¿El mío?

—Estando usted aquí, claro es que ese barco debe de ser el suyo.

—Y el gobernador se habrá apresurado a fortificarse.

—Ha hecho más: ha mandado algunos avisos a Gibraltar para prevenir al almirante.

Esta vez fue el Corsario el que se estremeció, si no de espanto, por lo menos, lleno de inquietud.

—¡Ah! —exclamó, mientras su tez pálida se ponía lívida—. ¿Correrá quizá algún peligro grave mi barco?

Pero en seguida, encogiéndose de hombros, añadió:

—¡Bah! Cuando lleguen a Maracaibo los barcos del almirante, ya estaré yo a bordo de El Rayo.

Se levantó bruscamente, dio un silbido para llamar a los dos filibusteros, y les dijo brevemente:

—¡En marcha!

—¿Y qué es lo que hacemos con este hombre? —preguntó Carmaux.

—Traerlo con nosotros. Me respondéis de él con vuestra vida si se escapa.

—¡Truenos de Hamburgo! —exclamó Wan Stiller—. Le llevaré por el cinturón, para que no le dé la idea de poner pies en polvorosa.

Se pusieron en camino, marchando en hilera, Carmaux delante y Wan Stiller el último, detrás del prisionero, para no perderle de vista un solo instante.

Comenzaba a alborear. Las tinieblas desaparecían rápidamente ante la luz rosada que invadía el cielo y que penetraba incluso bajo los árboles del bosque.

Los monos, tan numerosos en la América meridional, especialmente en Venezuela, despertaban, llenando la floresta con sus extraños gritos.

En las copas de las preciosas palmeras llamadas *assai*, o entre las verdes frondas de los enormes *eriodendron*, o en medio de los sipos, ramas gruesísimas que rodean los árboles, o agarradas a las raíces aéreas de las aroideas, o en mitad de las espléndidas bromelias, cuyas lindas ramas están siempre cargadas de flores de color de escarlata, se agitaban como enérgicamente toda clase de cuadrumanos.

Allá estaba una pequeña familia de micos, los más graciosos monos al propio tiempo que los más esbeltos e inteligentes, aun cuando son tan pe-

queños, que pueden esconderse en un bolsillo; más lejos veíase un pelotón de sahuis rojos, adornados de una melena lindísima que los asemeja a leoncillos; después saltaban bandadas de monos, los simios más delgados de todos y cuyos brazos y piernas son tan largos, que parecen arañas descomunales; por último, tropas de los llamados pregos, cuadrumanos que tienen la manía de devastarlo todo, y que son el terror de los plantadores, daban enormes brincos de unas ramas en otras.

No faltaban pájaros; habíalos en abundancia, y sus gritos se mezclaban a los de los simios.

Entre las grandes hojas de los pomponasses, que producen las delicadísimas fibras con que se fabrican los lindísimos y ligeros sombreros de Panamá, o entre los bosquecillos de laransias, cuyas flores exhalan un aroma muy fuerte, o sobre las cuaresmas, palmas preciosas que dan flores purpúreas, chillaban a voz en cuello los diminutos *mahitacos*, especie de papagayos con la cabeza azul turquí; los grandes *arás*, papagayos también, completamente rojos, y que con una constancia maravillosa están gritando sin cesar desde la mañana a la noche ¡ará!, ¡ará!, o los *choradeiras*, así llamados porque parece que lloran y que siempre tienen de qué lamentarse.

Los filibusteros y el español, acostumbrados a recorrer las grandes florestas del continente americano y de las islas del Golfo de México, no se detenían para admirar los árboles, ni los monos, ni los pájaros. Caminaban lo más rápidamente que podían, buscando pasos fáciles abiertos por las fieras o por los indios, deseando salir de aquel caos de vegetales y poder ver a Maracaibo.

El Corsario había caído en una tétrica meditación, como lo tenía por costumbre incluso a bordo de su barco o en los momentos de alegría de los festines a que se entregaban los filibusteros en la isla de la Tortuga.

Envuelto en su amplio ferreruelo negro, con el sombrero echado sobre los ojos, la siniestra mano apoyada en la guarda de la espada y la cabeza inclinada sobre el pecho, caminaba detrás de Carmaux, sin mirar a sus compañeros ni al prisionero; lo mismo, en fin, que si recorriera solo el bosque.

Los dos filibusteros, que conocían sus costumbres, se guardaban muy bien de interrogarle arrancándole a sus meditaciones. Cuando más, cambiaban entre sí y en voz baja unas cuantas palabras para aconsejarse acerca de

la dirección que debían seguir; en seguida alargaban el paso, metiéndose camino adelante por entre aquellas redes gigantescas de desmesurados sijos, troncos de palmeras, de jacarandós o de massarándubas, poniendo en fuga bandadas de esos pajarillos llamados troquílidos o pájaros moscas, cuyas plumas son de matices muy brillantes, y que tienen el pico rojo color de fuego.

Llevaban caminando ya dos horas, siempre con mayor rapidez, cuando Carmaux, después de un momento de vacilación y de haber mirado más veces a los árboles que al suelo, se detuvo, señalando a Wan Stiller una espesura de cujueiros, planta que tiene las hojas coriáceas, y que produce sonidos muy agradables cuando sopla el viento.

—¿Es aquí, Wan Stiller? —preguntó—. Me parece que no me equivoco.

En aquel mismo instante resonaron en medio de la espesura unos sonidos melodiosos, dulcísimos, que parecían salir de una flauta.

—¿Qué es eso? —preguntó el Corsario levantando de pronto la cabeza y desembozándose.

—Es la flauta de Moko —contestó sonriendo Carmaux.

—¿Y quién es Moko?

—El negro que nos ayudó para que pudiésemos huir. Tiene la cabaña en medio de esta espesura.

—¿Y por qué toca?

—Estará ocupado en domesticar a sus serpientes.

—¿Qué; es un encantador de reptiles?

—Sí, capitán.

—Pero esa flauta puede descubrirnos.

—Se la cogeré, y a las serpientes las enviaremos a pasear por el bosque.

El Corsario hizo seña para seguir adelante; pero desenvainó la espada como si temiese una sorpresa desagradable.

Carmaux ya se había introducido por entre la espesura, avanzando por un senderito apenas visible; pero volvió a detenerse lanzando un grito de estupor acompañado de un escalofrío de espanto.

Ante una cabaña de ramas entretejidas, y cuyo techo estaba cubierto de grandes hojas de palma, cabaña que casi ocultaba una enorme cujera, hallábase sentado un negro de hercúleas formas. Era uno de los más bellos ejemplares de la raza africana, pues tenía elevada estatura, anchas y robustas espaldas, pecho amplio, y brazos y piernas musculosos, que debían de desarrollar una fuerza enorme.

Su rostro, aun cuando de labios gruesos, nariz ancha y pómulos salientes, no era feo; había en él cierta cosa de bueno, de ingenuo, de infantil, sin que se vislumbrase la menor traza de la expresión de ferocidad que se observa en muchas razas africanas.

Sentado sobre un trozo del tronco de un árbol, tocaba la flauta hecha con una caña delgadita de bambú, arrancando del rústico instrumento dulces y prolongados sonidos, que producían una sensación extraña de molicie, mientras que ante él se deslizaban dulcemente ocho o diez de los más peligrosos reptiles de la América meridional.

Veíanse algunas jararacás, serpientes pequeñas de color de tabaco, de cabeza aplastada y triangular, de sutilísimo cuello, y que son tan venenosas, que los indios las llaman «las malditas»; algunas rojas, llamadas también ay-ay, negras por completo, y que inyectan un veneno casi fulminante; la boicinega, o serpiente de cascabel, y algunos urutús, reptiles rayados de blanco, y cuyas mordeduras producen la parálisis del miembro lesionado.

El negro, al oír el grito de Carmaux, fijó sobre él sus grandes ojos, que parecían de porcelana, y apartando la flauta de los labios, dijo asombrado:

—¿Son ustedes? ¿Todavía aquí? Yo los creía en el Golfo, y seguros ya de los españoles.

—Sí, nosotros somos; pero... ¡que el Diablo me lleve si doy un paso por entre esos reptiles que te rodean!

—Mis animales no hacen daño a los amigos —contestó el negro riendo—. Espera un momento, compadre blanco: los enviaré a dormir.

Cogió un cesto hecho con hojas trenzadas, metió dentro a las serpientes sin que éstas se rebelasen, lo cerró con gran cuidado, y para mayor seguridad, le puso encima una piedra. Hecho esto, dijo:

— Ahora ya puedes entrar sin cuidado alguno, compadre blanco. ¿Vienes solo?

— No; conmigo viene el capitán de mi barco, el hermano del Corsario Rojo.

— ¿El Corsario Negro? ¿Él aquí? ¡En cuanto lo sepa Maracaibo, temblará toda ella!

— ¡Silencio, negrito! Necesitamos tener tu cabaña a nuestra disposición. No te pesará.

El Corsario llegaba en aquel momento, juntamente con el prisionero y Wan Stiller. Saludó con la mano al negro, que le esperaba ante la cabaña, y en seguida entró detrás de Carmaux.

— ¿Es éste el que te ha ayudado a escapar?

— Sí, capitán.

— ¿Odia acaso a los españoles?

— Tanto como nosotros.

— ¿Conoce Maracaibo?

— Como conocemos nosotros la isla de la Tortuga.

El Corsario se volvió para mirar al negro, contemplando con admiración la poderosa musculatura de aquel hijo de África, y en seguida, como hablando consigo mismo, dijo:

— Éste es un hombre que podrá serme útil.

Echó una mirada por la cabaña, y como viera en un ángulo una especie de silla hecha con ramas entretrojadas, se sentó, volviendo a sumergirse en un profundo mutismo.

Entretanto el negro se había apresurado a llevar un poco de harina de manioca, que se extrae de ciertos tubérculos venenosísimos, pero que pierde esa cualidad tan pronto como se la muele y exprime; piñas que se diferencian de las que se producen en las Antillas en que son siempre de color verde, y unas docenas de perfumados plátanos llamados de oro, más pequeños que los demás, pero más gustosos y nutritivos.

A todos estos manjares añadió una calabaza llena de pulque, bebida fermentada hecha del agave o pita, planta que produce gran cantidad de zumo.

Como los tres filibusteros no habían probado ni un solo bizcocho durante la noche, hicieron los honores a la comida, no olvidando al prisionero; después se tumbaron sobre algunos brazados de hojas secas que llevó el negro, y se durmieron tranquilamente, como si se encontraran en plena seguridad.

Sin embargo, Moko se puso de centinela después de atar bien al soldado, como se lo recomendó el compadre blanco.

Ninguno de los filibusteros se movió en todo el día; pero apenas sobrevino la noche, el Corsario se levantó.

Estaba más pálido que de costumbre, y en sus negros ojos fulguraba una luz sombría.

Dio dos o tres vueltas por la cabaña con paso agitado, y de pronto, deteniéndose ante el prisionero, le dijo:

—Te he prometido no matarte, cuando tenía derecho para mandar que te ahorcasen en el primer árbol del bosque: así, pues, es preciso que me digas si podré entrar sin que me observen en el palacio del gobernador.

—¿Quiere usted asesinarle, para vengar así la muerte del Corsario Rojo?

—¡Asesinarle! —exclamó con ira el filibustero—. Yo me bato; no mato a traición, porque soy un noble, un caballero. Un duelo entre él y yo es lo que deseo; no un asesinato.

—El gobernador es viejo, mientras que usted es joven; además, no podrá usted introducirse en sus habitaciones sin que le prendan los numerosos soldados que hacen la guardia de su persona.

—Sé que es valiente.

—Como un león.

—Está bien: espero encontrarle.

Se volvió hacia los dos filibusteros, que se habían levantado, y dijo a Wan Stiller:

—Tú permanecerás aquí custodiando a este hombre.

—Bastaba el negro, capitán.

—No; el negro es fuerte como un hércules, y le necesito para que me ayude a transportar el cadáver de mi hermano. Ven, Carmaux: iremos a beber una botella de vino de España en Maracaibo.

—¡Mil tiburones! ¡A estas horas, capitán! —exclamó Carmaux.

—¿Tienes miedo?

—Con usted, bajaría al Infierno a coger por las narices al señor Belcebú; pero temo que nos descubran.

Una sonrisa burlona contrajo los sutiles labios del Corsario.

—¡Lo veremos! —dijo—. ¡Ven!

CAPÍTULO IV

UN DUELO ENTRE CUATRO PAREDES

Aun cuando Maracaibo no tenía más de diez mil almas, era por entonces una de las ciudades más importantes que poseía España en las costas del Golfo de Méjico.

Situada en una espléndida posición en el extremo meridional del golfo de su nombre, ante el estrecho que desemboca en el lago de Maracaibo, el cual se interna muchas leguas en el continente, se convirtió rápidamente en un puerto comercial importantísimo, y servía de almacén a todas las producciones de Venezuela.

Los españoles la habían fortificado con un poderoso fuerte, artillado con gran número de cañones, y en las dos islas había guarniciones numerosas, pues siempre estaban temiendo las irrupciones de los formidables filibusteros de la Tortuga (1).

Los primeros aventureros que pusieron el pie en aquellas playas erigieron hermosas casas y no pocos palacios, contruidos por arquitectos que habían ido de España en busca de fortuna al Nuevo Mundo; sobre todo, abundaban los sitios de pública reunión, en donde se citaban los ricos propietarios de minas, y en donde en todas las estaciones se bailaba el fandango y el bolero.

Cuando el Corsario y sus dos compañeros, Carmaux y el negro, entraron en Maracaibo, las calles todavía estaban muy concurridas, y las tabernas, en las que se despachaban vinos del otro lado del Atlántico, veíanse llenas, pues los españoles, ni en las colonias habían renunciado a beber un óptimo vaso del jugo de las viñas de Málaga o de Jerez.

El Corsario aminoraba la velocidad de su paso. Con el sombrero calado hasta los ojos, envuelto en su ferreruelo, aun cuando la noche era bastante caliente, con la mano izquierda puesta fieramente en las guardas de la espada, miraba con gran atención calles y casas, cual si quisiera que se le quedasen impresas en la mente.

Llegados que fueron a la plaza de Granada, que era el centro de la ciudad, se detuvo, y apoyándose en la esquina de una casa, se sostuvo contra el muro, cual si súbita debilidad se hubiera apoderado del fiero merodeador del Golfo.

Ofrecía un aspecto tan lúgubre la plaza, que haría temblar al hombre más impasible de la Tierra.

De quince horcas erguidas formando semicírculo ante un palacio sobre el cual ondeaba la bandera española, pendían quince cadáveres.

Todos estaban descalzos y tenían los vestidos hechos jirones, exceptuando uno que vestía un traje de color de fuego, y que calzaba altas botas de mar.

Sobre aquellas quince horcas revoloteaban numerosos grupos de zopilotes y de urubúes, pájaros de plumas negras, que son los encargados de la policía de las ciudades de la América central, esperando la putrefacción de aquellos desgraciados para arrojarlos en seguida sobre ellos.

Carmaux se acercó al Corsario, diciéndole en voz baja y conmovida:

—¡Aquí están los compañeros!

—¡Sí! —respondió el Corsario con voz sorda—. ¡Piden venganza, y pronto la tendrán!

Se separó del muro haciendo un violento esfuerzo, inclinó la cabeza sobre el pecho como si hubiese querido ocultar la terrible emoción que descomponía sus facciones, y se alejó a grandes pasos, entrando a poco en una

posada en donde acostumbraban reunirse los noctámbulos y toda clase de trasnochadores para vaciar cómodamente varios vasos de vino.

Encontraron una mesa vacía, y el Corsario se dejó caer sobre un taburete, sin levantar la cabeza, mientras que Carmaux gritaba:

— ¡A ver; un vaso de tu mejor Jerez, hostelero de los demonios! ¡Ten cuidado de que sea legítimo, porque si no, no respondo de tus orejas! ¡El aire del Golfo me ha producido tanta sed, que sería capaz de dejar en seco la cantina!

Estas palabras, dichas en vascuence puro, hicieron acudir más que de prisa al tabernero llevando un frasco del excelente vino.

Carmaux llenó tres vasos; pero el Corsario estaba tan abstraído en sus tétricos pensamientos, que ni siquiera miró al suyo.

— ¡Por mil tiburones! — murmuró Carmaux dando con el codo al negro —. El patrón está en plena tempestad, y te aseguro que no quisiera encontrarme en el pellejo de los españoles. El venir aquí, ¡por vida de..., que ha sido un atrevimiento de los más grandes! Pero ya no tengo miedo.

Miró en derredor suyo con curiosidad no exenta de un vago temor, y sus ojos se encontraron con los de cinco o seis individuos armados con desmesuradas navajas, los cuales le miraban con particular atención.

— Parece como si me escuchasen — le dijo al negro —. ¿Quiénes son éstos?

— Vascos, al servicio del gobernador.

— Compatriotas que militan bajo otra bandera. ¡Bah! Si creen que me asustan con sus navajas, se equivocan.

Aquellos individuos habían tirado los cigarrillos que estaban fumando, y después de haberse bebido algunos vasos de vino de Málaga, se pusieron a charlar en voz tan alta, que Carmaux los oía perfectamente.

— ¿Habéis visto a los ahorcados? — preguntó uno.

— Esta tarde también he ido a verlos — contestó otro —. Es un hermoso espectáculo el que ofrecen esos canallas. No hay ni uno que no cause risa, con la lengua saliendo de la boca más de medio palmo.

—¿Y el Corsario Rojo? —preguntó un tercero.

—Le han puesto un cigarrillo entre los dientes para ridiculizarle más.

—Yo quiero ponerle un quitasol en la mano para que se quite mañana el sol. Lo veremos...

Un formidable puñetazo dado en la mesa, y que hizo bailar vasos y botellas, le cortó la palabra.

Carmaux, impotente para contenerse, y antes de que el Corsario Negro hubiera pensado en detenerle, se había levantado de un salto, y había dado en la mesa vecina aquel tremendo puñetazo.

—¡Rayos de Dios! —tronó—. ¡Bonita proeza la de reírse de los muertos! ¡Lo bonito es burlarse de los vivos, mis queridos caballeros!

Los cinco bebedores, estupefactos ante aquel improvisado estallido de ira, se levantaron precipitadamente con la navaja en la diestra; y uno de ellos, el más atrevido, sin duda, le preguntó mirándole de través:

—Caballero, ¿quién es usted?

—Un buen vizcaíno que respeta a los muertos, pero que sabe agujerear el vientre a los vivos.

Los cinco bebedores, ante esta respuesta, que podía tomarse por una simple bravata, se echaron a reír, enviando al filibustero a freír espárragos.

—¡Ah! ¿También eso? —dijo Carmaux pálido de ira.

Miró al Corsario, que no se había movido, como si todo aquello no tuviese nada que ver con él, y en seguida, alargando una mano hacia el que le había interrogado, le rechazó furiosamente gritando:

—¡El lobo de mar se merienda en el acto al lechoncillo de tierra!

El hombre cayó encima de una mesa; pero inmediatamente volvió a ponerse en pie, sacando con la rapidez del rayo la navaja que llevaba en el cinturón, y abriéndola con un golpe seco.

Y sin más preámbulos iba a caer sobre Carmaux para pasarle de parte a parte, cuando el negro, que hasta entonces había sido simple espectador, a una seña del Corsario, se puso de un salto entre ambos contendientes, blandiendo una pesada silla de madera y hierro.

—¡Quieto, o te aplasto! —le gritó al hombre de la navaja.

Al ver a aquel gigante, negro como el carbón, cuya poderosa musculatura parecía como que iba a saltar, los cinco vascos retrocedieron, para no quedar hechos pedazos bajo aquella silla que describía en el aire círculos amenazadores.

Quince o veinte bebedores que se encontraban en una habitación contigua, al oír aquel estrépito, se apresuraron a acudir, precedidos de un hombro gordo armado de un espadín, un verdadero tipo de espadachín, con el amplio sombrero de plumas inclinado sobre una oreja, y cubierto el pecho por una coraza vieja de cuero de Córdoba.

—¿Qué es lo que sucede? —preguntó rudamente aquel hombro desvainando con aire trágico la espada.

—Sucedan, señor caballero —contestó Carmaux inclinándose con aire burlesco—, cosas que a usted no le importan.

—¡Cómo! ¡Por todos los santos —gritó el bravucón arrugando el entrecejo—. ¡Ya se ve que usted no conoce a Don Gamara y Miranda, conde de Badajoz, noble de Camargua y vizconde de!...

—¡De casa del Diablo! —dijo el Corsario Negro levantándose de pronto y mirando fijamente al bravucón—. ¿También el caballero es conde, marqués, duque, etcétera?

El señor de Gamara y otros lugares se puso rojo como una peonía, y en seguida palideció, diciendo con voz ronca:

—¡Por todos los malditos del Infierno! ¡No sé quién va a ser el que pueda enviarme al otro mundo a hacer compañía a ese perro de Corsario Rojo, que tan bien resulta colgado en la plaza de Granada, juntamente con sus catorce compañeros!

Esta vez fue el Corsario el que palideció de un modo horrible. Con un gesto contuvo a Carmaux, se quitó el ferreruelo y el sombrero, y con un rápido movimiento desnudó la espada, diciendo con temblorosa voz:

—¡Tú eres el perro, y tu alma, la que va a ir a hacer compañía a los ahorcados!

Hizo seña a los espectadores para que dejaran sitio, y se puso enfrente del aventurero, cayendo en guardia con una elegancia y una seguridad que desconcertó al adversario.

—¡Vamos, conde de casa del Diablo! —dijo con los dientes apretados—. Dentro de poco, habrá aquí un muerto.

El aventurero se había puesto a su vez en guardia; pero de pronto se irguió diciendo:

—Un momento, caballero: cuando se cruza el hierro, se tiene derecho a saber quién es el adversario.

—Soy más noble que tú: ¿te basta?

—No: el nombre es lo que quiero saber.

—¿Lo quieres? Sea; pero peor para ti, porque ya no podrás decírselo a nadie.

Se le acercó, y murmuró a su oído algunas palabras. El aventurero lanzó un grito de asombro y también de espanto, dando dos pasos atrás, como si hubiera querido refugiarse entre los espectadores y traicionar el secreto; pero el Corsario Negro comenzó a atacarle vivamente, obligándole a defenderse.

Los bebedores formaron un amplio círculo en derredor de los contendientes. En primera línea estaban Carmaux y el negro; pero no parecían preocuparse por el éxito de aquel encuentro, sobre todo el primero, que sabía de lo que era capaz el fiero corsario.

El aventurero se hizo cargo en seguida, al parar los primeros golpes, de que tenía delante un adversario formidable, decidido a matarle al primer golpe falso que tirase, y ponía en juego todos los recursos de la esgrima para parar la granizada de estocadas que le caía encima.

Pero aquel hombre no era un espadachín cualquiera. De elevada estatura, grueso y robusto, de pulso firme y vigoroso brazo, podía oponer una larga resistencia, y se veía que no se cansaría fácilmente.

Sin embargo, el Corsario, esbelto, ágil, de mano rápida, no le dejaba un momento de tregua, como si temiese que se aprovechara del más pequeño descanso para hacerle traición.

Su espada le amenazaba constantemente, obligándole a continuas paradas. La brillante punta relampagueaba por todas partes, batía el hierro del aventurero arrancándole chispazos, y se iba a fondo con una velocidad tan grande, que le desconcertaba.

Al cabo de dos minutos, el aventurero, a pesar de su fuerza, poco menos que hercúlea, comenzó a soplar y a romper. Se sentía casi imposibilitado para contestar a todos los ataques del Corsario, y había perdido la calma. Comprendía que su pellejo corría grave peligro, y que podía concluir por ir de veras a hacer compañía a los ahorcados de la plaza de Granada.

En cambio, el Corsario parecía que acababa de desenvainar la espada. Saltaba hacia adelante con una agilidad de jaguar, acometiendo siempre al enemigo con vigor creciente. Únicamente denunciaba su cólera la mirada ardiente y sombría que brillaba en sus ojos.

No los apartaba ni un solo instante de los de su adversario, cual si pretendiera fascinarle y turbarle. El círculo de los espectadores se había abierto para dejar sitio al aventurero, el cual seguía retrocediendo, acercándose a la pared. Carmaux, siempre en primera fila, comenzaba a reír, previendo el final de aquel encuentro terrible.

De pronto el aventurero se encontró con el muro, palideció, y gruesas gotas de sudor inundaron su frente.

—¡Basta! —dijo con voz anhelante y ronca.

—¡No! —dijo el Corsario con acento siniestro—. ¡Mi secreto tiene que morir contigo!

El adversario intentó un ataque desesperado. Se agazapó cuanto pudo, y en seguida se lanzó sobre su enemigo, asestándole tres o cuatro estocadas, una tras otra.

El Corsario, firme como una roca, las paró con igual rapidez.

—Ahora voy a clavarte en la pared —le dijo.

Loco de espanto, el aventurero, comprendiendo ya que estaba perdido, se puso a gritar:

—¡Socorro!... ¡Es el Cor!.....

No pudo concluir: la espada del Corsario le atravesó el pecho, clavándole contra la pared y cortándole la palabra.

Un chorro de sangre que le salió de los labios, le manchó la coraza de cuero, que no había sido suficiente para resguardarle de aquella terrible estocada; abrió desmesuradamente los ojos, miró con terror a su adversario por última vez, y en seguida cayó pesadamente al suelo, partiendo en dos pedazos la hoja que le sostenía clavado a la pared.

— ¡Ése se ha ido! —dijo Carmaux en tono de mofa.

Se inclinó sobre el cadáver, le quitó de la mano la espada, y alargándosela al capitán, que miraba al aventurero de un modo tétrico, le dijo:

— Ya que se ha roto la otra, tome usted ésta. ¡Por Baco! Es una verdadera hoja de Toledo; se lo aseguro, señor.

El Corsario tomó la espada del vencido sin decir palabra, cogió el sombrero y el ferreruelo, tiró sobre la mesa un doblón de oro, y salió de la posada, seguido de Carmaux y del negro, sin que los otros se hubieran atrevido a detenerlos.

CAPÍTULO V

EL AHORCADO

Cuando el Corsario y sus acompañantes llegaron a la plaza de Granada, era tan grande la oscuridad, que a veinte pasos de distancia no se podía distinguir una persona.

En la plaza reinaba un silencio profundo, interrumpido únicamente por el ronco graznido de algún urubú de los que vigilaban sobre las horcas de que pendían los quince filibusteros. Ni siquiera se oían los pasos del centinela que guardaba la casa del gobernador.

Marchando siempre cerca de las paredes de las casas o por detrás de los troncos de las palmeras, el Corsario, Carmaux y el negro avanzaban lentamente, atentos el oído y la mirada, y las manos sobre las armas, procurando llegar hasta los ajusticiados sin que nadie pudiese verlos.

De cuando en cuando, y siempre que algún rumor turbaba la quietud de la vasta plaza, deteníanse bajo la sombra de algún árbol o en la oscura arcada de alguna puerta, esperando con cierta ansiedad a que el silencio se restableciera.

Hallábanse ya a muy pocos pasos de la primera horca, en la cual se mecía, movido por la brisa de la noche, un pobre diablo casi desnudo, cuan-

do el Corsario indicó con el dedo a sus compañeros una sombra humana que se movía ante el ángulo del palacio del gobernador.

—¡Por mil tiburones! —barbotó Carmaux—. ¡Ahí está el centinela! ¡Ese hombre va a estropearnos la empresa!

—Pero Moko es fuerte —dijo el negro—. Iré, y degollaré a ese soldado.

—Y te agujerearán el vientre, compadre.

El negro sonrió, mostrando dos filas de dientes blancos como el marfil, y tan agudos, que podían causar envidia a un tiburón, diciendo:

—Moko es astuto, y sabe deslizarse como las serpientes que domestica.

—¡Anda! —le dijo el Corsario—. Antes de llevarte conmigo, quiero tener una prueba de tu audacia.

—La tendrá usted, patrón. Cogeré a ese hombre como en otro tiempo cogía los caimanes en la laguna.

Se desenrolló de la cintura una cuerda muy fina de cuero trenzado, que terminaba en un anillo —un verdadero lazo, semejante al que usan los vaqueros mexicanos para cazar los toros—, y se alejó en silencio sin producir el menor ruido.

El Corsario se ocultó detrás del tronco de una palmera; le miraba atentamente, admirando quizás la resolución de aquel negro que, casi inerme, iba a hacer frente a un hombre bien armado, seguramente resuelto.

—¡El compadre tiene hígados! —dijo Carmaux.

El Corsario hizo un signo afirmativo con la cabeza, pero sin desplegar los labios. Seguía mirando al africano, el cual se deslizaba por el suelo como una serpiente, acercándose con lentitud al palacio del gobernador.

En aquel momento el soldado se alejaba del ángulo, dirigiéndose hacia el portalón. Llevaba una alabarda, y del cinto le pendía una espada.

Al ver que le volvía la espalda, Moko se deslizó con mayor rapidez, llevando en la mano el lazo. Así que estuvo a diez o doce pasos, se levantó rápidamente, hizo voltear en el aire la cuerda dos o tres veces, y en seguida la lanzó con mano firme.

Se oyó un ligero silbido, en seguida, un grito ahogado, y el soldado rodó por tierra, dejando caer la alabarda y agitando desesperadamente piernas y brazos.

Moko, dando un salto de león, se le fue encima. Amordazarle fuertemente con la faja roja que llevaba a la cintura, atarle bien, y llevárselo como si se tratase de un chico, fue obra de pocos instantes.

— ¡Aquí está! —dijo echándolo rudamente a los pies del capitán.

— ¡Eres un valiente! —respondió el Corsario—. Átale a ese árbol, y sígueme.

El negro, ayudado por Carmaux, obedeció, y en seguida fueron a reunirse con el Corsario, que examinaba uno por uno a los ahorcados, que se mecían impulsados por la brisa.

Ya en medio de la plaza, el capitán se detuvo ante un ajusticiado vestido de rojo, y a quien, por burla amarguísima, le colocaron entre los labios un pedazo de cigarro. Al verle, el Corsario lanzó un grito de horror.

— ¡Los malditos! —exclamó—. ¡Esto es lo último del desprecio!

Su voz, que parecía el lejano rugido de una fiera, quedó ahogada por un sollozo desgarrador.

— ¡Señor —dijo Carmaux conmovido—, hágase fuerte!

El Corsario hizo una seña con la mano señalándole el ahorcado.

— ¡En seguida, mi capitán! —contestó Carmaux.

El negro trepó por la horca, llevando sujeto con los dientes el cuchillo del filibustero. De un tajo cortó la cuerda, y en seguida fue dejando caer poco a poco el cadáver.

Carmaux se colocó debajo. Aun cuando la putrefacción comenzaba a descomponer las carnes del Corsario Rojo, el filibustero le cogió entre sus brazos con gran delicadeza, y le envolvió en el negro ferreruelo que le alargaba el capitán.

— ¡Vámonos! —dijo el Corsario lanzando un suspiro—. Nuestra misión ha terminado, y el Océano espera los despojos del valiente.

El negro cogió el cadáver, lo colocó bien entre sus brazos, lo cubrió cuanto pudo con la capa, y en seguida los tres abandonaron la plaza, tristes y taciturnos. Al llegar al extremo de ella, el Corsario se volvió para mirar por última vez a los catorce ahorcados, cuyos cuerpos se destacaban lúgubremente entre las tinieblas, y dijo con voz opaca:

— ¡Adiós, valientes y desgraciados; adiós, compañeros del Corsario Rojo! ¡Los filibusteros vengarán muy pronto vuestra muerte!

Y clavando los ojos en el palacio del gobernador, que se agigantaba en el fondo de la plaza:

— ¡Entre tú y yo, Wan Guld, está la muerte! —dijo con acento sombrío.

Se pusieron en camino, apresurándose a salir de Maracaibo para llegar al mar y volver a bordo de su barco. Ya nada tenían que hacer en aquella ciudad, en cuyas calles no estaban seguros después de lo ocurrido en la posada.

Habían recorrido tres o cuatro callejas desiertas, cuando Carmaux, que iba delante, creyó distinguir algunas sombras de personas como ocultas en la oscura arcada de una puerta.

— ¡Espacio! —murmuró volviéndose hacia sus compañeros—. Si no me he vuelto ciego, allí hay gente que me parece que espera.

— ¿En dónde? —preguntó el Corsario.

— Allí abajo.

— ¿Serán quizás los hombres de la posada?

— ¡Ah, tiburones! ¿Serán, en efecto, los cinco vizcaínos con sus navajas?

— Cinco no son demasiados para nosotros, y los haremos pagar cara la emboscada —dijo el Corsario desenvainando la toledana.

— Y un sable de abordaje, puede más que sus navajas —agregó Carmaux.

Tres hombres envueltos en grandes capas se destacaron del ángulo de un portón, obstruyendo la acera de la derecha, en tanto que otros dos, que habían estado ocultos detrás de un carro abandonado, cerraban la salida de la izquierda.

— Son los cinco vizcaínos —dijo Carmaux—; veo relucir las navajas en los cinturones.

—Tú te encargas de los dos de la izquierda, y yo de los tres de la derecha —dijo el Corsario—; y tú, Moko, echa a andar con el cadáver, y nos esperas en las lindes del bosque.

Los cinco vizcaínos se habían quitado las capas, y doblándolas en cuatro dobleces, se las colocaron en el brazo izquierdo. En seguida abrieron las largas navajas, de punta tan aguda como la de las espadas.

—¡Ah!; ¡ah! —dijo el que había recibido el empujón de Carmaux—. ¡Por lo visto, no nos hemos equivocado!

—¡Paso! —gritó el Corsario, que se había puesto delante de sus compañeros.

—¡Despacito, caballero! —dijo el vizcaíno avanzando.

—¿Qué es lo que quieres?

—Satisfacer una ligera curiosidad que tenemos.

—¿Cuál?

—Saber quién es usted.

—¡Un hombre que mata a quien le incomoda! —contestó con fiereza el Corsario avanzando con la espada desnuda.

—Entonces, caballero, le diré que no somos hombres que tengamos miedo a nadie, y que no nos dejaremos matar como aquel pobre diablo a quien ha clavado usted contra el muro. ¡El nombre y los títulos de usted, o no sale de Maracaibo! Estamos al servicio del señor gobernador, y tenemos que dar cuenta de las personas que pasean por las calles a horas tan avanzadas.

—Si queréis saberlo, venid a preguntarme aquí cómo me llamo —dijo el Corsario poniéndose en guardia velozmente—. ¡Tú, con los dos de la izquierda, Carmaux!

El filibustero había desenvainado el sable de abordaje, y se dirigió resueltamente contra los dos adversarios que impedían el paso por el lado izquierdo.

Los cinco vizcaínos no se habían movido, esperando la acometida de ambos filibusteros. Firmes sobre las piernas, que tenían un poco abiertas para

hallarse más prontos a toda evolución, con la mano izquierda apoyada fuertemente en el cinto, la diestra en el mango de la navaja y el dedo pulgar tendido en la parte más ancha de la hoja, esperaban el momento oportuno para descargar golpes mortales.

Debían de ser cinco diestros, esto es, valientes, para los cuales, seguramente, eran conocidos los golpes más peligrosos, como el javeque, herida ignominiosa que se da en el rostro, y el terrible desjarretazo, que se da por detrás, bajo la última costilla, y que secciona la columna vertebral.

Al ver que no se decidían, el Corsario, impaciente por abrirse paso, cayó sobre sus tres adversarios tirando estocadas a derecha e izquierda con una velocidad fulmínea, mientras que por su parte Carmaux cargaba sobre los otros dos asableándolos como un loco.

Los cinco diestros no se asustaron por eso: dotados de prodigiosa agilidad, saltaban hacia atrás parando los golpes, ya con la larga hoja de sus armas, ya con el serapé, formado con la capa enrollada que llevaban en el brazo izquierdo.

Los dos filibusteros atacaron con prudencia, al hacerse cargo de que tenían que habérselas con peligrosos adversarios. Sin embargo, en cuanto vieron que el negro se alejaba con el cadáver, volvieron a cargar furiosamente, deseosos de acabar antes de que cualquiera ronda, atraída por el ruido de los hierros, llegara en socorro de los vizcaínos.

El Corsario, cuya espada era mucho más larga que las navajas, y cuya habilidad en la esgrima era también extraordinaria, podía arreglárselas bastante bien: no así Carmaux, que se veía obligado a estar siempre en guardia, a causa de que su sable era demasiado corto.

Luchaban con furor los siete hombres, pero sin lanzar un grito, atentos todos a parar y tirar tajos y estocadas. Ya avanzaban, ya retrocedían, ora saltaban a la derecha, ora a la izquierda, batiendo con fuerza los hierros.

De pronto, el Corsario, al ver que uno de sus tres adversarios perdía el equilibrio, daba un paso en falso y se descubría el pecho, se tiró a fondo con la rapidez del relámpago. La hoja le tocó, y el hombre cayó sin lanzar ni un gemido.

—¡Uno! —dijo el Corsario revolviéndose sobre los otros—. ¡Dentro de pocos momentos, tendré también vuestro pellejo!

Ambos vizcaínos, a quienes no atemorizaba lo sucedido, siguieron firmes haciéndole frente sin dar ni un paso atrás. De improviso, el más ágil se le fue encima inclinándose hasta tocar el suelo, y adelantando el serapé con que se resguardaba el brazo, hizo ademán de tirarle un golpe bajo, que si le alcanza, le abre el vientre; pero en seguida se irguió, y apartándose bruscamente, intentó darle el tajo mortal del desjarretazo.

Con la misma rapidez, el Corsario se echó a un lado y partió a fondo; pero su espada quedó embotada en el serapé del valiente. Intentó volver a la guardia para parar los golpes que le tiraba el otro vasco, cuando de pronto lanzó un grito de rabia. La hoja de su espada saltó por la mitad, rota en el brazo del hombre que pretendió tirarle el desjarretazo. Dio un salto atrás agitando el trozo de espada y gritando:

—¡A mí, Carmaux!...

El filibustero, que todavía no había podido deshacerse de sus adversarios, aun cuando los había obligado a retroceder hasta la esquina de la calle, se le reunió en tres saltos.

—¡Por mil tiburones! —tronó—. ¡Éste sí que es un apuro! ¡Felices seremos si logramos quitarnos de encima esta trailla de perros rabiosos!

—Tenemos en nuestra mano la vida de dos de esos bribones —contestó el Corsario amartillando precipitadamente la pistola que llevaba al cinto.

Iba a hacer fuego sobre el más próximo, cuando vio que encima de los cuatro vizcaínos, que se habían reunido, y que ya creían segura la victoria, caía una sombra gigantesca. Aquel hombre que llegaba tan oportunamente, tenía en las manos un gran garrote.

—¡Moko! —exclamaron a un tiempo el Corsario y Carmaux.

En vez de contestar, el negro levantó el palo, y se puso a descargar garrotazos sobre los adversarios, con tal furia, que los desgraciados rodaron por tierra en un abrir y cerrar de ojos, unos con la cabeza rota, y otros con las costillas hundidas.

—¡Gracias, compadre! —gritó Carmaux—. ¡Mil rayos! ¡Qué granizada!...

—¡Huyamos! —dijo el Corsario—. Aquí ya no tenemos nada que hacer.

Despertados por la gritería de los heridos, algunos vecinos comenzaban a abrir las ventanas para ver qué sucedía. Los dos filibusteros y el negro, desembarazados ya de los cinco asaltantes, volvieron a escape la esquina de la calle.

—¿En dónde has dejado el cadáver? —preguntó el Corsario al africano.

—Ya está fuera de la ciudad —contestó el negro.

—¡Gracias por tu socorro!

—Pensé que mi intervención podría serles útil, y me apresuré a volver.

—¿Has visto a alguien en los arrabales?

—No he visto a nadie.

—Entonces, apresurémonos a batir retirada antes de que lleguen otros enemigos —dijo el Corsario.

Iban a emprender la marcha, cuando Carmaux, que se había adelantado para registrar una calle lateral, volvió rápidamente atrás diciendo:

—¡Capitán, ahí viene una patrulla!

—¿Por dónde?

—¡Por aquella calleja!

—Nos iremos por otra. ¡Armas en mano, mis valientes, y adelante!

—Pero usted, mi capitán, ¡va sin armas!

—Pues ve a quitarle la navaja al vizcaíno que maté. A falta de otra, buena es ésta.

—Con permiso de usted, me atrevo a ofrecerle mi sable, capitán: yo sé manejar esos cuchillos.

El valiente marinero alargó al Corsario su propio sable, retrocedió, y recogió la navaja de uno de los vizcaínos; arma formidable también en sus manos.

La ronda se aproximaba a toda prisa. Probablemente, habría oído los gritos de los combatientes y el chocar de los hierros, y se apresuraba a acudir al lugar de la lucha. Los filibusteros, precedidos de Moko, echaron a correr,

siempre arrimados a los muros de las casas. Apenas recorrieron ciento cincuenta pasos, cuando oyeron el andar cadencioso de otra patrulla.

—¡Truenos! —exclamó Carmaux—. ¡Van a cogernos en medio!

El Corsario Negro se detuvo, empuñando el corto sable del filibustero.

—¿Nos habrán hecho traición? —murmuró.

—Capitán —dijo el africano—, veo avanzar hacia nosotros ocho hombres armados con alabardas y mosquetes.

—¡Amigos —dijo el Corsario—, aquí se trata de vender cara la vida!

—Diga, comandante, lo que hay que hacer, pues estamos dispuestos a todo —contestaron el filibustero y el negro con acento resuelto.

—¡Moko!

—¡Patrón!

—A ti te confío el encargo de llevar a bordo el cadáver de mi hermano. ¿Serás capaz de hacerlo? En la playa encontrarás la chalupa: ponte en salvo, juntamente con Wan Stiller.

—Está bien, patrón.

—Nosotros haremos lo posible por desembarazarnos de nuestros enemigos; pero si al fin nos vencen, ya sabe Morgan lo que tiene que hacer. Anda: lleva a bordo el cadáver, y después vienes a ver si todavía estamos vivos, o si hemos muerto.

—No me decido a dejarlos, patrón: yo soy vigoroso, y puedo serles útil.

—Me interesa mucho que sepulten en el mar a mi hermano, como se hizo con el Corsario Verde; y, además, tú puedes prestar más útiles servicios a bordo del Rayo que aquí.

—Volveré con refuerzos, señor.

—Estoy seguro de que vendrá Morgan. ¡Vete: ahí está la patrulla!

El negro no se hizo repetir la orden; pero como el camino estaba tomado por ambas patrullas, se ocultó en un callejón que cerraba la tapia de un jardín.

Así que el Corsario le vio desaparecer, se volvió hacia el filibustero diciendo:

—Preparémonos para caer sobre la patrulla que está ahí. Si logramos abrirnos paso con un ataque de improviso, quizás podamos llegar al campo, y en seguida, al bosque.

Hallábanse en aquel momento en la esquina de la calle. La segunda patrulla que vio el negro no distaba más de treinta pasos, mientras que todavía no se divisaba la primera, la cual parecía como que se había detenido.

—¡Dispongámonos! —dijo el Corsario.

—Yo ya lo estoy —contestó el filibustero, que se escondió detrás de la esquina.

Los ocho alabarderos habían aminorado la velocidad de su marcha, como si temiesen alguna sorpresa, pues uno de ellos, probablemente el que los mandaba, dijo:

—¡Despacio, muchachos! ¡Esos bribones deben de andar muy cerca de aquí!

—Somos ocho, señor Elvaez —dijo un soldado—, y el tabernero nos manifestó que los filibusteros eran dos tan sólo.

—¡Ah, tunante! —murmuró Carmaux—. ¡Nos ha vendido! ¡Si me cae entre las manos alguna vez, le prometo abrirle un ojal en el vientre, y tan grande, que se le salga por él todo el vino que haya bebido en una semana!

El Corsario Negro levantó el sable, dispuesto a lanzarse.

—¡Adelante! —gritó.

Ambos filibusteros cayeron impetuosamente, con empuje irresistible, sobre la patrulla que iba a revolver la esquina, dando tajos a derecha e izquierda con sin igual furor y con la rapidez del rayo. Sorprendidos por tan inesperado ataque, los alabarderos no pudieron resistirlo, y se echaron unos hacia una parte y otros hacia otra, procurando hurtar el cuerpo a aquella granizada de golpes.

Cuando se repusieron de su estupor, el Corsario y su compañero se hallaban muy lejos; mas, advirtiendo que no habían sido más que dos hombres

los acometedores, se lanzaron a la carrera tras ellos y gritando desaforadamente:

—¡Detenedlos! ¡Detenedlos! ¡Son los filibusteros!

El Corsario y Carmaux corrían como desesperados, pero sin saber por dónde iban. Se habían metido en medio de un dédalo de calles, y daban vueltas y más vueltas, doblando esquinas a cada paso, pero sin lograr ganar el campo.

El vecindario, despertado por los gritos de la patrulla y alarmado con la presencia de los formidables merodeadores del mar, tan temidos en todas las ciudades españolas de América, comenzó a asomarse a puertas y ventanas, abriéndolas y cerrándolas con estrépito: al mismo tiempo se oía algún que otro tiro de arcabuz.

La situación de los fugitivos iba siendo desesperada por instantes; aquellos gritos y aquellos disparos podían llevar la alarma al centro de la ciudad y poner en movimiento a la guarnición entera.

—¡Truenos! —exclamó Carmaux corriendo con extrema ligereza—; ¡esos gritos concluirán por ser nuestra perdición! Si no encontramos el modo de poder escaparnos al campo, vamos a ir a parar en lo alto de una horca, con una buena cuerda por corbatín.

Sin dejar de correr, habían llegado al extremo de una calleja que no parecía tener salida alguna.

—¡Capitán! —gritó Carmaux, que iba delante—. ¡Nos hemos metido en una trampa!

—¿Qué estás diciendo? —preguntó el Corsario.

—Que esta calle no tiene salida.

—¿No se puede escalar ninguna pared?

—Todas son casas demasiado altas.

—Volvámonos, Carmaux. Nuestros perseguidores están lejos todavía, y quizás podamos encontrar alguna otra calle que desemboque en las afueras.

E iba a volver a emprender la carrera, cuando se detuvo bruscamente, diciendo:

—¡No, Carmaux! Se me ha ocurrido una idea. Creo que con un poco de astucia, podíamos hacerles perder nuestro rastro.

Se había dirigido rápidamente hacia la casa que cerraba el otro extremo de la calle. Era una vivienda modesta, de dos pisos, construida parte con mampostería y parte con madera, y que en lo alto tenía una azotea con tiestos de flores.

—¡Carmaux —dijo el Corsario—, ábreme esta puerta!

—¿Vamos a escondernos en esta casa?

—Me parece el medio mejor para desorientar a los soldados que vienen siguiéndonos.

—Perfectamente, capitán.

Abrió la navaja, e introdujo la punta en las hendiduras de las tablas, y haciendo fuerza, obligó a saltar el pestillo. Ambos filibusteros se apresuraron a entrar, cerrando la puerta inmediatamente, en tanto que por el otro extremo de la calle pasaban los soldados gritando a voz en cuello:

—¡Detenedlos! ¡Detenedlos!

A tientas en la oscuridad, los dos filibusteros llegaron en seguida a una escalera, que comenzaron a subir en el acto sin vacilación de ninguna especie, deteniéndose solamente cuando llegaron al rellano superior.

—Es preciso ver adónde vamos —dijo Carmaux—, y conocer qué clase de inquilinos son. ¡Vaya una sorpresa la de estos pobres diablos!

Sacó del bolsillo un pedazo de mecha de cañón, un eslabón y un peder-
nal, y sopló para producir llama.

—¡Calla!... ¡Una puerta abierta! —dijo.

—Y alguien que ronca —añadió el Corsario.

—¡Buena señal! Ése que así duerme, es una persona pacífica.

El Corsario abrió la puerta sin hacer ruido, y penetró en una habitación amueblada con modestia, en la que había una cama ocupada por alguien. Cogió la mecha, y encendió una vela que había sobre una caja, la cual hacía oficios de cómoda o de baúl, y se acercó al lecho, levantando resueltamente el cobertor.

Era un hombre el que allí dormía; un vejete, ya calvo, arrugado, de epidermis apergaminada y de color de ladrillo, con una barbilla de cabra y unos bigotes lacios. Dormía tan profundamente, que ni se movió a pesar de haberse iluminado la habitación.

—No ha de ser este hombre quien nos produzca molestias —dijo el Corsario.

Le cogió de un brazo y le sacudió rudamente, sin lograr despertarle.

—Necesita que le disparen un cañonazo al lado —dijo Carmaux.

A la tercera sacudida, más vigorosa que las otras, el viejo abrió los ojos. Al divisar dos hombres armados, se sentó en la cama, y los miró con ojos espantados, exclamando con voz ahogada por el terror:

—¡Muerto soy!...

—¡Eh, amigo! ¡Tiempo sobrado hay para morir! —dijo Carmaux—. Y ahora me parece que estás más vivo que hace un momento.

—¿Quién eres? —preguntó el Corsario.

—Un pobre hombre que jamás ha hecho daño a nadie —contestó el viejo entrechocando los dientes.

—Nosotros no tenemos intención de hacerte daño alguno, si contestas a cuanto queremos saber.

—¿Entonces, su excelencia no es un ladrón?

—Soy un filibustero de la isla de la Tortuga.

—¡Un... fili... bustero!... ¡Entonces..., no hay duda...; soy hombre muerto!

—Ya te he dicho que no te haremos daño alguno.

—En ese caso, ¿qué es lo que ustedes quieren de un pobre viejo como yo?

—Ante todo, saber si vives solo en esta casa.

—Solo, señor.

—Y en la vecindad, ¿quiénes viven?

—Honrados burgueses.

—¿A qué te dedicas?

—Soy un pobre hombre.

—¡Sí; un pobre hombre que posee una casa, mientras que yo no tengo ni una cama siquiera! —dijo Carmaux—. ¡Vaya, zorro viejo, tú tienes miedo a quedarte sin el dinero!

—¡Excelencia, yo no tengo dinero!

Carmaux se echó a reír.

—¡Un filibustero que se convierte en excelentísimo señor!... ¡Este hombre es el compadre más alegre que me he echado a la cara en toda mi vida!

El viejo le lanzó una mirada de través, pero guardándose mucho de mostrarse ofendido.

—¡Acabemos! —dijo el Corsario con tono de amenaza—. ¿Qué es lo que haces en Maracaibo?

—Soy un pobre notario, señor.

—Está bien; pues sabe que nosotros nos alojamos en esta casa hasta que llegue el momento de marcharnos. No te haremos daño alguno; pero ¡mucho cuidado, porque si nos delatas o nos haces traición, te quedas sin cabeza! ¿Me has comprendido?

—Pero ¿qué es lo que ustedes quieren de mí? —preguntó casi llorando el desgraciado.

—Por ahora, nada. Vístete sin dar el menor grito, o ponemos por obra la amenaza.

El notario se apresuró a obedecer; pero estaba tan asustado y temblaba tanto, que tuvo que ayudarle Carmaux.

—Ahora, ata a ese hombre —dijo el Corsario—. Ten cuidado de que no se escape.

—Respondo de él como de mí mismo, capitán. Le ataré tan bien, que no podrá hacer el más pequeño movimiento.

Mientras que el filibustero reducía a la impotencia al viejo, el Corsario había abierto una ventana que daba sobre la callejuela para ver lo que sucedía. Al parecer, las patrullas se alejaron, pues no se oían sus gritos; pero

las personas despertadas por las voces se asomaban a las ventanas, y hablaban en alta voz.

—¿Ha oído usted? —gritó un hombretón armado con un gran arcabuz—. Parece que los filibusteros han intentado un golpe de mano sobre la ciudad.

—¡Es imposible! —contestaron algunas voces.

—He oído gritar a los soldados.

—¿Los habrán puesto en fuga?

—Eso creo, porque ya no se oye nada.

—¡Vaya un atrevimiento! ¡Entrar en la ciudad, habiendo tantos soldados como hay!

—Seguramente, querrían salvar al Corsario Rojo.

—Y ¡claro! le han encontrado ahorcado ya.

—¡Vaya una sorpresa endiablada para esos ladrones!

—Hay que esperar que los soldados echen la mano a algunos más para colgarlos —dijo el hombre del arcabuz—. Todavía hay madera con que levantar horcas. ¡Buenas noches, señores; hasta mañana!

—¡Sí —murmuró el Corsario—: todavía tenéis madera; pero en nuestros barcos tenemos también las balas necesarias para dejar en ruinas a Maracaibo! ¡Ya llegará el día en que tengáis noticias mías!

Volvió a cerrar prudentemente la ventana, y entró en la habitación del notario. Carmaux se dedicaba a registrar toda la casa, y había metido mano a la despensa. El buen muchacho recordó que no tuvieron tiempo de cenar la noche anterior; y como encontrase un ave y un magnífico pescado frito, que, probablemente, se reservaba el pobre notario para comer al otro día, se apresuró a poner una y otra cosa a disposición del capitán. Además de aquellos alimentos, descubrió en el fondo de un armario varias botellas cubiertas de polvo, con las marcas de los mejores vinos: Jerez, Oporto, Alicante, y Madera.

—Señor —dijo Carmaux dirigiéndose al Corsario—, mientras los españoles corren detrás de nuestra sombra, pruebe un trozo de este pescado, que es una tenca magnífica, de lago, y de este ánade salvaje. Después traeré

algunas botellas que nuestro notario guardaba, de seguro, para las grandes ocasiones, y que le pondrán del mejor humor. ¡Ya se ve que el amigo es aficionado a los líquidos del otro lado del Atlántico! Veremos si tenía buen gusto.

—Gracias —contestó el Corsario, el cual volvió a su tétrico recogimiento.

Se sentó; pero hizo muy poco honor a la comida. Quedóse silencioso y triste, como le vieron siempre los filibusteros. Probó el pescado, bebió unos cuantos vasos de vino, y en seguida se levantó, poniéndose a pasear por la sala.

Por su parte, Carmaux, no tan sólo se lo comió todo, sino que vació un par de botellas, con gran desesperación del pobre notario, que no concluía de lamentarse al ver que se consumían tan de prisa aquellos vinos, que hiciera llevar de la lejana patria a costa de mucho dinero. Pero el marinero, a quien pusieron de excelente humor los tragos, llevó su galantería hasta ofrecerle un vaso, con objeto de hacerle pasar el susto que experimentaba y la ira que le roía.

—¡Truenos! —exclamó—. ¡No creía yo que iba a pasar la noche tan alegremente! Encontrarse entre dos fuegos, a punto de perder la vida y con una cuerda al pescuezo, y, en vez de morir, verse en medio de estas botellas deliciosas... ¡Vamos; ni en sueños lo hubiera imaginado!

—Pero el peligro no ha pasado todavía, amigo mío —dijo el Corsario—. ¿Quién nos asegura que mañana los españoles, no habiéndonos encontrado, no vendrán a sacarnos de este refugio? Aquí se está bien; pero mucho mejor estaríamos a bordo de mi Rayo.

—Al lado de usted, mi capitán, no temo nada: usted solo vale por cien hombres.

—Por lo visto, te has olvidado de que el gobernador de Maracaibo es un zorro viejo, y que sería capaz de todo por echarme mano. No ignora que entre él y yo se ha empeñado una guerra a muerte.

—Aquí nadie sabe quién es usted.

—Podría sospecharse; y, además, ¿te has olvidado de los vizcaínos? Nadie me quita de la cabeza que han sabido que el matador de aquel conde

bravucón es el hermano del pobre Corsario Rojo y del Corsario Verde.

—Puede ser que esté usted en lo cierto, señor. ¿Cree usted que Morgan nos enviará socorros?

—Mi segundo no es capaz de abandonar a su comandante en manos de los españoles. Es un valiente, y no me sorprendería que intentase forzar el paso para lanzar sobre la ciudad una tempestad de balas.

—Eso sería una locura que podría costarle cara, señor.

—¡Cuántas no hemos cometido nosotros, y siempre, casi siempre con buen éxito!

—¡Es verdad!

El Corsario se sentó, tomó unos sorbos de un vaso de vino, y en seguida volvió a levantarse y se dirigió hacia una ventana, desde la cual se veía la callejuela toda. Hacía una media hora que se había puesto allí en observación, cuando Carmaux le vio entrar precipitadamente.

—¿Es de confianza el negro?

—Comandante, es un hombre fiel.

—¿Incapaz de vendernos?

—Por él pondría una mano en el fuego.

—Pues está aquí.

—¿Le ha visto usted?

—Está rondando la calleja.

—Es preciso hacerle subir, comandante.

—¿Qué será lo que habrá hecho del cadáver de mi hermano? —preguntó el Corsario arrugando el entrecejo.

—Así que esté aquí lo sabremos.

—Ve a llamarle; pero ten prudencia. Si te ven, ya no respondo de nuestra vida.

—Déjeme usted pensar, señor —dijo Carmaux sonriendo—. Le pido a usted tan solo diez minutos de tiempo para convertirme en el notario de

Maracaibo.

CAPÍTULO VI

LA SITUACIÓN DE LOS FILIBUSTEROS SE HACE GRAVE

No transcurrieron diez minutos, cuando ya Carmaux había salido de casa del notario para ir en busca del negro, al cual vio el Corsario rondar por la calleja.

El valiente filibustero, en tan breve tiempo, había logrado transformarse de tal modo, que no le reconocería nadie. Con unos cuantos tijeretazos se recortó la inculta barba y los largos cabellos; se puso un traje español que debía de tener reservado el notario para los días solemnes, y que le sentaba de un modo admirable, pues ambos eran de la misma estatura. Vestido de aquel modo, el terrible merodeador del mar podía pasar por un tranquilo y honrado burgués gibraltareño, si no por el notario mismo. Como hombre prudente, metióse en uno de los comodísimos y amplios bolsillos una pistola, no fiándose enteramente del disfraz.

Así transformado, dejó la casa como si fuese un ciudadano pacífico que va a respirar unas cuantas bocanadas de aire matinal, mirando a lo alto para ver si el alba, que no debía de tardar ya mucho, se decidía a poner en fuga a las tinieblas.

La callejuela estaba desierta; pero el comandante había visto al negro pocos momentos antes, y éste no debía de andar muy lejos.

— ¡Le encontraré! — murmuró el filibustero—. Si el compadre saco de carbón se ha decidido a volver, muy graves motivos le habrán obligado a no salir de Maracaibo. ¿Habrá sabido ese condenado de Wand Guld que ha sido el Corsario Negro el que ha dado el golpe? ¿Estará escrito que los tres valientes hermanos deben caer en las manos de ese siniestro viejo? ¡Por Cristo vivo! ¡Pero nosotros saldremos de aquí para cobrarle ojo por ojo, diente por diente y vida por vida!

Monologando así salió de la callejuela, y se disponía a volver la esquina de una casa, cuando un soldado armado con un arcabuz, y que estaba escondido en una puerta, le cortó el paso de repente, diciéndole con voz amenazadora:

— ¡Alto ahí!

— ¡Muerte y condenación! — murmuró Carmaux metiendo la mano en el bolsillo y empuñando una de sus pistolas—. ¿Estamos ya?

Pero tomando el aspecto y la expresión de un buen burgués, dijo:

— ¿Qué es lo que quiere usted, señor soldado?

— Saber quién es usted.

— ¡Cómo! ¿No me conoce? ¡Soy el notario del barrio, señor soldado!

— Dispénseme usted: hace poco que he llegado a Maracaibo, señor notario. ¿Adónde va usted, si es que se puede saber?

— A casa de un pobre hombre que se está muriendo, y, como usted comprenderá, cuando uno se dispone a irse al otro mundo, es preciso pensar en los herederos.

— Verdad, señor notario; pero tenga cuidado de no tropezar con los filibusteros.

— ¡Dios mío! — exclamó Carmaux fingiendo un gran susto—. ¿Están aquí los filibusteros? ¿Cómo se han atrevido a desembarcar esos canallas en Maracaibo, que es una ciudad tan bien guardada, y que está gobernada por un soldado tan valiente como Wand Guld?

—No se sabe cómo han logrado desembarcar, pues no se ha visto barco alguno filibustero, ni cerca de las islas, ni en el Golfo de Coro; pero de que han venido, ya no hay duda alguna. Bástele saber a usted que han matado a tres personas y herido a cuatro, y que han llevado su atrevimiento hasta apoderarse del cadáver del Corsario Rojo, el cual había sido ahorcado ante el palacio del gobernador, juntamente con los que le acompañaban.

—¡Qué bribones! ¿Y en dónde están?

—Se cree que han huido al campo, y ya se han mandado tropas a diferentes sitios con la esperanza de capturarlos para que hagan compañía a los ahorcados.

—¿No se habrán escondido en la ciudad?

—No es posible; se los ha visto escapar en dirección del campo.

Carmaux ya sabía bastante, y creyó oportuno marcharse para no perder las huellas del negro.

—Procuraré no encontrarme con ellos —dijo—. ¡Buena guardia, señor soldado! Me voy, pues si no, no llegaré a tiempo para cumplir mi misión con el cliente moribundo que me espera.

—¡Buena suerte, señor notario!

El filibustero se caló el sombrero hasta los ojos y se alejó apresuradamente, fingiendo mirar en derredor de sí para simular un miedo que no tenía.

—¡Vamos! —exclamó en cuanto se hubo alejado—. ¡Creen que hemos salido de la ciudad! ¡Muy bien, queridos! Seguiremos pacíficamente en casa del óptimo notario hasta que los soldados hayan vuelto de su expedición, y en seguida nos iremos nosotros. ¡Qué magnífica idea ha tenido el comandante! Al Olonés, que se envanece de ser el filibustero más astuto de la Tortuga, no se le hubiera ocurrido cosa mejor.

Doblaba ya la esquina de la calle para seguir marchando por otra más ancha y que flanqueaban bonitas viviendas rodeadas de elegantes barandales sostenidos por postes de madera de varios colores, cuando vio una sombra negrísima y de gigantesca estatura, inmóvil al lado de una palmera que crecía ante un gracioso palacete.

—Si no me equivoco, ése es mi compadre saco de carbón —murmuró el filibustero—. Por esta vez, tenemos en nuestra ayuda una fortuna extraordinaria; pero ya se sabe que nos protege el Diablo: por lo menos, tal dicen los españoles.

El hombre que se hallaba medio escondido detrás del tronco del árbol, al ver acercarse a Carmaux procuró ocultarse bajo el pórtico del palacete, pensando que tenía que habérselas con algún soldado; pero no creyéndose seguro allí, volvió rápidamente la esquina de la casa, con la intención, sin duda, de meterse en alguna de las callejuelas vecinas.

El filibustero había tenido tiempo de asegurarse de que, en efecto, era el negro. De unos cuantos saltos se puso cerca del palacete, y dobló la esquina diciendo a media voz:

—¡Eh! ¡Compadre! ¡Compadre!

El negro se detuvo, y al cabo de unos instantes de duda retrocedió. Al reconocer a Carmaux bajo su magnífico disfraz, lanzó una exclamación de alegría y de asombro:

—¡Tú, compadre blanco!

—¡No tienes mala vista, compadre saco de carbón! —dijo riendo el filibustero.

—¿Y el capitán?

—Por ahora, no te cuides de él: está en salvo, y eso basta. ¿Por qué has vuelto? El comandante te mandó que llevases el cadáver a bordo.

—No he podido, compadre. Han invadido el bosque numerosos grupos de soldados, que, probablemente, habrán ido hasta la costa.

—¿Se habrán dado cuenta de nuestro desembarco?

—Eso temo, compadre blanco.

—¿Y en dónde has escondido el cadáver?

—En mi cabaña, en medio de un montón de hojas frescas.

—¿No darán con él los españoles?

—He tenido la precaución de dar suelta a las serpientes. Si los soldados quisieran entrar en la cabaña, huirán al ver los reptiles.

— ¡No está mal eso, compadre!

— Se hace lo que se puede.

— ¿Es decir, que tú no crees que se pueda tomar el portante por ahora?

— Ya te he dicho que hay soldados en el bosque.

— La cosa es grave. Morgan, el segundo comandante del Rayo, puede cometer alguna imprudencia al ver que no volvemos —murmuró el filibustero—. Vamos a ver cómo concluye esta aventura. Compadre, ¿a ti te conocen en Maracaibo?

— Todo el mundo, porque vengo a menudo a vender hierbas para curar las heridas.

— ¿No sospecharán de ti?

— No, compadre.

— Entonces, sígueme; vamos a ver al comandante.

— ¡Un momento, compadre!

— ¿Qué quieres?

— He traído conmigo a vuestro compañero.

— ¿A quién? ¿A Wan Stiller?

— Corría el peligro de que le prendiesen, y he pensado que podría ser más útil aquí que estando de guardia en la cabaña.

— ¿Y el prisionero?

— Le hemos atado; de modo que allí le encontraremos, si es que antes no le han dado libertad sus camaradas.

— ¿Y en dónde está Wan Stiller?

— Espera un momento, compadre.

El negro se puso ambas manos en la boca, y dio un ligero grito que podía confundirse con el de un vampiro, uno de esos murciélagos grandes que tan numerosos son en América. Instantes después un hombre aparecía en la tapia del jardín, y de un salto caía al lado de Carmaux diciendo:

— ¡Cuánto me alegro de verte vivo todavía, camarada!

—Y yo me alegro más que tú, amigo Wan Stiller —contestó Carmaux.

—¿Crees que el capitán desaprobará que haya venido? Yo no podía estar escondido en el bosque, sabiendo el peligro que corríais.

—El comandante se alegrará, amigo. Un valiente más en estos instantes es demasiado necesario para que no se vea con satisfacción.

—¡Vámonos!

Comenzaba a alborear. Las estrellas palidecían rápidamente. En aquellas regiones no hay crepúsculo: a la noche sucede casi de repente el día. El Sol despunta pudiéramos decir que de improviso, y con sus poderosos rayos deshace las tinieblas en un momento.

Los habitantes de Maracaibo, casi todos madrugadores, comenzaban a despertar. Las ventanas se abrían; aquí y allá se oían sonoros estornudos y bostezos, y comenzaba el ruido en las casas. Seguramente, se comentaban los acontecimientos de la noche, los cuales esparcieron cierta inquietud en todos, pues los filibusteros eran temidos en todas las colonias del inmenso Golfo de México.

Carmaux, que no quería tener encuentros, por temor de que le reconociese alguno de los bebedores de la taberna, alargaba el paso, seguido del negro y del hamburgués. Llegados a la callejuela, encontró todavía al soldado, que paseaba de una esquina a la otra de la calle con la alabarda al brazo.

—¿De vuelta ya, señor notario? —preguntó al ver a Carmaux.

—¡Qué quiere usted, amigo! —contestó el filibustero—. Mi cliente tenía prisa por dejar este valle de lágrimas, y se las ha guillado en el acto.

—¿Y le ha dejado a usted heredero de ese magnífico negro? —preguntó señalando al encantador de serpientes—. ¡Carramba! Es un coloso que vale algunos miles de piastras.

—Sí, me lo ha regalado. Buenos días, señor soldado.

Volvieron la esquina a escape, se metieron en la callejuela, y entraron en la casa del notario, cerrando la puerta con cerrojos y barras. El Corsario Negro esperaba en el balcón, lleno de una impaciencia que no podía ocultar.

—¿Qué hay? —preguntó—. ¿Por qué ha vuelto el negro? ¿Y el cadáver de mi hermano? ¿Está también aquí Wan Stiller?

En pocas palabras le informó Carmaux de los motivos que obligaron al negro a volver a Maracaibo y decidieron a Wan Stiller a correr en ayuda de ellos, diciéndole, además, lo que le contó el soldado.

—Esas noticias son graves —dijo el capitán volviéndose hacia el negro—. Si, en efecto, los españoles están dando batidas por el bosque y la costa, no sé cómo vamos a poder ir a bordo del Rayo. No temo por mí, sino por mi barco, al cual puede sorprenderle la escuadra del almirante Toledo.

—¡Truenos! —exclamó Carmaux—. ¡No nos faltaba más que eso!

—Comienzo a temer que concluya mal esta aventura —murmuró Wan Stiller—. ¡Bah! Hace dos días que debíamos haber sido ahorcados: aún tenemos que alegrarnos por haber vivido otras cuarenta y ocho horas más.

El Corsario Negro se puso a pasear por la habitación, dando vueltas en derredor de la caja que les había servido de mesa. Parecía preocupado y nervioso: de tiempo en tiempo interrumpía sus paseos y se detenía bruscamente ante sus hombres; después volvía a pasear, inclinando la cabeza.

De pronto se detuvo delante del notario, que yacía tendido en la cama, y fuertemente atado, y mirándole de un modo amenazador, le dijo:

—¿Tú conoces los alrededores de Maracaibo?

—Sí, excelencia —contestó el pobre hombre con voz temblorosa.

—¿Podrías hacernos salir de la ciudad sin que nos sorprendiesen tus compatriotas, y llevarnos a algún sitio seguro?

—¿Cómo voy a poder hacer eso, señor? Apenas saliese usted de mi casa, le reconocerían y le prenderían, y a mí con usted; me culparían por haber querido salvarle, y el gobernador, que es un hombre que no gasta bromas, mandaría que me ahorcasen.

—¡Ya! ¿Se teme a Wan Guld? —dijo el Corsario apretando los dientes y con los ojos brillantes de ira—. ¡Sí; ése es un hombre enérgico y fiero, tan fiero como despiadado, y sabe hacerse temer de todos! ¡No; de todos, no! ¡Él será el que veré yo temblar algún día! ¡Entonces pagará con la vida la muerte de mis hermanos!

—¿Quiere usted matar al gobernador? —preguntó el notario con tono de incredulidad.

—¡Silencio, viejo, si es que aprecias el pellejo! —dijo Carmaux.

El Corsario no pareció que hubiese oído a uno ni a otro. Había salido de la habitación para dirigirse al balcón contiguo, desde donde, como ya se ha dicho, se veía perfectamente toda la callejuela.

—¡Este sí que es un bonito aprieto! —dijo Wan Stiller volviéndose hacia el negro—. ¿Nuestro compadre saco de carbón no tiene algún medio ni se le ocurre idea alguna que nos saque de esta situación tan poco alegre? Porque yo no me siento muy seguro en esta casa.

—Quizá haya un medio —contestó el negro.

—¡Desembucha, compadre! —dijo Carmaux—. Si es realizable tu proyecto, te prometo un abrazo; yo, que no he abrazado a hombre alguno negro, amarillo ni encarnado.

—Es preciso esperar hasta la noche.

—Por ahora, no tenemos prisa.

—Vestíos de españoles, y salid tranquilamente de la ciudad.

—¿Es que yo no estoy vestido con la ropa del notario?

—No basta eso.

—¿Entonces, qué más se necesita?

—Un traje de mosquetero o de alabardero; porque si salís de la ciudad vestidos de paisano, no tardaréis en caer en manos de las tropas que recorren las afueras.

—¡Relámpagos! ¡Qué magnífica idea! —exclamó Carmaux—. ¡Tienes razón, compadre saco de carbón! Vestidos de soldado, no se le ocurrirá a nadie la tontería de detenernos y preguntarnos adónde vamos, especialmente por la noche. Nos tomarán por una ronda y podremos marcharnos tranquilamente y embarcarnos.

—¿Y dónde vamos a encontrar los trajes? —preguntó Wan Stiller.

—¿En dónde? Cogemos a un par de soldados, y los desnudamos —dijo Carmaux con aire resuelto—. Ya sabes que nosotros somos listos de manos.

—No es preciso exponerse a ese peligro —dijo el negro—. Como soy conocido en la ciudad y nadie sospecha de mí, puedo ir a comprar dos tra-

jes, incluso las armas.

—¡Compadre saco de carbón, eres un gran hombre, y quiero darte un abrazo de hermano!

Así diciendo, el filibustero había abierto los brazos para estrechar al negro; pero no tuvo tiempo: un sonoro golpe se escuchó en la calle, vibrando en la escalera.

—¡Relámpagos! —exclamó Carmaux—. ¡Alguien llama en la puerta!

Al mismo tiempo entró diciendo el Corsario Negro:

—Notario, ahí hay un hombre que viene a buscarte.

—Será algún cliente mío —contestó el prisionero lanzando un suspiro—; algún cliente que quizá me haría ganar un buen jornal, mientras que yo...

—¡Cállate! —dijo Carmaux—. ¡Ya sabemos bastante, charlatán!

Un segundo golpe más fuerte que el primero hizo retemblar la puerta, acompañándole estas palabras:

—¡Abra usted, señor notario! ¡No hay tiempo que perder!

—Carmaux —dijo el Corsario, que había tomado una resolución—, si nos obstinamos en no abrir, puede sospechar algo ese hombre, o temer que le haya sucedido algo al notario, e ir a prevenir al alcalde del barrio.

—¿Qué es lo que hay que hacer, comandante?

—Abrir, atar bien al importuno, y enviarle a que haga compañía al notario.

No había concluido de decirlo, cuando ya Carmaux estaba en la escalera seguido del negro. Al oír que daban un tercer golpe, tan violento que por poco hace saltar las tablas de la puerta, se apresuró a abrir, diciendo:

—¡Uf! ¡Qué furia, señor!

Un jovencito de diez y ocho años, vestido señorialmente y armado de un elegante puñal que llevaba suspendido del cinturón, entró apresuradamente, gritando:

—¿Es así como se obliga a esperar a las personas que tienen prisa?
¡Caram...!

Al ver a Carmaux y al negro, se detuvo, mirándolos con asombro y con cierta inquietud:

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó.

—Dos criados del señor notario —contestó Carmaux haciendo una reverencia burlesca.

—¡Ah! —exclamó el jovencito—. ¿Don Turillo se ha enriquecido de repente y puede permitirse el lujo de tener dos criados?

—Sí; ha heredado a un tío que se le murió en el Perú —dijo riendo el filibustero.

—Pues conducidme en seguida hasta él. Ya se le había advertido que hoy debía casarme con la señorita Carmen de Vasconcellos. Por lo visto, se hace rogar ese...

Una de las manos del negro, cayéndole de improviso entre los hombros, le cortó la palabra. El joven, medio estrangulado por una presión rápida, cayó de rodillas, con los ojos fuera de las órbitas y el rostro amoratado.

—¡Eh! ¡Despacio, compadre! —dijo Carmaux—. ¡Si aprietas un poco más, me lo ahogas por completo! Es preciso ser un poco más correcto con los clientes del notario.

—No temas, compadre blanco —contestó el encantador de serpientes.

El jovencito, que estaba tan asustado que ni pensaba en oponer la menor resistencia, fue conducido al piso alto, desarmado del puñal, atado, y echado al lado del notario.

—Esto ha concluido, capitán —dijo Carmaux.

El Corsario aprobó con un movimiento de cabeza el golpe de mano del marinero; en seguida, acercándose al jovencito, que le miraba medio muerto, le preguntó:

—¿Quién es usted?

—Es uno de mis mejores clientes, señor —dijo el notario—. Este buen muchacho me hubiera dado a ganar hoy lo menos...

—¡Cállese usted! —dijo el Corsario con voz seca.

— ¡Este notario se ha convertido en un verdadero papagayo! — exclamó Carmaux—. Si continúa así, será preciso cortarle un pedazo de lengua.

El lindo jovencito se había vuelto hacia el Corsario, y después de mirarle con cierto asombro, contestó:

— Soy hijo del juez de Maracaibo, don Alonso de Conxevio. Ahora espero que me explique usted el motivo de este secuestro personal.

— Es inútil que usted lo sepa; pero puede usted estar tranquilo: no le sucederá nada, y mañana, si no ocurren acontecimientos imprevistos, quedará usted libre.

— ¡Mañana! — exclamó el jovencito con doloroso asombro—. ¡Piense usted, señor, en que hoy tengo que casarme con la hija del capitán Vasconcellos!

— Se casará usted mañana.

— ¡Cuidado! Mi padre es amigo del gobernador, y podría usted tener que pagar caro este proceder misterioso, por lo que a mí atañe. En Maracaibo hay soldados y cañones.

Una desdeñosa sonrisa se dibujó en los labios del hombre de mar.

— No los temo — dijo—. Yo tengo hombres más temibles que los que guardan a Maracaibo, y cañones también.

— Pero ¿quién es usted?

— Es inútil que usted lo sepa.

Dicho esto, el Corsario le volvió la espalda y salió, poniéndose de centinela en la ventana, mientras que Carmaux y el negro registraban la casa desde la bodega al tejado, para ver si era posible disponer algo que comer, y Wan Stiller se colocaba junto a los dos prisioneros con objeto de impedirles la menor tentativa de fuga.

El compadre blanco y el compadre negro, después de haber revuelto las habitaciones, llegaron a descubrir una cecina ahumada y cierta especie de queso bastante picante, que debía de poner todo el mundo de buen humor y en condiciones de gustar el excelente vino del notario; por lo menos, así lo aseguraba el amable filibustero. Advirtieron al Corsario que estaba dis-

puesto el almuerzo, y ya habían destapado algunas botellas de Oporto, cuando oyeron llamar nuevamente a la puerta.

—¿Quién será? —se preguntó Carmaux—. ¿Otro cliente que desea hacer compañía al notario?

—Ve a ver —dijo el comandante, que ya se había sentado a la improvisada mesa.

El marinero no se hizo repetir la orden, y asomándose a la ventana y sin levantar la persiana, vio delante de la puerta a un hombre que tanto parecía un criado como un alguacil.

—¡Demonio! —murmuró—. ¿Vendrá en busca del jovencillo? La misteriosa desaparición del novio habrá preocupado a la novia, a los padrinos y a los invitados. ¡Hum!... ¡El asunto comienza a embrollarse!

Mientras tanto el criado, como no le contestaban, seguía llamando con más fuerza, produciendo un estrépito de tal naturaleza, que atrajo a las ventanas a todos los vecinos. Era preciso abrir, y apoderarse también de aquel importuno antes de que el vecindario sospechase algo y echara abajo la puerta o llamase a los soldados.

Carmaux y el negro se apresuraron a bajar y abrir; pero apenas el criado o alguacil penetró en el pasadizo que hacía veces de portal, quedó sujeto por el cuello de modo que no podía dar un grito, y en seguida, atado, amordazado y subido a la habitación, en compañía del desgraciado amo y del no menos infortunado notario.

—¡El Demonio se los lleve! —exclamó Carmaux—. ¡A poco que esto continúe, vamos a hacer prisioneros a todos los habitantes de Maracaibo!

CAPÍTULO VII

UN DUELO ENTRE CABALLEROS

El almuerzo, muy al contrario de las previsiones de Carmaux, tuvo poco de alegre, y el buen humor faltó, a pesar del excelente vino, de la magnífica cecina y del queso picante del pobre notario.

Todos comenzaban a estar inquietos ante el mal cariz que iban tomando las cosas por causa de aquel desgraciado jovencillo y de su matrimonio. Lo misterioso de su desaparición, juntamente con la del criado, debía de haber puesto en cuidado a los parientes, y eran de esperar muy pronto nuevas visitas de criados, de amigos o, lo que era peor, del juez o del alguacil.

Aquel estado de cosas no podía durar de ninguna manera. Los filibusteros harían todavía algunos prisioneros más; pero después acudirían soldados, y no uno a uno para que los prendiesen.

El Corsario y sus dos marineros expusieron y discutieron varios proyectos; pero ninguno pareció bueno. Por el momento era imposible huir: los reconocerían en seguida, les echarían mano, y los ahorcarían, como al desventurado Corsario Rojo y a sus hombres. Era preciso esperar a la noche; pero también había que suponer que los parientes del jovencito no los dejasen tranquilos.

Los tres filibusteros, generalmente tan fecundos en astucias, se encontraban en aquel momento en un atolladero.

A Carmaux se le ocurrió la idea de vestirse con los trajes de los prisioneros y salir audazmente; pero en seguida se hizo cargo de la imposibilidad de realizarla, pues no era posible hacer uso de la capa del jovencito, porque, además de que ninguno de ellos podía ponérsela, la cosa era demasiado peligrosa si se encontraban con los soldados que recorrían la campiña. A su vez, el negro había vuelto a su primera idea; esto es, ir a comprar trajes de alabarderos o de mosqueteros: también esto quedó descartado por el momento, puesto que era preciso esperar a la noche para poder ponerlo en práctica con alguna probabilidad de éxito.

Hallábanse en esta perplejidad, pensando y dándole vueltas al magín para encontrar un medio que los sacase de aquella situación, la cual de minuto en minuto se hacía más embarazosa y arriesgada, cuando fue a llamar a la puerta del notario una tercera persona.

Esta vez no era un criado, sino un caballero castellano armado de espada y puñal; probablemente, algún pariente del jovencito, o alguno de los testigos.

— ¡Truenos! — exclamó Carmaux —. ¡Es una procesión de gentes la que viene a esta condenada casa! Primero, el jovencillo; después, un criado; ahora un caballero; luego quizá venga el padre del novio; detrás, los padrinos, los amigos... ¡Vamos a concluir por celebrar aquí el matrimonio!

El castellano, viendo que nadie se apresuraba a abrir, redoblaba los golpes, levantando y dejando caer sin cesar el pesado llamador de hierro. Aquel hombre no debía de tener la virtud de la paciencia, y, probablemente, sería más peligroso que el jovencito y el criado.

— Ve, Carmaux — dijo el Corsario.

— Comandante, creo que no va a ser cosa fácil sujetarle y atarle. Es un hombre fuerte, y de seguro hará una resistencia desesperada.

— Iré yo también: ya sabes que mis brazos no son flojos.

El Corsario, que vio en un rincón de la sala una espada, quizá una antigua arma de familia que el notario conservaba, la cogió, y después de haber probado la elasticidad de la hoja, se la puso al costado murmurando:

—¡Acero de Toledo! ¡Le dará que hacer al castellano!

Entretanto, Carmaux y el negro habían abierto la puerta, que parecía iba a hundirse bajo los golpes furiosos e incesantes del llamador, y el caballero entró con la mirada amenazadora, el entrecejo fruncido y la mano izquierda en las guardas de la espada, diciendo con voz colérica:

—¡Aquí, por lo visto, se necesita un cañón para que abran la puerta!

El recién llegado era un hombre arrogante, como de unos cuarenta años, de alta estatura, de tipo varonil y altivo, de ojos negrísimos y de espesa barba, negra también, que le daba cierto aspecto marcial.

Vestía un elegante traje español de seda negra, y calzaba altas botas de piel amarilla, con las cañas dentelladas en la parte superior, y espuelas.

—Perdone, caballero, si hemos tardado —contestó Carmaux inclinándose grotescamente ante él—; pero estábamos ocupadísimos.

—¿En qué? —preguntó el castellano.

—En curar al señor notario.

—¿Acaso está malo?

—Tiene una fiebre elevadísima, señor.

—¡Llámame conde, tunante!

—Perdone, señor conde; pero yo no tenía el honor de conocerle.

—¡Vete al Demonio! ¿En dónde está mi sobrino? Hace dos horas que ha venido.

—Nosotros no hemos visto a nadie.

—¡Tú quieres burlarte de mí! ¿En dónde está el notario?

—En la cama, señor.

—Guíame hasta él.

Carmaux, que quería atraerle hasta el fondo del corredor antes de hacer seña al negro para que pusiera en juego su prodigiosa fuerza, echó a andar delante del castellano como si le guiase, y en cuanto llegaron al pie de la escalera, se volvió de repente diciendo:

—¡Tú, compadre!

El negro cayó con rapidez sobre el castellano; pero éste, que debía de estar muy sobre sí, y que poseía una agilidad capaz de dar punto y raya a un marinero, de un solo brinco saltó a los primeros escalones apartando con un violento golpe a Carmaux, y tiró de la espada gritando:

—¡Hola! ¡Ladrones! ¡Canallas! ¿Qué significa esto? ¡Ahora voy a cortar las orejas!

—Si quiere usted saber qué significa esto, yo se lo explicaré, señor mío —dijo una voz.

El Corsario Negro apareció casi de improviso en el corredor alto con la espada en la mano, y comenzó a bajar la escalera.

El castellano se había vuelto, sin dejar por eso de mirar a Carmaux y al negro, que se habían retirado al fondo del portal, poniéndose de guardia en la puerta. El primero empuñaba la navaja, y el segundo se apoderó de una tranca de madera; arma formidable en sus manos.

—¿Quién es usted, señor mío? —preguntó el castellano sin manifestar el más mínimo temor—. Porque por el traje se le podría tomar por un noble; pero no siempre el hábito hace al monje, y también podría ser usted un bandido.

—Esa es una palabra que podría costarla cara, noble señor —contestó el Corsario.

—¡Bah!... ¡Ya lo veremos!

—¿Usted es un valiente, señor? ¡Tanto mejor! Sin embargo, le aconsejo que deponga la espada y que se rinda.

—¿A quién?

—A mí.

—¿A un bandido que tiende un lazo para asesinar a traición a las personas?

—No; al caballero Emilio de Bocanegra, señor de Ventimillia.

—¡Ah! ¿Usted es noble? Entonces, quisiera saber, por lo menos, por qué el señor de Ventimillia intentaba hacerme asesinar por sus criados.

—Ésa es una suposición que usted ha hecho: nadie ha pensado jamás en asesinarle. Se quería desarmar a usted, y retenerle prisionero algunos días, y nada más.

—¿Y por qué razón?

—Para impedir que advirtiese usted a las autoridades de Maracaibo que yo estoy aquí —contestó el Corsario.

—¿Es decir, que el señor de Ventimillia tiene que saldar cuentas con las autoridades de Maracaibo?

—No me quiere mucho Wan Guld, que sería muy feliz si me tuviese en sus manos; tanto como yo me alegraría de tenerle a él en mi poder.

—¡Pues, señor, no lo comprendo! —dijo el castellano.

—Eso no le importe a usted. ¡Vamos ya! ¿se entrega usted?; ¿sí, o no?

—¡Cómo! Pero, ¿ha pensado usted en eso? Quien ciñe espada, no cede sin defenderse.

—Entonces, me veré obligado a matarle. No puedo permitirle que se vaya, porque mis compañeros y yo nos veríamos perdidos.

—Pero en fin, ¿quién es usted?

—Debía usted haberlo adivinado: somos filibusteros de la isla de la Tortuga. ¡Señor mío, defiéndase usted, porque ahora le mataré!

—Lo creo, teniendo que hacer frente a tres adversarios.

—No se preocupe usted de aquéllos —dijo el Corsario indicándole a Carmaux y al negro—. Cuando se bate su comandante, tienen la costumbre de no mezclarse en la lucha.

—En ese caso, espero que pondré a usted muy pronto fuera de combate. ¡Todavía no conoce usted el brazo del Conde de Lerma!

—Como usted tampoco conoce el del señor de Ventimillia. ¡Conde, defiéndase!

—Permítame usted una palabra: ¿qué es lo que ha hecho usted de mi sobrino y de su criado?

—Están presos, juntamente con el notario. No se inquiete por ellos: mañana estarán en libertad y podrá casarse su sobrino.

—Gracias, caballero.

El Corsario Negro se inclinó ligeramente, y en seguida, descendiendo a escape la escalera, atacó con tal furia al castellano, que éste se vio obligado a retroceder dos pasos.

Durante algunos instantes no se oyó en el corredor otro ruido que el estridente de los hierros. Carmaux y el negro, apoyados contra la puerta y con los brazos cruzados, asistían mudos al duelo, procurando en vano seguir con la vista el vertiginoso voltear de las espadas.

El castellano se batía de un modo admirable, como un tirador valiente, parando con gran sangre fría, y tirando estocadas directísimas; pero muy pronto hubo de convencerse de que tenía delante un adversario de los más temibles, que poseía músculos de acero.

Después de los primeros botes recobró su calma el Corsario Negro. No atacaba más que de tarde en tarde, limitándose a defenderse, como si quisiera cansar al enemigo y estudiar su juego. Firme sobre las nerviosas piernas, con el torso derecho, levantada horizontalmente la mano izquierda y los ojos brillantes, parecía jugar.

En vano el castellano había procurado empujarle hacia la escalera, con la secreta esperanza de hacerle caer: a pesar de la tempestad de estocadas que le tiraba, el Corsario no había retrocedido ni un solo paso y permanecía in-conmovible, rechazando los golpes con prodigiosa rapidez y sin perder ni una línea.

De improviso se lanzó a fondo. Batir en tercia la hoja del adversario con un golpe seco, ligarla de segunda y hacerla caer al suelo, fue todo uno.

Al verse desarmado, el castellano se puso pálido y dejó escapar una exclamación. La brillante punta de la hoja de la espada del Corsario siguió tendida un momento amenazándole el pecho, y en seguida se levantó.

—¡Es usted un valiente! —dijo saludando al adversario—. Usted no quería ceder el arma: ahora yo me la tomo; pero le dejo la vida.

El castellano se había quedado parado, con el más profundo asombro retratado en el rostro. Le parecía imposible que se encontrase vivo todavía.

De pronto avanzó rápidamente dos pasos, y tendió la diestra al Corsario diciendo:

—Mis compatriotas dicen que los filibusteros son hombres sin fe y sin ley, dedicados tan sólo al robo en el mar; ahora puedo decir que entre ellos también se encuentran valientes que, en lo que atañe a la caballería y a la generosidad, pueden dar punto y raya a los más cumplidos caballeros de Europa. Señor caballero, he aquí mi mano: ¡gracias!

El Corsario se la estrechó cordialmente, y en seguida, recogiendo la espada caída y alargándosela al conde, contestó:

—Conserve usted su arma, señor; a mí me basta con que usted me prometa no esgrimirla contra nosotros hasta mañana.

—Se lo prometo por mi honor, caballero.

—Ahora déjese atar sin oponer resistencia. Me disgusta mucho tener que recurrir a este extremo; pero no puedo hacer otra cosa.

—Haga usted lo que quiera.

A una seña del Corsario, Carmaux se acercó al castellano, le ató las manos, y en seguida se lo confió al negro, quien apresuradamente le condujo al piso superior a hacer compañía al sobrino, al criado y al notario.

—Es de esperar ahora que habrá terminado la procesión —dijo Carmaux volviéndose hacia el Corsario.

—Al contrario; creo que dentro de poco vendrán a importunarnos otras personas —contestó el capitán—. Todas estas desapariciones misteriosas no tardarán en producir su efecto entre los familiares del conde y del jovencito, y las autoridades de Maracaibo tomarán cartas en el asunto. Por lo cual, haremos muy bien en levantar una barricada detrás de la puerta y prepararnos para la defensa. ¿Has visto si hay armas de fuego en esta casa?

—En el granero he encontrado un arcabuz y municiones, además de una alabarda vieja y llena de orín, y una coraza.

—El arcabuz puede sernos útil.

—Pero, comandante, ¿cómo vamos a poder resistir si vienen los soldados a tomar la casa por asalto?

—Eso ya se verá: te aseguro que Wan Guld no me cogerá vivo. ¡Vamos; preparémonos a defendernos! Después, si hay tiempo, pensaremos en comer.

El negro había vuelto, dejando a Wan Stiller de guardia al lado de los prisioneros. Una vez al corriente de lo que había que hacer, se puso a la obra afanosamente.

Ayudado por Carmaux, llevó al portal todos los muebles más pesados y voluminosos de la casa, no sin que el pobre notario protestase, aun cuando inútilmente. Cajas, armarios y mesas quedaron acumuladas ante la puerta de modo que la obstruían por entero. No contentos con esto, los filibusteros levantaron una segunda barricada en la parte baja de la escalera, con objeto de hacer imposible el paso a los asaltantes, en el caso de que la puerta no pudiera resistir.

Apenas habían terminado los preparativos de defensa, cuando vieron que Wan Stiller bajaba corriendo la escalera.

—Comandante —dijo—, se han agrupado en la calleja varios vecinos que miran atentamente hacia esta casa. Yo creo que ya se han dado cuenta de lo que sucede aquí.

—¡Ah! —exclamó el Corsario, sin que se alterara un solo músculo de su rostro.

Subió tranquilamente la escalera, y se asomó a la ventana que daba sobre la calle, pero ocultándose tras la persiana.

Wan Stiller había dicho la verdad. Formando varios grupos, había como unas cincuenta personas obstruyendo el extremo de la calleja. Aquellas gentes hablaban con gran animación señalando la casa del notario, y en las ventanas se veía aparecer y desaparecer a los vecinos.

—Va a suceder lo que temía —murmuró el Corsario arrugando el entrecejo—. ¡Por lo visto, estaba escrito que yo debía morir también en Maracaibo! ¡Pobres hermanos míos, muertos sin que quizá pueda vengarlos! ¡Oh!... Sin embargo, no está aún la muerte tan cerca, y la fortuna protege siempre a los filibusteros de la Tortuga. ¡Carmaux!

Al oír que le llamaban, el marinero fue corriendo.

—¡Aquí estoy, mi comandante!

—¿Me has dicho que habías encontrado municiones?

—Sí; un barrilillo de pólvora como de ocho o diez libras.

—Colócalo en el portal detrás de la puerta, y ponle una mecha.

—¡Relámpagos!... ¿Vamos a volar la casa?

—Sí: ¡va a ser preciso!

—¿Y los prisioneros?

—¡Peor para ellos si los soldados quieren prendernos! Tenemos el derecho de defendernos, y lo haremos sin vacilar.

—¡Ah! ¡Allí están! —exclamó Carmaux, que tenía los ojos clavados en la calleja.

—¿Quién?

—¡Los soldados, comandante!

—¡Anda! Ve a coger ese barril, y en seguida vuelve a buscarme, juntamente con Wan Stiller. No hay que olvidarse del arcabuz.

En el extremo de la calle apareció un pelotón de arcabuceros mandados por un teniente y seguidos de un grupo de curiosos. Eran dos docenas de soldados perfectamente equipados, como si fuesen a la guerra, con arcabuces, espadas y puñales de misericordia.

Al lado del teniente vio el Corsario a un señor viejo, de barba blanca, con una espada, y sospechó en seguida que sería algún pariente del conde o del jovencito.

El pelotón se abrió pasó por entre los curiosos que obstruían la callejuela, e hizo alto a diez o doce pasos de la casa del notario, colocándose en triple línea, y preparando los arcabuces como si fuesen a romper el fuego sin más preámbulos.

El teniente miró durante algunos instantes a las ventanas, cambió algunas palabras con el viejo, y en seguida se acercó resueltamente a la puerta, y dejó caer el pesado llamador gritando:

—¡En nombre del gobernador, abrid!

—¿Estáis dispuestos, mis valientes? —preguntó el Corsario.

— ¡Sí, señor, mi comandante! — contestaron Carmaux, Wan Stiller y el negro.

— Vosotros permaneceréis conmigo; y tú, mi bravo africano, sube al piso alto, y mira si se puede encontrar algún sitio que nos permita escapar por los tejados.

Dicho esto abrió las maderas, e inclinándose sobre el alféizar preguntó:

— ¿Qué es lo que desea usted, señor?

El teniente, al ver que en lugar del notario apareció aquel hombre de enérgicas facciones y cubierto con amplio sombrero negro, que adornaba una gran pluma del mismo color, se quedó parado mirándole con asombro.

— ¿Quién es usted? — le preguntó al fin, al cabo de algunos instantes—. Yo pregunto por el notario.

— Contesto yo por él, puesto que el notario en este momento no puede moverse.

— Entonces, abra usted: ¡orden del gobernador!

— ¿Y si yo no quiero abrir?

— En ese caso, yo no respondo de las consecuencias. En esa casa han sucedido cosas muy extrañas, caballero, y tengo la orden de averiguar qué es lo que le ha pasado al señor don Pedro Convexio, a su criado y a su tío, el conde de Lerma.

— Si le interesa saberlo, le diré que están todos vivos y sanos en esta casa, y que tienen un excelente humor.

— Mándelos usted bajar.

— Señor, eso es imposible — contestó el Corsario.

— ¡Le intimo a que obedezca, o mandaré echar la puerta abajo!

— Hágalo usted; pero debo advertirle que he mandado poner detrás de ella un barril de pólvora, y que a la primera tentativa que usted haga para forzarla, pondré fuego a la mecha, y volaré la casa con el señor Convexio, el notario, el criado y el conde de Lerma. ¡Ahora haga usted la tentativa, si es que se atreve!

Al oír esto, dicho con voz tranquila, fría y cortada y en un tono que no dejaba lugar a duda alguna acerca de la terrible amenaza, corrió por los soldados y curiosos un calofrío de terror, y varios de los últimos se apresuraron a marcharse más que a paso, temiendo que la casa fuese a volar de un momento a otro.

El mismo teniente dio algunos pasos atrás.

El Corsario permaneció tranquilamente en la ventana como si fuese un simple espectador, no perdiendo de vista, sin embargo, los arcabuces de los soldados, mientras que Carmaux y Wan Stiller, que estaban detrás de él, espiaban las idas y venidas de los vecinos, los cuales corrieron en dirección a las terrazas.

—Pero ¿quién es usted? —preguntó de nuevo el teniente.

—Un hombre que no quiere que le moleste nadie, sea quien sea, y mucho menos, los oficiales del gobernador —contestó el Corsario.

—¡Le intimo a que me diga su nombre!

—A mí no me parece que debo decirlo.

—¡Le obligaré a ello!

—Y yo haré saltar la casa.

—Pero ¿está usted loco?

—¡Tan loco como usted!

—¿También un insulto?

—Nada de eso, señor mío: contesto.

—¡Concluyamos! ¡La broma ha durado demasiado!

—¿Lo quiere usted? ¡Eh, Carmaux; anda a poner fuego a la pólvora!

CAPÍTULO VIII

UNA FUGA PRODIGIOSA

Al oír aquel mandato, se alzó un clamoreo de terror, no solamente entre la multitud de curiosos, sino también entre los soldados.

Sobre todo, los vecinos gritaban a cuello herido; y con razón, pues ya creían verse volando, porque, saltando la casa del notario, con seguridad se derrumbaban las suyas también. Curiosos y soldados se apresuraron a desalojar la callejuela y a ponerse en salvo al extremo de ésta, y, por su parte, los vecinos bajaban como locos las escaleras, llevando consigo los objetos más preciosos que poseían.

Todos tenían ya la seguridad de que aquel hombre, un loco según algunos, pondría en ejecución la terrible amenaza.

Únicamente el teniente permaneció animosamente en su puesto; pero por la ansiedad de sus miradas se comprendía que si estuviera solo y no llevase las insignias de su grado, seguramente no se habría quedado allí.

— ¡No! ¡Deténgase usted, señor! — gritó — . ¿Está usted loco?

— ¿Desea usted algo? — le preguntó el Corsario con su tranquila voz de costumbre.

— ¡Le digo que no ponga en ejecución tan desastrosa amenaza!

— Con mucho gusto, pero siempre que se me deje tranquilo.

— Pues deje usted en libertad al conde de Lerma y a los demás prisioneros, y le prometo no molestarle.

— Así lo haría si usted quisiera aceptar mis condiciones.

— ¿Qué condiciones son esas?

— Ante todo, mandar que se retire la tropa.

— ¿Y después?

— Proporcionarme para mí y para mis compañeros un salvoconducto firmado por el gobernador, con objeto de poder abandonar la ciudad sin que nos incomoden los soldados que están dando batidas por el campo y por el bosque.

— Pero ¿quién es usted, que necesita de un salvoconducto? —dijo el teniente, cuyo asombro aumentaba, como asimismo sus sospechas.

— Un noble de Ultramar —contestó el Corsario con arrogante fiereza.

— Entonces, no necesita usted ningún salvoconducto para salir de la ciudad.

— ¡Al contrario!

— En ese caso, tiene usted algún delito sobre su conciencia. ¡Señor, dígame usted cómo se llama!

En aquel momento se acercó al teniente un hombre que llevaba vendada la cabeza con un pedazo de lienzo manchado de sangre en varios sitios; avanzaba con trabajo, como si tuviese mala una pierna.

Carmaux, que seguía detrás del Corsario mirando a los soldados, al verle dio un grito.

— ¡Relámpagos! —exclamó.

— ¿Qué tienes, valiente? —preguntó el Corsario volviéndose con viveza.

— ¡Que van a delatarnos, comandante! Aquel hombre es uno de los vizcaínos que nos acometieron con las navajas.

—¡Ah! —dijo el Corsario.

El vizcaíno —pues era, en efecto, uno de los que habían asistido al duelo en la taberna, y después acometido a los filibusteros en la calle— se dirigió al teniente diciendo:

—¿Quiere usted saber quién es aquel caballero del sombrero negro?

—Sí —contestó el teniente—. ¿Lo conoces tú?

—¡Caray! ¡Como que uno de sus hombres es el que me ha puesto de este modo! ¡Señor teniente, que no se le escape! ¡Es uno de los filibusteros!

Un grito, pero no de espanto, sino de furor, estalló por todas partes, siguiéndole un disparo y un gemido doloroso.

A una señal del Corsario, Carmaux levantó rápidamente el mosquete, y con una bala admirablemente dirigida, tumbó al vizcaíno.

Aquello era demasiado. Veinte arcabuces se levantaron apuntando a la ventana que ocupaba el Corsario Negro, y la multitud gritaba a voz en cuello:

—¡Aplastad a esa canalla!

—¡No; prendedlos y ahorcadlos en la plaza!

—¡Quemadlos vivos!

—¡Matadlos! ¡Matadlos!

El teniente, por medio de una rápida seña, mandó bajar los arcabuces, y adelantándose hasta debajo de la ventana, dijo al Corsario, que no se había movido de su sitio, como si todas aquellas amenazas no le interesaran:

—¡Caballero, ha terminado la comedia! ¡Ríndase usted!

El Corsario contestó encogiéndose de hombros.

—¿Me ha oído usted? —gritó el teniente, rojo de cólera.

—Perfectamente, señor.

—¡Ríndase usted, o mando echar la puerta abajo!

—Mande usted —contestó fríamente el Corsario—. Solamente le advierto que está dispuesto el barril de pólvora, y que volaré la casa con los pri-

sioneros dentro.

—¡Volará usted también!

—¡Bah! Morir en medio del estruendo de las ruinas humeantes, es preferible a la muerte ignominiosa que me haríais sufrir tan pronto como me rindiese.

—¡Le prometo la vida!

—De las promesas de usted no sé qué decir, porque no sé lo que valen. Señor, son las seis de la tarde, y yo no he comido nada. Mientras que usted decide lo que ha de hacer, voy a tomar un bocado con el conde de Lerma y su sobrino, y haremos lo posible por beber un vaso a la salud de usted, si es que antes no vuela la casa.

Esto dicho, el Corsario se quitó el sombrero saludando con perfecta cortesía, y se entró, dejando al teniente, a los soldados y a la multitud más asombrados y confusos que antes.

—¡Venid, mis valientes! —dijo el Corsario a Carmaux y Wan Stiller—. Creo que tendremos tiempo para cenar y cambiar unas cuantas palabras.

—¿Y esos soldados? —preguntó Carmaux, que no estaba menos asombrado que los españoles por la sangre fría y el atrevimiento de su comandante.

—Dejémosles gritar si quieren.

—Entonces, vamos a hacer la última cena, mi capitán.

—¡Quiá! Nuestra última hora está más lejana de lo que crees —contestó el Corsario—. Espera a que venga la noche, y ya verás qué milagros hace ese barrilito de pólvora.

Entró en la habitación, sin más explicaciones cortó las ligaduras que sujetaban al conde de Lerma y al jovencillo, y los invitó a tomar asiento ante la improvisada comida, diciéndoles:

—Acompañenme ustedes; pero cuento con su palabra de no intentar nada contra nosotros.

—Sería imposible hacer nada, caballero —contestó sonriendo el conde—. Mi sobrino no tiene armas, y yo sé también lo peligrosa que es la espada

de usted. ¿Qué hacen mis compatriotas? He oído un vocerío ensordecedor.

—Por ahora, se limitan a sitiarnos.

—Siento decírselo; pero temo, caballero, que terminarán por echar abajo la puerta.

—Pues yo, conde, creo lo contrario.

—Entonces, seguirán el asedio, y, más pronto o más tarde, no tendrá usted más remedio que rendirse. ¡Vive Dios! Le aseguro que sería para mí un disgusto ver a un hombre tan valiente y amable como usted en las manos del gobernador. Ese hombre no perdona a los filibusteros.

—No me cogerá Wan Guld. Es preciso que yo viva, porque tengo que saldar una cuenta antigua con ese flamenco.

—¿Le conoce usted?

—Por mi desgracia, le he conocido —dijo lanzando un suspiro el Corsario—. Ha sido un hombre fatal para mi familia, y si me he hecho filibustero, a él lo debo. ¡Vamos; no hablemos más de esto! Siempre que pienso en él, siento que mi sangre se satura de un odio implacable, y me pongo más triste que un entierro. ¡Beba usted, conde! Carmaux, ¿qué hacen los españoles?

—Están conferenciando entre sí, comandante —contestó el filibustero, que venía de la ventana—. Parece que no se deciden a acometernos.

—Lo harán; pero cuando lo hagan, probablemente, ya no estaremos aquí. ¿Sigue vigilando el negro?

—Está en el tejado.

—Wan Stiller, llévale algo de beber.

Dicho esto, el Corsario pareció sumergirse en hondos pensamientos, a pesar de seguir comiendo. Se había puesto más triste que nunca; y tan preocupado estaba, que ni siquiera oía las palabras que le dirigía el conde de Lerma.

La cena terminó en silencio, sin que nada la hubiese interrumpido. Los soldados, a pesar de su ira y del vivísimo deseo que tenían de ahorcar o de quemar vivos a los filibusteros, no se atrevían a tomar ninguna determi-

nación. No les faltaba valor, ni los espantaba el estallido del barril, importándoles muy poco que la casa fuese por los aires; pero temían por el conde de Lerma y su sobrino, dos personas muy respetables de la ciudad a las que había que salvar a toda costa.

Ya se había hecho de noche cuando Carmaux advirtió al Corsario que un pelotón de arcabuceros, reforzado por una docena de alabarderos, habían llegado y ocupado la bocacalle.

—Pues eso significa que se disponen a intentar algo —contestó el Corsario—. Llama al negro.

Al cabo de unos minutos estaba en su presencia el africano.

—¿Has reconocido con cuidado todo el desván? —le preguntó.

—Sí, patrón.

—¿No hay ningún hueco?

—Ninguno; pero he hundido una parte del techo, y por allí podemos pasar.

—¿No has visto enemigos?

—Ni uno siquiera, patrón.

—¿Sabes adónde podemos descender?

—Sí, y apenas hay que andar.

En aquel momento resonó en la callejuela tan formidable descarga, que hizo retemblar los vidrios. Algunas balas que atravesaron las persianas de los balcones y penetraron en la casa, horadaron las paredes y se clavaron en el techo.

El Corsario se puso en pie de un salto, y desenvainó la espada con un movimiento rápido. Aquel hombre, tan tranquilo hacía un instante, se transformó al sentir el olor de la pólvora; se iluminaron sus ojos, y sobre sus pálidas mejillas apareció una ligera tinta rosácea.

—¡Ya comienzan! —exclamó en tono burlón.

En seguida, volviéndose hacia el conde y su sobrino, añadió:

—Les he prometido a ustedes la vida, y, suceda lo que quiera, sostendré mi palabra; pero ustedes tienen que obedecerme y jurar que no se rebelarán.

—Hable usted, caballero —dijo el conde—. Siento mucho que los acometedores sean mis compatriotas; si no lo fuesen, le aseguro que tendría un placer en combatir al lado de usted.

—Tienen ustedes que seguirme, si no quieren volar.

—¡Qué! ¿Va a saltar la casa?

—Dentro de muy pocos minutos, no quedará derecho ni un muro.

—¿Quieren arruinarme ustedes? —chilló el notario.

—¡Cállate, avariento! —gritó Carmaux, al mismo tiempo que desataba al pobre hombre—. ¿Te salvamos la vida, y todavía no estás satisfecho?

—¡Pero yo no quiero quedarme sin mi casa!

—Que te indemnice el gobernador.

En la calleja resonó otra descarga, y algunas balas atravesaron la habitación, haciendo pedazos una lámpara que pendía del techo.

—¡Adelante, hombres de mar! —tronó el Corsario—. ¡Carmaux, ve a poner fuego a la mecha!

—¡En seguida, comandante!

—¡Cuidado con que estalle el barril antes de que hayamos podido abandonar la casa!

—La mecha es bastante larga, señor —contestó el filibustero bajando la escalera a toda prisa.

El Corsario, seguido de los cuatro prisioneros, de Wan Stiller y del africano, subieron al desván, en tanto que los arcabuceros proseguían disparando las armas, especialmente en dirección de las ventanas, y dando grandes voces intimándoles la rendición.

Las balas entraban por todas partes, zumbando de un modo que hacía estremecerse al pobre notario: desconchaban grandes trozos de pared y rebataban en los ladrillos; pero ni los filibusteros ni el conde de Lerma, hombre aguerrido al fin, se preocupaban gran cosa.

Ya llegados al desván, el africano mostró al Corsario una abertura ancha e irregular que comunicaba con el tejado, y que había hecho sirviéndose de una traviesa arrancada al maderamen del tejado.

—¡Adelante! —dijo el Corsario.

Envainó momentáneamente la espada, se cogió a los bordes del boquete, y subió al tejado, echando una rápida mirada en derredor. Vio que había tres o cuatro tejados más adelante, y árboles elevados, y palmeras, una de las cuales crecía al lado de un muro y extendía sus espléndidas hojas sobre las tejas.

—¿Es por allí por donde tenemos que descender? —preguntó al negro, que se le había reunido.

—Sí, patrón.

—¿Se podrá salir de aquel jardín?

—Eso espero.

El conde de Lerma, su sobrino, el criado y el mismo notario también, empujado por los robustos brazos de Wan Stiller, estaban ya sobre el tejado, cuando apareció Carmaux diciendo:

—¡Pronto, señores; dentro de dos minutos se hundirá la casa bajo nuestros pies!

—¡Arruinado! ¡Estoy arruinado! —sollozó el notario—. ¿Quién va a resarcirme?

Wan Stiller le cortó la palabra empujándole con rudeza.

—¡Ande usted, si no quiere ir por los aires! —le dijo.

El Corsario, seguro de que allí no había enemigos, había saltado a otro tejado, seguido del conde de Lerma y de su sobrino.

Las descargas se sucedían a las descargas, y nubes de humo se elevaban por la callejuela, deshaciéndose lentamente por encima de las casas. No parecía sino que los arcabuceros habían decidido acribillar la casa del notario antes de echar abajo la puerta, con la esperanza, quizás, de obligar a rendirse a los filibusteros. Probablemente, temían que el Corsario se decidiese a poner en ejecución la terrible amenaza de sepultarse entre los es-

combros juntamente con sus cuatro prisioneros; este temor los detenía, y no se atrevían a intentar un asalto general.

A pesar de tener que llevar en vilo al notario, que no podía moverse (tanto era su espanto), los filibusteros llegaron en pocos instantes a la orilla del último tejado y al lado de la palmera.

Abajo se extendía un amplio jardín circuido por un muro muy alto, que parecía prolongarse en dirección del campo.

— Yo conozco este jardín —dijo el conde—. Pertenece a mi amigo Morales.

— Supongo que no nos descubrirá usted —dijo el Corsario.

— Al contrario, caballero. Todavía no he olvidado que le debo a usted la vida.

— ¡Pronto; bajemos en seguida! —dijo Carmaux—. ¡La explosión puede lanzarnos al vacío!

Apenas había terminado de decir esto, cuando se vio brillar un enorme relámpago, al que siguió sin solución de continuidad un horroroso estampido. Los filibusteros y cuantos los acompañaban sintieron retemblar el tejado bajo sus pies, e inmediatamente cayeron unos sobre otros, en tanto que en derredor de ellos llovían trozos de madera, muebles deshechos y pedazos de tela ardiendo.

Sobre los tejados se extendió una nube de humo que lo envolvió todo durante algunos instantes, y en la callejuela se oyó el crujir y derrumbar de paredes, mezclándose a aquel estruendo gritos de terror y blasfemias.

— ¡Truenos! —exclamó Carmaux, que había ido a parar hasta el borde del alero—. ¡Un par de pies más allá, y caigo en el jardín como un saco de lana!

El Corsario Negro se había levantado prontamente, vacilando entre el humo que le envolvía.

— ¿Están todos vivos? —preguntó.

— Eso creo —contestó Wan Stiller.

— ¡Pero aquí hay alguien inmóvil! —dijo el conde—. ¿Le habrá matado algún cascote?

— Es el poltrón del notario —contestó Wan Stiller—. Pero tranquilícese usted: no es más que un desvanecimiento producido por el susto.

— Dejémosle ahí —dijo Carmaux—. Ya saldrá del atranco como pueda, si es que no se muere con el sentimiento de haber perdido la casuca.

— No —contestó el Corsario—. Entre el humo veo levantarse llamas, y si le dejásemos aquí, correría el peligro de morir abrasado. La explosión ha incendiado las casas contiguas.

— Es verdad —confirmó el conde—. Allí veo una que comienza a arder.

— ¡Amigos míos, aprovechémonos de la confusión para huir! —dijo el Corsario—. ¡Tú, Moko, te encargas del notario!

Se acercó al borde del alero del tejado, se agarró al tronco de la palmera, y se dejó deslizar al jardín, seguido de los demás.

Iba a echar a andar por un sendero que conducía directamente al muro que cercaba el jardín, cuando vio que algunos hombres armados con arcabuces se lanzaban fuera de una espesura gritando:

— ¡Quietos, o hacemos fuego!

El Corsario empuñó la espada con la diestra, y con la otra mano se quitó del cinto una pistola, decidido a abrirse paso; el conde le detuvo con un gesto:

— ¡Déjeme usted a mí, caballero!

Y, adelantándose al encuentro de aquellos hombres, añadió:

— ¡Cómo! ¿No conocéis a los amigos de vuestro amo?

— ¡El señor conde de Lerma! —exclamaron atónitos.

— ¡Abajo las armas, o me quejaré de vosotros a mi amigo!

— Perdone usted, señor conde —dijo uno de aquellos criados—; ignorábamos con quién teníamos que habérmolas. Hemos oído una detonación espantosa, y, como sabíamos que los soldados cercaban en la vecindad a unos corsarios, hemos acudido para impedirles la fuga.

—Los filibusteros han escapado ya, y, por lo tanto, podéis irlos. ¿No hay puerta alguna en la tapia del jardín?

—Sí, señor conde.

—Pues abridnosla para que podamos salir mis amigos y yo, y no os cuidéis de más.

Aquel hombre despidió con una seña a los de los arcabuces, y dirigiéndose por un sendero lateral, llegó ante una puerta forrada de hierro, y la abrió.

Los tres filibusteros y el negro salieron, precedidos del conde y su sobrino. El criado, que tenía entre sus brazos al notario, el cual seguía desvanecido, se detuvo al lado del que abriera la puerta del jardín.

El conde guió a los filibusteros como unos doscientos pasos, metiéndose por un callejón desierto flanqueado solamente por murallas, y en seguida dijo:

—Caballero, usted me ha concedido la vida, y yo me felicito de haber podido prestarle este pequeño servicio. Hombres tan valerosos como usted no deben morir en la horca; y le aseguro que no hubiera perdonado al gobernador si hubiera usted caído en sus manos. Siga este callejón adelante, que desemboca en campo abierto, y vuélvase en seguida a bordo de su buque.

—¡Gracias, conde! —contestó el Corsario.

Los dos nobles se estrecharon la mano cordialmente, y se separaron quitándose el sombrero.

—¡Ése es un hombre de una vez! —dijo Carmaux—. Si volvemos a Maracaibo, no he de dejar de ir a buscarle.

El Corsario se puso en marcha rápidamente, precedido por el negro, que conocía, quizás mejor que los mismos españoles, todos los alrededores de la ciudad.

Diez minutos después, y sin contratiempo alguno, se encontraron fuera de Maracaibo los filibusteros, y penetraban en las lindes del bosque, en medio del cual hallábase la cabaña del encantador de serpientes.

Miraron atrás, y vieron elevarse por entre las últimas casas una nube de humo rojizo coronada por un penacho de chispas que el aire empujaba hacia

el lago. Era la casa del notario, que acababan de consumir las llamas, probablemente, en unión de alguna otra vivienda.

— ¡Pobre diablo! —dijo Carmaux—. ¡Se morirá del disgusto! ¡Su casa y su bodega! ¡Es un golpe demasiado rudo para un avaro como él!

Se detuvieron durante unos cuantos minutos bajo la obscurísima sombra de un gigantesco simaruba, por temor a que en los alrededores hubiese algún pelotón de españoles de los enviados a explorar la campiña. Cuando, ya tranquilizados por el profundo silencio que reinaba en el bosque, decidieron marchar, avanzaron a escape, siempre bajo los árboles.

Bastáronles veinte minutos para recorrer la distancia que los separaba de la cabaña. No distaban de ella más que algunos pasos, cuando oyeron un gemido.

— ¡Truenos! —exclamó Carmaux—. ¡Es nuestro prisionero, que dejamos atado al tronco de un árbol! ¡Ya me había olvidado de ese soldado!

— ¡Es verdad! —murmuró el Corsario.

Se acercó a la cabaña, y distinguió al español, que todavía estaba atado.

— ¿Quiere usted hacerme morir de hambre? —preguntó el pobre hombre—. Entonces, debe usted hacer que me ahorquen en seguida.

— ¿Ha venido alguien a rondar por estos sitios? —le preguntó el Corsario.

— Señor, yo no he visto más que vampiros.

— Anda, y ve a coger el cadáver de mi hermano —dijo el Corsario dirigiéndose al negro.

En seguida, acercándose al soldado, que había comenzado a temblar temiendo que hubiese llegado su última hora, le libertó de las ligaduras, diciéndole con voz sorda:

— Yo podría vengar en ti antes que en nadie la muerte del que voy a enterrar en el Océano y la de sus desgraciados compañeros, colgados todavía en la plaza de esa ciudad maldita; pero te he prometido el perdón, y el Corsario Negro no ha faltado jamás a la palabra empeñada.

- Eres libre; pero debes jurarme que, apenas llegues a Maracaibo, irás a ver

al gobernador y decirle en mi nombre que yo, ante mis hombres escalonados en el puente de mi barco y ante el cadáver del que fue el Corsario Rojo, haré un juramento tal que le hará temblar. Ese hombre ha matado a mis dos hermanos, y yo le mataré a él y a cuantos lleven el nombre de Wan Gruid. Le dirás que lo he jurado por el mar, por Dios y por el Infierno, y que nos veremos muy pronto.

En seguida, cogiendo al prisionero, que quedó estupefacto, y empujándole por la espalda, añadió:

— Anda, y no vuelvas atrás, porque pudiera arrepentirme de haberte perdonado la vida.

— ¡Gracias, señor! — dijo el español, escapando lleno de miedo y temiendo no salir jamás del bosque.

El Corsario le vio alejarse, y así que le perdió de vista entre las sombras, se volvió hacia los que le acompañaban y dijo:

— ¡Marchemos; el tiempo apremia!

CAPÍTULO IX

UN JURAMENTO TERRIBLE

Aquellos hombres, guiados por el africano, que conocía a palmos todos los pasos del bosque, caminaban rápidamente, con objeto de llegar lo más pronto posible a la orilla del golfo y tomar el largo antes de que despuntase el día.

Todos iban inquietos por la suerte del barco, que debía de hallarse atracado en la boca del lago, pues, como les dijo el prisionero, el gobernador de Maracaibo envió varios mensajeros a Gibraltar pidiendo socorro al almirante Toledo.

Temían que los buques de este último, que componían una verdadera escuadra armada de un modo formidable y tripulada por varios centenares de marineros valientes, vizcaínos en su mayor parte, hubiesen atravesado el lago para caer sobre el *Rayo* y deshacerlo.

El Corsario no hablaba; pero no podía ocultar su inquietud. De vez en cuando hacía una seña a sus compañeros para que se detuviesen, y se ponía a escuchar, temiendo oír de un momento a otro alguna detonación en la lejanía; en seguida apresuraba todavía más el paso, poniéndose casi a la carrera.

Otras veces, en cambio, hacía movimientos de impaciencia, sobre todo cuando se encontraban de improviso ante algún árbol gigantesco caído por decrepitud o derribado por el rayo, o ante un estanque o charca; obstáculos que los obligaban a dar rodeos más o menos largos, perdiendo un tiempo que era a cada instante más precioso.

Por fortuna, el africano conocía el bosque, y los llevaba por sendas y aberturas que los hacían ganar camino.

A las dos de la mañana, Carmaux, que iba delante del negro, oyó un rumor lejano que indicaba la cercanía del mar. Su finísimo oído había distinguido el rumor que causaban las olas al chocar contra la costa.

—Si no hay contratiempo alguno, dentro de una hora estaremos a bordo de nuestro barco, señor —dijo, dirigiéndose al Corsario Negro, que se le había reunido.

Éste hizo una seña afirmativa con la cabeza, pero no contestó.

No se había engañado Carmaux: el ruido de las olas al quebrarse, se oía cada vez más distintamente, lo mismo que los gritos de los *bernaclea*, especie de ocas salvajes muy madrugadoras, que tienen la cabeza blanca y el cuerpo listado de negro, y que viven en las orillas del Golfo.

El Corsario hizo seña para que apresurasen todavía más el paso, y poco después llegaban a una playa baja y llena de plantas, que se prolongaba hasta perderse de vista en dirección de Norte a Sur, describiendo caprichosas curvas.

La oscuridad era muy grande, pues había una niebla densa que se elevaba de las marismas que costeaban el lago; pero veíase el mar surcado aquí y allá como por líneas de fuego que se entrecruzaban en todas direcciones.

Las crestas de las olas parecía como que despedían chispas, y la espuma que se extendía por la playa formando como una franja, proyectaba magníficas fosforescencias.

En algunos momentos, trozos grandes de mar, poco antes negros como si fuesen de tinta, se iluminaban instantáneamente como si en su seno se hubiera encendido una poderosísima lámpara eléctrica.

—¡La fosforescencia! —exclamó Wan Stiller.

—¡Que el Diablo se la lleve! —dijo Carmaux—. ¡Cualquiera diría que los peces se han aliado con los españoles para impedirnos tomar el largo!

—No —contestó Wan Stiller con tono misterioso, indicando el cadáver que llevaba el negro—: las olas se iluminan para recibir al Corsario Rojo.

—¡Es verdad! —murmuró Carmaux.

El Corsario entretanto miraba al mar, dirigiendo la vista a la lejanía. Antes de embarcarse, quería estar seguro de si navegaba en aguas del lago la escuadra del almirante Toledo.

No distinguiendo nada, miró hacia el Norte, y vio sobre el llameante mar una gran mancha negra que se destacaba entre la fosforescencia.

—Allí está el *Rayo* —dijo—: buscad la chalupa, y tomemos el largo en seguida.

Carmaux y Wan Stiller se orientaron lo mejor que pudieron, pues no sabían en qué parte de la playa se encontraban, y se alejaron apresuradamente, subiendo la costa hacia el Norte, y mirando con gran atención entre los paletuvios, cuyas raíces y hojas bañaban las ondas luminosas.

Después de recorrer más de un kilómetro, lograron descubrir la canoa, que la marea baja había dejado entre la espesura. Se embarcaron, y se dirigieron hacia el sitio en donde los esperaban el capitán y el negro.

Colocaron el cadáver cuidadosamente envuelto en el ferreruelo negro, le taparon el rostro, e inmediatamente se hicieron mar adentro, remando de un modo vigoroso.

En la proa se había sentado el negro con el fusil del prisionero español entre las rodillas, y el Corsario, a popa, frente al cuerpo del ahorcado.

Había vuelto a caer en su tétrica melancolía. Con la cabeza entre las manos y los codos apoyados en las rodillas, no apartaba ni un momento los ojos del cadáver, cuyas formas se dibujaban debajo de la fúnebre capa. Parecía haberse olvidado de todo: tan sumergido iba en sus tristes pensamientos. Desaparecieron para él sus compañeros, su barco, que cada vez se destacaba más en el chispeante Océano, como si fuese un cetáceo flotando en un mar de oro fundido, y la escuadra del almirante Toledo.

Quedóse tan inmóvil, que no se le veía ni respirar.

La canoa se deslizaba con rapidez sobre las ondas, alejándose de la playa. El agua llameaba en derredor, y los remos levantaban montones de espuma irisada que semejaban verdaderos chorros de chispas.

Bajo las aguas, moluscos extraños ondulaban en número infinito jugando entre aquella orgía de luz. Aparecían las grandes medusas; los pelagios, semejantes a globos luminosos, danzaban al impulso de la brisa nocturna; los graciosos militeos irradiaban fulgores de lava ardiente con sus extraños apéndices en forma de cruz de Malta; otros moluscos parecían como incrustados de diamantes; otros despedían de las conchas que medio los aprisionaban relámpagos de luz azul de un tono dulcísimo, y verdaderos ejércitos de beroes de cuerpo redondo y erizado de puntas irradiaban reflejos verdosos.

Aparecían y desaparecían peces de toda especie, dejando detrás de sí una estela fosforescente, y pólipos variadísimos se entrecruzaban en todas direcciones meciendo sus luces de colores, en tanto que a flor de agua nadaban grandes cetáceos, en aquellos tiempos numerosos todavía, levantando con la cola y con las aletas ondas fulgurantes.

La chalupa, impulsada por los vigorosos brazos de los dos filibusteros, filaba rápidamente sobre aquella superficie, haciendo saltar en el aire, bajo el golpe de los remos, millares de puntos luminosos.

Su negra silueta se destacaba, como la del buque, de un modo preciso y neto entre aquellos resplandores, ofreciendo un blanco magnífico a los cañones de la escuadra española, si el almirante Toledo se hubiese encontrado en aquellas aguas.

Los filibusteros, sin cesar de remar con brío desesperado, miraban en todas direcciones con inquietud, temiendo ver aparecer de un momento a otro los temidos navíos enemigos.

Se apresuraban, porque sentían que los invadía una vaga superstición. Aquel mar llameante, el cadáver que llevaban en la chalupa, la presencia del Corsario Negro, aquel tétrico más que melancólico personaje a quien habían visto siempre vestido con tan fúnebre ropaje, les infundía un miedo desconocido, y no veían el momento de encontrarse a bordo del *Rayo* entre sus camaradas.

Ya no distaban más de una milla del barco, el cual salía a su encuentro corriendo bordadas pequeñas, cuando llegó a sus oídos un grito extraño que

semejaba un quejido, y que parecía terminar en un sollozo.

Ambos remeros se detuvieron en el acto, dirigiendo en derredor miradas llenas de espanto.

—¿Has oído? —preguntó Wan Stiller, que sentía que la frente se le bañaba en sudor frío.

—Sí —contestó Carmaux con voz poco firme.

—¿Habrá sido algún pez?

—Jamás he oído a pez alguno dar grito semejante.

—¿Qué crees que haya sido?

—Yo no sé; pero me ha producido cierta impresión.

—¿Será el hermano del muerto?

—¡Silencio, camarada!

Los dos miraron al Corsario Negro; pero éste seguía inmóvil, con la cabeza entre las manos y los ojos fijos sobre el cadáver.

—¡Adelante, y que Dios nos asista! —murmuró Carmaux haciendo seña a Wan Stiller para que volviese a coger los remos.

En seguida, inclinándose hacia el negro le preguntó:

—¿Has oído ese grito, compadre?

—Sí —contestó el africano.

—¿Qué crees que haya sido?

—Quizás lo haya lanzado un lamantino (especie de cetáceo).

—¡Hum! —murmuró por lo bajo Carmaux—. Habrá sido un lamantino; pero...

Se interrumpió bruscamente, y palideció. En aquel mismo instante, y detrás de la popa de la chalupa, entre un círculo de espuma luminosa desaparecía una forma oscura e indecisa, hundiéndose en el acto en los negros abismos del golfo.

—¿Has visto? —le preguntó con voz ahogada a Wan Stiller.

—Sí —le contestó éste castañeteando los dientes por efecto del terror.

—Una cabeza; ¿verdad?

—Sí, Carmaux.

—¿De un muerto?

—Es el Corsario Verde, que nos sigue en espera del Corsario Rojo.

—¡Me das miedo!

—¿Y el Corsario Negro no ha oído ni visto nada?

—No parece sino que está muerto también.

—¡Rememos con fuerza, Carmaux! ¡Tengo miedo!

—¡Y yo también!

La chalupa reanudó su marcha, dando saltos sobre las olas, como si participase del terror de los remeros.

A los diez minutos atracaban al costado del *Rayo*, el cual se había puesto al paio para esperarlos.

—¡Ohé, los de la chalupa! —gritó una voz desde el puente.

—¡Los amigos! —contestó Carmaux.

—¿Está el comandante?

—Sí.

—¿Y los otros?

—También.

—¡Largad la escala!

La chalupa atracó al costado del buque, bajo la escala de estribor. El Corsario se levantó, y subió a cubierta, en donde le esperaba Morgan.

—¿Todo va bien, comandante? —le preguntó el segundo.

—Sí —contestó con voz breve el Corsario.

Luego, inclinándose sobre la borda, dijo a los que estaban en la chalupa:

—Sujetad los aparejos, e izad la embarcación con todo lo que lleva dentro.

—¿También al negro? —preguntó Carmaux.

—Sí; él nos ha salvado la vida, y no quiero dejarle en tierra expuesto a la venganza de los españoles.

Carmaux y Wan Stiller engancharon los aparejos a las anillas de proa y de popa, y la tripulación izó la embarcación hasta ponerla al nivel de la borda.

—¿Qué trae esa chalupa? —preguntó Morgan, que miraba con curiosidad aquel bulto negro que yacía en el fondo de la embarcación.

—El cadáver de mi hermano —contestó el Corsario.

Morgan se descubrió respetuosamente.

—¿Pudieron ustedes descolgarle de la horca?

—Sí, y venimos a darle sepultura en el mar. Mande usted a la tripulación que se forme en el puente, y que preparen dos balas de cañón.

Mientras Morgan daba las órdenes oportunas para aquella fúnebre ceremonia, Carmaux, Wan Stiller y el negro, izaron el cadáver sobre la borda, y le depositaron en el puente cubierto, amarrándola a una cuerda que arrojaron desde bordo los marineros.

—¡Abajo los parancos! —gritó una voz ronca.

Dos cables, a cuyo extremo colgaban unos arpones, descendieron del peñol del árbol maestro. Carmaux y Wan Stiller los aseguraron, y a un silbido del contramaestre de la tripulación, izaron la chalupa a bordo, llevando dentro a las personas que la montaban.

Cuando sintió el Corsario Negro que chocaba la quilla en la cubierta del buque, hizo un movimiento como si se despertase de sus tétricos pensamientos. Miró en derredor casi con asombro al verse a bordo de su nave, se inclinó hacia el cadáver, lo cogió entre sus brazos, y fue a depositarlo al pie del palo mayor.

Al ver al muerto, toda la tripulación, escalonada como estaba, se descubrió.

Morgan, el segundo comandante, descendió del puente de órdenes, y se dirigió al encuentro del Corsario Negro.

—¡A sus órdenes, señor! —le dijo.

—Haga usted lo que ya sabe —le contestó el Corsario moviendo con tristeza la cabeza.

Atravesó lentamente la toldilla, subió al puente de órdenes, y allí se detuvo, quedando inmóvil como una estatua, con los brazos cruzados sobre el pecho.

Comenzaba a alborear. Allá en donde el cielo parecía confundirse con el mar, surgía una luz pálida que teñía las aguas con reflejos del color del acero. Pero aquella luz tenía algo de tétrico, pues no era rosada como de costumbre: al contrario; su color gris se asemejaba al gris del hierro.

La gran bandera del Corsario había sido puesta a media asta en señal de luto, y los penoles de los papahígos y contrapapahígos, que no llevaban velas tendidas, las colocaron en cruz.

Toda la tripulación había salido a cubierta, colocándose a lo largo de las amuras. Aquellos hombres de rostro bronceado por los vientos del mar y el humo de cien abordajes, estaban tristes y miraban con un vago terror el cadáver del Corsario Rojo que el contraestre de a bordo había encerrado en un saco de tela gruesa, juntamente con dos balas de cañón.

Aun cuando la luz iba en aumento, seguía fulgurando el mar en derredor del barco, murmurando sordamente contra los negros costados, y rompiéndose en la saliente y alta proa.

En aquel momento parecía como si las ondulaciones del agua produjesen susurros extraños: ya parecían gemidos extrahumanos, ya suspiros roncós, ya débiles lamentos.

El sonido de la campana resonó sobre la toldilla de popa. La tripulación en masa se arrodilló, y el contraestre, ayudado por tres marineros, suspendiendo el cadáver, fue a colocarlo en la amura de babor.

Reinaba un silencio fúnebre en todo el barco, que permanecía inmóvil sobre las luminosas aguas; el mismo mar parecía cesar en sus murmullos.

Todas las miradas estaban fijas en el Corsario Negro, que se destacaba extrañamente sobre la línea grisácea del horizonte.

En aquel momento parecía que la formidable figura del terrible pirata del gran golfo había tomado gigantescas proporciones. Derecho sobre el puente de órdenes, con la larga pluma negra de su sombrero agitada por la brisa matutina, extendido el brazo hacia el cadáver del Corsario Rojo, parecía que se había colocado allí para lanzar alguna amenaza espantosa.

Su voz metálica y robusta rompió de improviso el fúnebre silencio que reinaba a bordo del buque.

— ¡Hombres de mar! — gritó —. ¡Oídmе! ¡Juro por Dios, por estas ondas, nuestras fieles compañeras, y por mi alma, que no gozaré de bien alguno sobre la Tierra hasta que haya vengado a mis hermanos, muertos por Wan Guld! ¡Que los rayos incendien mi barco; que me traguén las olas juntamente con vosotros; que los dos Corsarios que duermen en los negros abismos de estas aguas del gran golfo me maldigan; que mi alma se condene para siempre si no mato a Wan Guld y no extermino a toda su familia, así como él ha exterminado la mía! ¡Hombres de mar! ¿Me habéis oído?

— Sí — contestaron los filibusteros, al mismo tiempo que un escalofrío de terror los estremecía.

El Corsario Negro se inclinó sobre la barandilla, y mirando fijamente a las olas luminosas,

— ¡Al agua el cadáver! — gritó con voz sombría.

El contramaestre y los tres marineros levantaron la hamaca que contenía el cadáver del pobre Corsario Rojo, y le dejaron caer. El fúnebre bulto se precipitó entre las olas, levantando un gran salto de espumas que semejaba una llama. Todos los filibusteros estaban inclinados sobre las amuras.

A través de las fosforescentes aguas, se veía cómo el cadáver descendía al fondo de los misteriosos abismos del mar describiendo grandes ondulaciones: de repente, todo desapareció.

En aquel momento, allá lejos se oyó otra vez el misterioso grito que tanto asustara a Carmaux y a Wan Stiller.

Ambos, que se encontraban bajo el puente de órdenes, se miraron, pálidos como dos muertos.

—¡Es el grito del Corsario Verde que llama al Corsario Rojo! —murmuró Carmaux.

—¡Sí! —contestó Wan Stiller con voz ahogada—. ¡Los dos hermanos se han encontrado en el fondo del mar!

Un silbido les cortó bruscamente la palabra.

—¡Sobre babor! —gritó el contramaestre—. ¡A la orza la barra!

El *Rayo* viró de bordo, y volteó entre los islotes del lago huyendo hacia el gran golfo, cuyas aguas doraban ya los primeros rayos del Sol, y se extinguió de repente la fosforescencia.

CAPÍTULO X

A BORDO DEL «RAYO»

Salido ya el barco de entre los islotes, y rebasado el largo promontorio que forman los últimos contrafuertes de la Sierra de Santa Marta, entró en las aguas del mar Caribe, navegando en dirección Norte, o sea hacia la gran Antilla.

El mar estaba tranquilo: apenas rompía la superficie una ligera brisa matutina que soplaba del Sur-sudoeste, la cual levantaba aquí y allá breves olas que iban a quebrarse con sordos mugidos contra los costados del rápido velero.

De la costa llegaban numerosísimas aves que revoloteaban sobre las aguas. Bandadas de cuervos y pajaracos rapaces del tamaño de un gallo volaban en las proximidades de las playas, siempre dispuestos a lanzarse sobre la más pequeña presa, y hacerla pedazos, aun viva; sobre las olas pasaban rozándolas batallones de distintos volátiles, algunos con la cola en forma de horquilla, negras las plumas del dorso y blancas las del vientre, y con picos de forma tal, que los condenan a pasar largos ayunos, pues si los peces no se les meten casi espontáneamente en la boca, esos desdichados con dificultad llegan a coger uno, pues la mandíbula inferior la tienen mucho más larga que la superior.

No faltaban tampoco los fetones, tan comunes en las aguas del gran Golfo mejicano. Veíaseles explorar las ondas formando largas filas, dejando flotar pendientes las largas barbas de su cola, e imprimiendo a sus alas una vibración convulsiva y enérgica, no exenta de gracia. Espiaban a los peces voladores, que saltaban repentinamente fuera del agua surcando el aire por espacio de cincuenta o sesenta brazas, y sumergiéndose después, para volver a comenzar su juego.

En cambio, no se veía ni un barco. Los marineros de guardia en cubierta, a pesar de tener una vista perspicaz todos ellos, no veían asomar por el horizonte velero alguno en ninguna dirección.

El miedo a encontrarse con los fieros corsarios de la Tortuga mantenía a los buques españoles resguardados en los puertos de Yucatán y de Venezuela, o en los de las grandes islas antillanas, hasta que pudieran formar una verdadera escuadra. Únicamente los barcos bien armados y con tripulaciones numerosas se atrevían a atravesar el mar Caribe o el golfo de Méjico; pues sabían por experiencia cuánta era la astucia de aquellos intrépidos piratas que habían desplegado sus banderas en el islote de la Tortuga.

Durante el día que siguió al entierro del pobre Corsario Rojo, nada ocurrió a bordo del barco filibustero.

El comandante no se había dejado ver ni en la cubierta ni en el puente de órdenes. Había abandonado el mando y el gobierno del buque a su segundo, se encerró en su camarote, y no había querido recibir a nadie, ni aun a la hora de la comida.

Nadie se atrevió a molestarle, pues todos respetaban su dolor.

Solamente hacia el anochecer, Wan Stiller, que paseaba por la cubierta de la cámara en compañía de Carmaux y del negro, a quienes había tomado gran cariño, vio al Corsario Negro detrás de los vidrios de la ventana de popa, con los ojos fijos en el mar.

— ¡Sufre mucho nuestro capitán! — dijo Carmaux — . ¡Tiene el rostro pálido y demacrado, como si saliese de una grave enfermedad!

— ¡Es un hombre terrible! — dijo el negro — . ¡Nunca he visto una mirada como la suya!

—¡Ya lo creo! —dijo Wan Stiller, que conservaba sus recelos supersticiosos—. Yo le tengo más bien por un espíritu del mar, que por un hombre de carne y hueso como nosotros.

—¡Eh, compadre! —dijo Carmaux al negro—; ¡ya era tiempo de que vinieses a saludar al compadre blanco!

—Me ha entretenido el patrón —contestó el africano.

—Entonces, ¿hay grandes novedades? ¿Qué hace el comandante?

—Está más triste que nunca.

—Yo jamás le he visto alegre, ni aun en la Tortuga.

—No ha hecho otra cosa que hablar de sus hermanos y de venganzas tremendas.

—Que cumplirá, compadre. El Corsario Negro es hombre que realiza al pie de la letra sus juramentos; y por mi parte, no quisiera encontrarme en el pellejo del gobernador de Maracaibo y de todos sus parientes.

—Wan Guld debe de sentir un odio implacable hacia el Corsario; pero le será fatal.

—¿Y no se sabe cuál es el motivo de ese odio, compadre blanco?

—Dicen que es muy antiguo, y que Wan Guld había jurado vengarse de los tres Corsarios, antes de venir a América, para lo cual ofreció a España sus servicios.

—¿Cuando estaba en Europa?

—Sí.

—Entonces, ¿ya se conocieron antes?

—Eso se dice; porque, en tanto que Wan Guld hacía que le nombrasen gobernador de Maracaibo, aparecían ante la isla de la Tortuga tres barcos magníficos mandados por los Corsarios Negro, Rojo y Verde. Los tres eran hombres hermosos, valientes como leones, y marinos atrevidos. El Verde era el más joven, y el Negro, el mayor; pero por el ánimo, ninguno era inferior al otro, y manejando las armas, no tenían rivales entre todos los filibusteros de la Tortuga. Aquellos tres valientes debían hacer temblar muy pronto a los españoles en todo el Golfo de Méjico. No se contaban los barcos

asaltados por ellos, ni las ciudades expugnadas; nadie podía resistir a sus tres barcos, los más hermosos, los más veloces y los mejor armados de todo el filibusterismo.

—Lo creo —contestó el africano—; basta con mirar este barco.

—Pero también para ellos llegaron los días tristes —prosiguió Carmaux—. El Corsario Verde, que había zarpado de la Tortuga con rumbo desconocido, sorprendido por una escuadra española, cayó al cabo de una lucha desesperada en manos del enemigo, que le condujo a Maracaibo, en donde Wan Guld le mandó ahorcar.

—Lo recuerdo —dijo el negro—; pero su cadáver no quedó para pasto de las fieras.

—No, porque el Corsario Negro, en compañía de unos cuantos servidores, logró entrar en Maracaibo, descolgar el cuerpo de su hermano y llevárselo a bordo.

Con la cabeza inclinada sobre el pecho y cruzado de brazos, paseaba con lentitud por el puente, solo y sin producir el menor ruido.

Morgan, el segundo de a bordo, hacía la guardia en el otro extremo del puente, sin atreverse a dirigir la palabra a su capitán.

—¡Parece un espectro! —murmuró en voz baja Wan Stiller.

—Y Morgan no le va a la zaga —dijo Carmaux—. Si uno es tétrico como la noche, el otro no es mucho más alegre. Ambos son el uno para el otro.

Entre las tinieblas resonó una voz. Descendía de lo alto de la cruceta del palo mayor, en donde apenas se distinguía confusamente una sombra humana.

Aquella sombra había gritado dos veces:

—¡Barco al largo a sotavento!

El Corsario Negro interrumpió de pronto sus paseos. Estuvo un instante mirando hacia sotavento; pero como se hallaba en un punto demasiado bajo, era muy difícil que pudiese distinguir un barco que debía de navegar a seis o siete millas de distancia.

Se volvió hacia Morgan, que se había inclinado sobre la borda, y le dijo:

—Mande usted apagar las luces.

Los marineros de proa, apenas recibieron la orden, se apresuraron a tapar los dos grandes faroles, encendidos uno a babor y otro a estribor.

—Gaviero —volvió a decir el Corsario tan pronto como se hizo a bordo la oscuridad—, ¿por dónde navega ese barco?

—Hacia el Sur, comandante.

—¿Hacia la costa de Venezuela?

—Eso creo.

—¿A qué distancia?

—A cinco o seis millas.

—¿Estás seguro de no equivocarte?

—No me equivoco: distingo perfectamente sus faroles.

El Corsario se inclinó sobre la pasarela, y pronunció estas tres palabras:

—¡Hombres a cubierta!

Los ciento veinte filibusteros que componían la tripulación del *Rayo* se colocaron en su puesto de combate; los de maniobra, en las vergas; los gavieros, en lo alto; los mejores arcabuceros, en las cofas, y sobre el castillo de popa, los demás, a lo largo de las amuras, y los artilleros, detrás de las piezas, con las mechas encendidas.

Era tal el orden y la disciplina que reinaba a bordo de los buques filibusteros, que en cualquiera hora del día o de la noche toda la gente se colocaba en su puesto con una rapidez prodigiosa, desconocida aun en los buques de guerra de las naciones más marineras.

Aquellos depredadores del mar, que habían caído en el Golfo de Méjico provenientes de todas partes de Europa, y que se reclutaban entre la canalla de los puertos de mar de Francia, de Italia, de Holanda, de Alemania y de Inglaterra, corroídos por todos los vicios, pero despreciadores de la muerte y capaces de los más grandes heroísmos y de las mayores audacias, se convertían en corderos obedientes, sin perjuicio de transformarse en tigres en el combate. Sabían que sus jefes no dejaban impune ninguna falta, y que la

falta más pequeña de indisciplina se la harían pagar con un pistoletazo en la cabeza, o por lo menos, abandonándolos en alguna isla desierta.

Así que el Corsario Negro vio a toda su gente en sus puestos respectivos, mirándolos casi uno por uno, se volvió hacia Morgan, que estaba esperando sus órdenes:

—¿Cree usted que ese barco es?...

—Español, señor —contestó el segundo.

—¡Los españoles! —exclamó el Corsario de un modo sombrío—. Para ellos, ésta será una noche fatal, pues muchos no volverán a ver el Sol.

—¿Acometeremos esta noche a ese barco, señor?

—Sí; lo echaremos a pique. Allá abajo duermen mis hermanos; pero ya no dormirán solos.

—Sea, si es que así lo desea usted, señor.

Saltó sobre la amura cogiéndose a una escalerilla, y miró a sotavento. Por entre las tinieblas que cubrían el murmurante mar, corrían casi a flor de agua dos puntos luminosos, que no podían confundirse con las estrellas que brillaban en el horizonte.

—Están a cuatro millas de distancia —dijo.

—¿Y se dirigen siempre al Sur? —preguntó el Corsario.

—Hacia Maracaibo.

—¡Desgraciados de ellos! Dé usted orden de virar de bordo y de cortar el camino a ese buque.

—¿Qué más?

—Mande usted traer a cubierta cien granadas de mano, y asegurar todo en la estiva y en los camarotes.

—¿Atacaremos con el espolón?

—Sí; si eso es posible.

—¡Perderemos los prisioneros, señor!

—¿A mí qué me importa?

— ¡Pero puede ir ese barco cargado de riquezas!

— Tengo tierras y castillos en mi patria.

— Hablaba por lo que toca a nuestros hombres.

— Para éstos, tengo oro. Mande usted virar de bordo.

Al primer mandato, resonó a bordo el silbido del contramaestre. Los hombres de maniobra largaron las velas con la rapidez del rayo y con una exactitud matemática, al mismo tiempo que el timonel ponía la rebola a la orza.

El *Rayo* viró de bordo casi en el mismo sitio, y empujado por una brisa fresca que soplaba del Sudeste, se lanzó sobre la ruta del velero señalado, dejando a popa una estela ancha y murmurante.

Avanzaba entre las tinieblas con la ligereza de un pájaro, sin producir ruido apenas, como si fuese el legendario barco fantasma.

A lo largo de las amuras, los arcabuceros, inmóviles y mudos como estatuas, espían al barco enemigo, empuñando los gruesos y largos fusiles de gran calibre (armas formidables en sus manos, porque raramente erraban el tiro), e inclinados sobre las piezas, los artilleros soplaban las mechas, dispuestos a desencadenar una tempestad de metralla.

El Corsario Negro y Morgan seguían en el puente de órdenes. Apoyados en la traviesa de la pasarela, uno cerca del otro, no quitaban ojo de los dos puntos luminosos que surcaban las tinieblas a menos de tres millas de distancia.

Carmaux, Wan Stiller y el negro, los tres en la proa, sobre el castillo, charlaban en voz baja, mirando, ora hacia el barco que proseguía su rumbo tranquilamente, ora al Corsario Negro.

— ¡Mala noche para esa gente! —decía Carmaux—. Me temo que el comandante, con la ira que lleva en el corazón, no deje vivo ni un solo español.

— Pero a mí me parece que ese barco es muy alto de bordo —contestó Wan Stiller midiendo la elevación que había del agua a los faroles del palo—. No quisiera que fuese un barco de línea que vaya a reunirse con la escuadra del almirante Toledo.

— ¡Psch!... Eso no lo le da miedo al Corsario Negro. No ha habido buque alguno hasta ahora que haya podido resistir al *Rayo*: además, ya habrás oído que el comandante hablaba de acometerle con el espolón.

— ¡Truenos de Hamburgo! Si hace eso continuamente, cuando menos lo piense se quedará sin proa el *Rayo*.

— ¡Está hecha a prueba de escollos, querido!

— Pero a veces también se rompen los escollos.

La voz del Corsario rompió de pronto el silencio que reinaba a bordo.

— ¡Hombres de la maniobra!... ¡Arriba las suplementarias, y afuera las bonetas!

Las velas suplementarias que había en las extremidades de los penoles del palo maestro y del trinquete, de los papahígos y contrapapahígos, quedaron desplegadas en un abrir y cerrar de ojos.

— ¡De caza! — exclamó Carmaux —. Según parece, fila bien el barco español para obligar al *Rayo* a largar todo el trapo.

— Te digo que tenemos que habérmolas con un barco de línea — repitió Wan Stiller —. ¡Mira que arboladura tan alta lleva!

— ¡Tanto mejor! ¡Así habrá calor por ambas partes!

En aquel instante se oyó resonar en el mar una voz fuerte. Procedía del barco contrario, y el viento llevó su eco hasta el buque filibustero.

— ¡Ohé!... ¡Barco sospechoso a babor!

En el puente de órdenes de este último se vio que el Corsario Negro se inclinaba hacia Morgan, como si le dijese algo en voz baja, y en seguida, subir sobre la cubierta de cámara gritando:

— ¡Venga la barra! ¡Hombres de mar, a la caza!

Solamente separaba una milla a ambos buques; pero los dos debían de tener una velocidad extraordinaria, porque la distancia no parecía acortarse.

Había transcurrido una media hora, cuando de pronto sobre el barco español, o como tal creído, se vio iluminarse rápidamente la cubierta y parte de la arboladura; en seguida una detonación fragorosa se propagó sobre las

aguas, yendo a perderse en la lejanía retumbando de un modo sombrío y prolongado.

Un silbido bien conocido de los filibusteros se oyó en el aire; después, un chorro de agua saltó a más de veinte brazas de la nave corsaria.

Ni una voz salió de entre la tripulación. En los labios del Corsario Negro se dibujó una sonrisa desdeñosa, como saludo despreciativo para aquel mensajero de muerte.

El buque adversario, después de disparar aquel cañonazo, que era como una advertencia para que no le siguieran, viró nuevamente de bordo, puso al Sur la proa, y se dirigió resueltamente al golfo de Maracaibo.

El Corsario Negro en seguida se hizo cargo de la ruta; se volvió hacia Morgan, que estaba pegado a la amura, confundido entre el cordaje de popa, y le dijo:

— ¡Señor Morgan, a proa!

— ¿Comienzo el fuego?

— Todavía no: está demasiado oscuro. Vaya usted a disponerlo todo para el abordaje.

— ¿Abordaremos?

— Eso ya se verá.

Morgan descendió de la toldilla de popa, llamó al contramaestre, y se dirigió a proa.

Dotado de una robustez excepcional y de una portentosa fuerza, hermoso de facciones y de generoso ánimo, con ojos penetrantes que producían una fascinación misteriosa, como el Corsario Negro, sabía imponerse a los rudos hombres de mar, y hacerse obedecer con una simple indicación de la mano.

Bajo su dirección, y en menos de veinte minutos, se levantaron dos barricadas de babor a estribor, una ante el palo de trinquete y otra ante el mayor. Componíanse las barricadas de traviesas y barriles llenos de hierro. Tales defensas eran para impedir al enemigo el paso a la cámara y al castillo, en el caso de que ocupara el barco.

Detrás de estas barricadas colocaron cincuenta granadas de mano, y se dispusieron los bicheros de abordaje sobre las amuras y sobre las hamacas arrolladas, que debían servir para defensa de los fusileros.

Así que todo estuvo dispuesto, mandó a sus hombres reunirse en el castillo de proa, y él se puso en observación al lado del bauprés, con una mano en la empuñadura del sable de abordaje y la otra en la culata de una de las pistolas que llevaba en la faja.

El buque adversario hallábase entonces a unos seiscientos o setecientos pasos. El *Rayo*, justificando su nombre plenamente, había ganado camino, y se disponía a caerle encima con un encontronazo tremendo, irresistible.

A pesar de no haber Luna y de ser oscura la noche, podía, sin embargo, distinguirse perfectamente el barco español.

Como Wan Stiller sospechara, era un barco de línea, de aspecto imponente, de bordas altísimas, lo mismo que la cubierta de la cámara, y los tres palos, cubiertos de velas hasta los contrapapahígos.

En fin, era un verdadero barco de guerra, armado, probablemente, de un modo formidable, y tripulado por numerosa y aguerrida tripulación, decidida a una defensa extrema.

Otro Corsario cualquiera de la Tortuga se hubiera guardado muy bien de acometerle, porque, aun cuando venciese, muy poco tendría que saquear: lo interesante para aquellos intrépidos ladrones de mar, eran los barcos mercantes o los galeones cargados con tesoros procedentes de las minas de Méjico, del Yucatán o de Venezuela; pero el Corsario Negro, como hombre a quien las riquezas le tenían sin cuidado, no pensaba así.

Seguramente, veía en aquel barco un poderoso aliado de Wan Guld, que más adelante podría ser un obstáculo a sus designios; así, pues, se disponía a acometerlo antes de que fuese a reforzar la escuadra del almirante Toledo o a defender a Maracaibo.

El buque español, al ver que le seguían de modo tan obstinado, y no dudando ya de las siniestras intenciones del Corsario, disparó a quinientos metros otro cañonazo con uno de sus grandes cañones de proa.

Esta vez la bala no se perdió en el mar; pasó por entre las velas de parroquete y de gavia, y partió el extremo del pico de la randa, haciendo caer la

bandera del filibustero.

Los contramaestres de artillería de la toldilla de popa se volvieron hacia el Corsario Negro, que seguía en la barra del timón con el portavoz en la mano, y preguntaron:

—Comandante, ¿comenzamos?

—Todavía no —respondió el Corsario.

Un tercer cañonazo resonó en los aires, y una bala pasó silbando por entre el cordaje del buque corsario, hundiendo la amura de popa a unos tres pasos del timón.

Otra sardónica sonrisa asomó a los labios del audaz filibustero; pero no dio orden alguna.

El *Rayo* acrecentaba la rapidez de la carrera, presentando su alto espolón al barco enemigo; hendía el mar con un sordo murmullo, como impaciente por abrir en el vientre del barco español un enorme boquete. Corría semejante a un gran pájaro negro armado de un pico colosal.

La vista de aquel buque, que parecía como que había surgido de improviso del mar y que avanzaba calladamente, sin contestar a las provocaciones ni dar señal siquiera de que lo tripulase nadie, debía de producir un efecto siniestro en los supersticiosos marinos españoles.

De pronto en las tinieblas resonó un inmenso clamoreo. En el buque enemigo oíanse gritos de terror y órdenes precipitadas. Una voz imperiosa dominó el tumulto; probablemente, la voz del comandante.

—¡A babor!... ¡Apoya toda la barra!... ¡Fuego de costado!

A bordo del barco de línea estalló un estruendo espantoso, y varios relámpagos simultáneos iluminaron la noche.

Las siete piezas de estribor y los dos cañones de proa de la cubierta vomitaron sobre el barco corsario todos sus proyectiles. Las balas pasaron silbando por entre los filibusteros, atravesaron las velas, cortaron las cuerdas, se clavaron en el casco, y hundieron las amuras; pero no detuvieron el empuje del *Rayo*. Guiado por el robusto brazo del Corsario Negro, cayó con todo su ímpetu sobre el gran barco.

Afortunadamente para éste, un golpe de barra dado a tiempo por el piloto, le salvó de una catástrofe espantosa.

Apartado repentinamente de su línea oblicua a babor, huyó milagrosamente del espolonazo que debía enviarle a fondo con el costado hecho trizas.

El *Rayo* pasó por donde hacía un instante se encontraba la popa del barco adversario. Le tocó con el costado, y golpeándole bruscamente produjo un sordo retumbar que repercutió en el fondo de la estiva, le rompió la punta de la banda y parte del coronamiento; pero esto fue todo.

Fallado el golpe, el barco corsario prosiguió su rápida carrera, y desapareció entre las tinieblas sin haber dado señal de su numerosa tripulación ni de su poderoso armamento.

— ¡Relámpagos de Hamburgo! — exclamó Wan Stiller conteniendo la respiración, pues esperaba el tremendo encontronazo—. ¡Eso se llama tener fortuna los españoles!

— ¡No daba ni una pipada de tabaco por todos los que tripulan ese barco! — contestó Carmaux. — Me parece estar viéndolos descender al abismo del golfo.

— ¿Crees que repetirá el golpe el comandante?

— Ahora ya estarán en guardia los españoles, y nos presentarán la proa.

— Y nos bombardearán de lo lindo. Si nos disparan de día la andanada que nos han largado ahora, podía habernos costado la vida.

— Pero no nos ha producido más que averías insignificantes.

— ¡Calla, Carmaux!

El Corsario Negro había cogido el portavoz, y gritaba:

— ¡Dispuestos para virar de bordo!

— ¿Volvemos? — preguntó Wan Stiller.

— ¡Por Baco! Por lo visto, no quiere dejar marchar al barco español — contestó Carmaux.

— Y a mí me parece que tampoco éste tiene intenciones de irse.

Era verdad. El buque español, en lugar de proseguir la marcha, se había detenido, poniéndose a través del viento, como decidido a aceptar la batalla.

Pero viraba lentamente de bordo, presentando siempre el espolón, para evitar una nueva embestida.

También había virado de bordo el *Rayo* a dos millas de distancia; pero, en lugar de echarse encima del adversario, iba describiendo en torno de él un gran círculo, lo suficientemente grande para que no le alcanzasen los cañones del enemigo.

— ¡Comprendo! —dijo Carmaux—. Nuestro comandante quiere esperar a que amanezca antes de empeñar la lucha y de lanzarse al abordaje.

— E impedir a los españoles que prosigan su camino hacia Maracaibo —añadió Wan Stiller.

— ¡Eso es precisamente, amigo! Preparémonos para una lucha desesperada; y, como es costumbre entre nosotros los filibusteros, si me parte en dos una bala de cañón o muero sobre el puente del barco enemigo, te nombro heredero de mi modesta fortuna.

— ¿Que asciende?.. —dijo Wan Stiller sonriendo.

— A dos esmeraldas que lo menos valen quinientas piastras, y que llevo cosidas en el forro de mi chaqueta.

— Hay bastante con eso para divertirse durante una semana en la isla de la Tortuga. Yo también te nombro mi heredero; pero te advierto que no tengo más que tres doblones cosidos en el cinturón.

— Basta para vaciar media docena de botellas de vino de España a tu memoria.

— ¡Gracias, Carmaux! Ahora ya estoy tranquilo, y puedo esperar la muerte con toda serenidad.

El *Rayo* entretanto continuaba su carrera en derredor del barco de línea, el cual permanecía siempre quieto, limitándose a presentar la proa. El primero daba vueltas con rapidez como un pájaro fantástico, pero sin hacer tronar su artillería.

El Corsario Negro no había abandonado la barra del timón. Sus ojos, que parecía que se volvían luminosos como los de las fieras nocturnas, no se

apartaban de la nave de línea, como si tratase de adivinar lo que sucedía a bordo, o esperase una falsa maniobra para descargar sobre él el espolonazo mortal.

Su tripulación le miraba con supersticioso terror. Aquel hombre que manejaba su barco como si le hubiese transmitido su espíritu, que le hacía dar vueltas en derredor de la presa, casi sin cambiar el velamen, con su aspecto tétrico y con su rígida inmovilidad, inspiraba un cierto espanto a aquellos atrevidos merodeadores del mar.

Toda la noche estuvo el barco corsario dando vueltas en derredor del otro, sin contestar a los cañonazos que de cuando en cuando le disparaba, aunque sin éxito alguno; pero así que las estrellas comenzaron a palidecer y los primeros reflejos del alba tiñeron las aguas del Golfo, volvió a oírse la voz potente del Corsario Negro.

—¡Hombres de mar! —gritó—. ¡Cada uno a su puesto de combate!
¡Traed mi bandera!

El *Rayo* dejó de dar vueltas y marchó derechamente contra el enemigo, resuelto a abordarle.

La gran bandera negra del Corsario iba izada sobre el pico de la randa, y clavada para que no pudiese arriarla nadie, lo cual significaba que había que vencer a toda costa, o morir sin remedio.

Los artilleros de la toldilla de cámara habían apuntado los dos cañones de proa, y los filibusteros pasaron los fusiles por entre los espacios formados con las hamacas, dispuestos a acribillar al barco enemigo.

Cuando estuvo seguro el Corsario Negro de que todos estaban en su puesto de combate y de que los gavieros volvieron a tomar posiciones en las cofas, en las crucetas y penoles, gritó:

—¡Hombres de mar! ¡Ya no os detengo más! ¡Vivan los filibusteros!

Tres vivas formidables le respondieron.

El barco de línea había vuelto a ponerse al viento, y marchaba al encuentro del filibustero. Debían de montarlo hombres resueltos y valientes, porque generalmente los buques españoles procuraban huir de los ataques de los corsarios de la Tortuga, sabiendo por experiencia con quiénes tenían que habérselas.

A mil pasos comenzó el cañoneo con gran furor. Corriendo bordadas descargaba, ya sus cañones de estribor, ya los de babor, cubriéndose de humo y de llamas.

Era un gran buque de tres puentes, altísimo de bordo y con catorce bocas de fuego; en fin, un verdadero barco de batalla, probablemente, destacado por algún asunto urgente de la escuadra del almirante Toledo.

En el puente de órdenes de popa se veía al comandante, vestido de gran uniforme, con el sable en la mano y rodeado de sus oficiales, y en la toldilla, numerosos marineros.

Aquella fuerte nave, arbolando el gran estandarte de España en el palo mayor, se dirigía intrépidamente al encuentro del *Rayo*, cañoneándole de un modo terrible.

Aun cuando bastante más pequeño, el buque corsario no se atemorizaba ante aquella lluvia de balas. Apresuraba la marcha, contestando con sus cañones de proa, y en espera del momento oportuno para descargarle las doce piezas de sus costados.

Sobre el puente caían espesísimas las balas, hundiendo las amuras, penetrando en la estiva y en las baterías, destrozando el cordaje, y abriendo claros entre los filibusteros; pero no por eso cedía en la marcha, y se dirigía con audacia sin par al abordaje.

A cuatrocientos metros, los fusileros fueron en ayuda de los cañones de proa, y acribillaron la cubierta de la nave enemiga.

En breve debía ser desastroso para los españoles aquel fuego, porque, como ya hemos dicho, los filibusteros rara vez fallaban el tiro, pues casi todos habían sido cazadores de bueyes salvajes.

En efecto; las balas de los gruesos arcabuces hacían todavía más destrozos que los cañones. Los hombres del barco caían por docenas a lo largo de las bordas; caían los artilleros, y caían también los oficiales del puente de órdenes. Bastaron diez minutos para que ni uno solo quedase vivo. Incluso el comandante cayó en medio de su oficialidad, antes de que ambos barcos se hubieran abordado.

Pero quedaban aún los hombres de las baterías, bastante más numerosos que los marineros de cubierta.

Había que disputar la victoria final.

A veinte metros ya un buque del otro, ambos viraron bruscamente de bordo. Casi en el acto se oyó la voz del Corsario que resonaba por encima del estrépito de la artillería:

—¡Embrolla el palo mayor y la gavia; contrabasa el trinquete; caza a la randa!

El *Rayo* se apartó de repente al impulso de un violento golpe de barra, y fue a meter su bauprés por entre las escalas y el cordaje del mesana del barco enemigo.

El Corsario saltó a lo alto de la cubierta de la cámara, con la espada en la diestra y una pistola en la izquierda.

—¡Hombres de mar! —gritó—. ¡Al abordaje!

CAPÍTULO XI

LA DUQUESA FLAMENCA

Al ver los filibusteros a su comandante y a Morgan lanzarse al abordaje del barco, el cual ya no podía huir, se precipitaron detrás de ellos como un solo hombre.

Habían dejado los arcabuces, armas inútiles para un combate cuerpo a cuerpo, y empuñando los sables de abordaje y las pistolas, se lanzaron como impetuoso torrente y gritando a todo gritar para esparcir el terror entre los enemigos, en tanto que los gavieros desde las cofas, desde las crucetas, desde los penoles y desde las escalillas arrojaban granadas en medio del enemigo, haciendo fuego al propio tiempo con pistolas y fusiles.

La lucha se hizo terrible, espantosa. Tres veces el Corsario Negro llevó a sus gentes al asalto de la cubierta de cámara, en donde se habían reunido sesenta o setenta españoles que limpiaban la toldilla con los cañones de proa, y tres veces los rechazaron; por su parte, Morgan tampoco consiguió subir al castillo de proa. Con igual furor se combatía por ambas partes.

Los españoles, a pesar de haber sufrido pérdidas desastrosas causadas por el fuego de los arcabuceros, y que ya eran en menor número, resistían heroicamente, decididos a hacerse matar antes que rendirse.

Las granadas de mano que arrojaban impunemente los gavieros del buque corsario, hacían estragos en sus filas; pero no retrocedían. En derredor suyo se encontraban muertos y heridos ; pero el gran estandarte de España ondeaba atrevidamente en lo alto del palo mayor, con su cruz flameante a los primeros rayos del Sol.

Sin embargo, aquella resistencia no podía durar mucho. Los filibusteros, furiosos ante la obstinación de los enemigos, se arrojaron por última vez al asalto del castillo y de la toldilla guiados por los dos comandantes, que combatían en primera fila.

Treparon por las escalillas para dejarse caer por el cordaje del palo de mesana o a través de la maniobra de popa ; se agarraron a las bancazas, corrieron por las amuras, y llovieron por todas partes sobre los últimos defensores del desgraciado barco.

El Corsario Negro, terrible, irresistible, con la espada tinta en sangre hasta la guarnición, con la mano izquierda armada de una pistola y el traje desgarrado en mil sitios, se abrió paso hasta el palo de mesana, y derribó de un pistoletazo al oficial que mandaba a los españoles.

— ¡Rendíos! — gritó con voz de trueno—. ¡Rendíos, o no hay cuartel para nadie!

Los españoles, desmoralizados por la muerte de su jefe y reducidos a un pequeño grupo, arrojaron las armas.

El buque estaba tomado.

El Corsario se volvió hacia Morgan, que acababa de apoderarse del castillo de proa, y le dijo:

— ¡Mande usted cesar el fuego!

Luego, dirigiéndose a los españoles supervivientes, añadió:

— ¡Sois libres! El Corsario Negro no mata a los vencidos.

Un murmullo de asombro acogió estas palabras. Los españoles, que esperaban ser pasados a cuchillo según la costumbre de los filibusteros, no podían creer en tanta generosidad.

— ¡Sois libres, he dicho! — repitió el Corsario—. Podéis disponer de la chalupa grande para llegar a la costa.

—¡Gracias, caballero! —dijo un sargento, adelantándose—. ¿Dónde debemos decir que hemos sido vencidos por el Corsario Negro?

—En Veracruz.

—Está bien. Vendrá con nosotros a la isla de la Tortuga, y si quiere la libertad, pagará el rescate que fije mi tripulación. Márchense ustedes, valientes defensores de su patria y su bandera. Hago votos por que lleguen felizmente a la costa.

—¡Gracias, señor!

La chalupa grande había sido echada al agua con víveres para ocho días, con arcabuces y cierto número de cargas.

El contramaestre y sus diez y ocho marineros descendieron a la embarcación, en tanto que el estandarte de España dejaba el puesto a las negras banderas del filibustero, saludadas con dos cañonazos.

El Corsario Negro había salido a la proa y miraba a la chalupa, que se alejaba rápidamente dirigiéndose hacia el Sur ; esto es, hacia donde se abría la amplia bahía de Maracaibo.

Cuando ya vio muy lejos la chalupa, descendió murmurando:

—¡Y estos hombres son los que manda el traidor!

Miró a sus gentes, ocupadas en transportar a la enfermería a los heridos y en encerrar en lonas los cadáveres para arrojarlos al mar, e hizo una seña a Morgan.

—Diga usted a mis hombres —le dijo— que yo renuncio en favor de ellos la parte que pueda tocarme en la venta de este barco.

—¡Pero, señor —exclamó asombrado su lugarteniente,— este buque vale muchos miles de piastras! Eso lo sabe usted.

—¿Y a mí qué me importa el dinero? —contestó el Corsario despreciativamente—. Hago la guerra por motivos puramente personales, y no por avaricia de riquezas. Además, yo ya he cobrado mi parte.

—Eso no es cierto, señor.

—Sí ; podía haber llevado a la Tortuga a los diez y nueve prisioneros, quienes, para quedar libres, tendrían que pagar su rescate.

— Valían bien poco. Quizás no hubieran podido pagar todos ellos mil piastras.

— A mí me basta. Diga usted a mis hombres que fijen el rescate de la duquesa que viene a bordo de este buque. El gobernador de Veracruz y el de Maracaibo pagarán, si quieren verla libre.

— Nuestros hombres son aficionados al dinero; pero quieren más todavía a su comandante, y le cederán a usted los prisioneros de la cámara.

— ¡Bueno: ya veremos! — contestó el Corsario encogiéndose de hombros.

Iba a dirigirse hacia popa, cuando se abrió de repente la puerta de la cámara, y apareció una jovencita seguida de dos mujeres y de dos pajes lujosamente vestidos.

Era la jovencita una linda criatura, alta, elegante, de líneas suavísimas ; tenía la epidermis de un color blanco rosado, de ese rosado que tan sólo poseen las muchachas de los países septentrionales, y sobre todo, las que pertenecen a la raza anglo-sajona o escoto-danesa.

Sus blondos cabellos eran del color del oro pálido, y le caían por la espalda formando una gran trenza, que terminaba en un gran lazo azul bordado de perlas ; sus ojos, admirablemente bellos, tenían un color indefinido, con reflejos de acero bruñido, y estaban coronados por cejas finísimas y, cosa extraña, negras, en vez de rubias.

Aquella jovencilla, niña todavía, pues no tenía aún el desarrollo completo de la mujer, vestía un elegante traje de seda azul con gran cuello, como antes se usaba, pero sencillísimo, sin adorno alguno de oro ni plata ; en cambio, rodeábanle la garganta varios hilos de perlas gruesas que valían unos cuantos miles de piastras, y de sus orejas pendían dos magníficas esmeraldas, piedras en aquellos tiempos apreciadísimas.

Las dos mujeres que la seguían, dos camaristas, sin duda alguna, eran mulatas, lindas las dos, y tenían el color ligeramente bronceado, con reflejos de cobre: detrás de ellas iban los dos pajes.

La jovencilla, al ver la cubierta del barco llena de muertos y de heridos, de armas, de aparejos hechos pedazos y de balas de cañón, y, además, todo lleno de sangre, hizo un gesto ante tan horrible espectáculo ; pero al reparar

en el Corsario Negro, que se había detenido a cuatro pasos de distancia, le preguntó con aire de enfado y arrugando el entrecejo:

—¿Qué es lo que ha sucedido, caballero?

—Ya puede usted suponerlo, señora —contestó el Corsario—. Una batalla terrible, que ha terminado mal para los españoles.

—¿Y usted quién es?

El Corsario arrojó lejos de sí la espada ensangrentada que todavía no había dejado, y quitándose cortésmente el amplio sombrero, dijo con exquisita finura:

—Yo, señora, soy un noble del otro lado del mar.

—Eso no me explica nada —dijo la joven, un tanto satisfecha de la gentileza del Corsario.

—Entonces, añadiré que yo soy el caballero Emilio de Boccanera, señor de Valpenta y de Ventimilia, pero que tengo otro nombre muy distinto.

—¿Qué nombre, caballero?

—Soy el Corsario Negro.

Al oír este título, un gesto de terror contrajo el rostro de la hermosa jovencita, y su tez rosada se puso blanca como el alabastro.

—¡El Corsario Negro! —murmuró mirándole con ojos apagados—. ¡El terrible corsario de la Tortuga; el formidable enemigo de los españoles!

—Creo que se equivoca usted, señora. Podré combatir con los españoles ; pero no tengo motivo para odiarlos: acabo de dar una prueba de ello ahora mismo a los supervivientes de este barco. ¿No ve usted allá, en donde se confunden mar y cielo, un punto negro que parece perdido en el espacio? Es una chalupa tripulada por diez y nueve marineros españoles, a quienes he dejado libres, siendo así que por derecho de guerra hubiera podido matarlos o retenerlos prisioneros.

—¿Mentirán, entonces, los que le pintan a usted como al corsario más temible de la isla de la Tortuga?

—¡Quizás! —contestó el filibustero.

—¿Y de mí, qué piensa usted hacer, caballero?

— Ante todo, una pregunta.

— Hable usted, señor.

— ¿Es usted?...

— Flamenca.

— Una duquesa, según me han dicho.

— Es verdad, caballero — contestó la joven haciendo un gesto de mal humor, como si le hubiera desagradado que ya supiese el Corsario su alto rango social.

— ¿Y su nombre de usted, si no tiene inconveniente en decirlo?

— ¿Es preciso?

— Es preciso que yo lo sepa, si quiere usted obtener su libertad.

— ¿La libertad? ¡Ah, sí; es cierto! ¡Olvidaba que soy su prisionera!

— Mía, no, señora; de los filibusteros. Si se tratase de mí, pondría a su disposición mi mejor chalupa y mis marineros más fieles para que la desembarcasen en el puerto más cercano ; pero yo no puedo sustraerme a las leyes que rigen entre los hermanos de la costa.

— ¡Gracias! — dijo ella con una sonrisa adorable — . Me parecía muy extraño que un noble del caballeresco ducado de Saboya se hubiese convertido en ladrón del mar.

— La palabra puede ser dura para los filibusteros — dijo él arrugando la frente — . ¡Ladrones del mar! ¡Cuántos vengadores hay entre ellos! Montbars, el exterminador, ¿no hacía la guerra para vengar a los pobres indios, destruidos por la insaciable codicia de los aventureros de España? Quizás algún día pueda usted saber el motivo por el cual un caballero, un noble del ducado de Saboya ha venido a hacer estragos en las aguas del gran golfo americano. ¿El nombre de usted, señora?

— Honorata Willeman, duquesa de Weltendran.

— Está bien, señora. Retírese a la cámara, pues nosotros tenemos que cumplir la triste misión de sepultar a los héroes que han muerto en la lucha ; pero esta tarde espero a usted a comer a bordo de mi barco.

—¡Gracias, caballero! —dijo la joven alargándole una de sus manos, blanca y pequeña como la de una niña y de afilados dedos.

Hizo una ligera inclinación, y se retiró lentamente; pero antes de entrar en la cámara se volvió, y al ver al Corsario Negro, que permanecía inmóvil en el mismo sitio y con el sombrero todavía en la mano, le dirigió una sonrisa.

El filibustero no se había movido. Sus ojos, que se tornaron tétricos, estaban fijos en la puerta de la cámara, y su frente se puso aborascada.

Así estuvo durante algunos minutos, como absorto en un pensamiento tormentoso, y como si sus miradas siguiesen a una visión que huía. Al cabo, moviendo la cabeza, murmuró:

—¡Locuras!...

CAPÍTULO XII

LA PRIMERA LLAMA

El terrible combate entre ambos barcos había sido desastroso para las tripulaciones.

Más de doscientos cadáveres obstruían la toldilla, el castillo de proa y la cubierta de cámara del barco vencido.

Ciento sesenta hombres perdió el barco español y cuarenta y ocho el corsario, además de veintisiete heridos, que fueron transportados a la enfermería del *Rayo*.

También los buques habían sufrido grandes averías con el fuego de los cañones. Gracias a la rapidez del ataque, el *Rayo* no perdió más que dos penoles de fácil recambio y algunos trozos de la obra muerta, así como del cordaje y velamen ; pero el navío español quedó casi en la imposibilidad de ponerse a la vela: al mesana no le quedó una cuerda; el palo mayor, medio quebrado en su base por la explosión de una bomba, amenazaba con venir abajo al menor esfuerzo de las velas, y el timón lo había roto una bala de cañón: además, las amuras estaban bastante averiadas.

Pero con todo esto, era una hermosa nave, que después de reparada se podía vender con gran ventaja en la Tortuga, pues tenía numerosas bocas de

fuego y municiones en abundancia, cosas ambas solicitadas por los filibusteros, que generalmente carecían de ellas.

Así que el Corsario Negro se dio cuenta de las pérdidas sufridas y de los destrozos causados a los dos buques, mandó despejar de cadáveres la toldilla y proceder con toda urgencia a las reparaciones más precisas, pues le corría prisa abandonar aquellos parajes, no hiciese la suerte que se viera acometido por la escuadra del almirante Toledo, hallándose, como se hallaba, demasiado cerca de Maracaibo.

La triste ceremonia de arrojar al agua los cadáveres, se hizo en seguida. Metidos de dos en dos en sacos y con un par de balas de cañón a los pies, todos descendieron a los abismos del gran golfo, no sin habérseles quitado cuanto sobre sí tenían de algún valor, pues los peces no necesitaban nada, como bromeando decía Carmaux a Wan Stiller, salvados milagrosamente de la muerte.

Terminada tan lúgubre faena, la tripulación, bajo el mando de los contra-maestres, limpió la cubierta de restos de cordajes, amuras, etc., arrojó torrentes de agua sobre la sangre, y procedió al recambio de la maniobra estropeada, así fija como móvil.

Hubo necesidad de echar abajo el palo mayor del buque español y de reforzar fuertemente el de mesana, colocando en el puesto del timón un remo de dimensiones enormes, pues no encontraron ninguno de recambio en la carpintería ni en los almacenes.

A pesar de todo esto, el barco no estaba en condiciones de navegar por sí mismo, y fue preciso que lo tomase a remolque el *Rayo*, pues tampoco quería el Corsario dividir su ya escasa tripulación.

Se echó un gran cable de la popa de la nave filibustera a la proa del barco de línea, y a eso de la hora del crepúsculo, se dieron a la vela y navegaron rápidamente hacia el Norte, pues deseaban por momentos ponerse en seguro en la formidable isla de la Tortuga.

Dadas las últimas órdenes por la noche, y después de recomendar que se redoblaran las guardias, pues no estaba tranquilo por la proximidad de las costas venezolanas, sobre todo después del cañoneo de la mañana, ordenó al negro y a Carmaux que pasasen al buque español para buscar a la duquesa flamenca.

Mientras los dos hombres bajaban al bote y se dirigían hacia el barco remolcado por el *Rayo*, el Corsario Negro se había puesto a pasear por la toldilla, como si le hubiese acometido de pronto una gran agitación y una preocupación muy viva. Contra su costumbre, estaba nervioso e inquieto ; interrumpía repentinamente sus paseos para detenerse, cual si le atormentase algún negro pensamiento; se acercaba a Morgan, que vigilaba en el castillo de proa, como si tuviese intención de decirle algo ; pero de pronto le volvía la espalda y se alejaba hacia popa.

Como siempre, veíasele tétrico, quizás más tétrico que nunca. Por tres veces salió de la cámara de popa para mirar el barco de línea haciendo un gesto de impaciencia, y tres veces se alejó precipitadamente para detenerse sobre el castillo de proa, y mirar distraídamente a la Luna que en aquellos momentos surgía en el horizonte, esparciendo por el mar una lluvia de plata.

Pero en cuanto se oyó en el costado del buque el choque sonoro de la chalupa que volvía del barco español, abandonó presuroso el castillo de proa, y se detuvo en lo alto de la escala de babor, que bajaron en aquel momento.

Honorata, ligera como un pájaro, subía sin apoyarse en la baranda. Iba vestida lo mismo que por la mañana ; pero llevaba en la cabeza un ancho lazo de seda de colores, recamado de oro y adornado con flecos, como los serapé mejicanos.

El Corsario Negro esperaba, sombrero en mano y apoyada la mano izquierda en las guardas de la espada.

—Doy a usted gracias, señora, por aceptar mi invitación —le dijo.

—A usted es a quien debo dar gracias, caballero, por recibirme en su buque —contestó ella inclinando graciosamente la cabeza. —No olvide que soy su prisionera.

—La galantería también se conoce entre los ladrones del mar —contestó el Corsario con un ligero acento de ironía.

—¿Todavía me guarda usted rencor por las palabras que pronuncié esta mañana? El...

—No, señora; las he olvidado. Venga usted: la cena está dispuesta.

Ofreció el brazo a la duquesa, y la condujo a la cámara de popa, haciéndola entrar en un saloncito amueblado con exquisito gusto y alumbrado por una lámpara de plata.

En el centro había una mesa ricamente cubierta con un blanco mantel de Flandes, y en derredor, cómodos asientos de terciopelo azul, con gruesas placas de metal.

Dos grandes y artísticos candelabros de plata iluminaban el saloncillo, reflejándose su luz en los espejos y haciendo brillar un grupo de armas entrecruzadas sobre la puerta.

El Corsario invitó a sentarse a la joven flamenca y a la mulata ; después se sentó frente a ellas, y Moko, el hércules negro, sirvió la cena en vajilla de plata que llevaba grabado en el centro un extraño escudo de armas, quizás el del comandante, pues representaba una roca coronada por cuatro águilas.

La comida, compuesta en su mayor parte de pescado fresco exquisitamente condimentado de varios modos, de carne en conserva, de dulces y frutas de los trópicos, acompañado todo de vinos escogidos de Italia y de España, terminó en silencio, pues de los labios del Corsario Negro no salió una palabra, ni por su parte la joven flamenca se había atrevido a arrancarle a sus preocupaciones.

Después de servido el chocolate, según la costumbre española, en jícaras microscópicas de porcelana, el comandante se decidió a romper el silencio casi sombrío que reinaba en el saloncito.

—Perdóneme usted, señora —dijo mirando a la joven flamenca—. Perdóneme que haya estado demasiado preocupado durante la comida y que haya sido tan mal compañero de mesa ; pero cuando descende la noche, cae sobre mi alma una negra tristeza; con el pensamiento bajo a los abismos del gran Golfo, y vuelo a los nebulosos países que baña el mar del Norte.— ¿Qué quiere usted? ;Son tan negros los recuerdos que atormentan mi corazón y mi cerebro!

—¿A usted? ¿Al más valiente de los corsarios? —exclamó la joven con asombro—. ¿Usted que bate el mar de sus enemigos, que tiene un barco que desafía y vence a los más grandes navíos, hombres audaces que a una sola orden se hacen matar, que tiene siempre abundantes riquezas y que es uno de los más formidables jefes del filibusterismo? ¿Usted tiene tristezas?

—Mire usted el traje que visto, y pienso en el nombre que llevo. ¿No tiene todo esto algo de fúnebre?

—¡Es verdad! —contestó la joven duquesa a quien llamaron la atención aquellas palabras—. Viste usted un traje tétrico como la noche, y los filibusteros le han puesto un nombre que da miedo. En Veracruz, en donde he pasado algún tiempo al lado del marqués de Heredia, he oído contar a propósito de usted cosas tan extrañas que dan escalofríos.

—¿Qué cosas, señora? —contestó el Corsario con tono de mofa, mientras que sus ojos, en los que brillaba una luz sombría, se clavaban en los de la joven flamenca como si quisiera leer en el fondo de su alma.

—He oído contar que el Corsario Negro había atravesado el Atlántico en unión de sus hermanos, que vestían, uno traje verde y otro traje rojo, para llevar a cabo una venganza terrible.

—¡Ah! —dijo el Corsario, cuya frente se anublaba.

—Me han dicho que era usted un hombre que siempre estaba taciturno y sombrío, y...

—Continúe usted.

—...y que jamás había amado.

El Corsario se levantó bruscamente y se puso a pasear por el saloncito con gran agitación.

—¡Jamás! —murmuró con voz sorda—. ¡Jamás! ¡El odio ha matado en mí al amor!

La duquesa le seguía con la vista, tratando de adivinar los pensamientos que se agitaban en la mente de aquel hombre extraordinario.

—¿Y no amaré usted nunca? —le preguntó con voz dulce.

El Corsario se detuvo delante de ella, y la miró fijamente con sus ojos de fuego.

—¿Quién sabe? —dijo—. Tal vez el día en que haya cumplido mi juramento...

—¿Qué juramento?

—El de matar a Wan Guld y exterminar a toda su familia.

La joven flamenca lanzó un grito de terror.

—¡Wan Guld! —exclamó—. ¿El gobernador de Maracaibo?

—¡Sí, el traidor que ha matado a mis hermanos!

Hubo un momento de silencio. La duquesa parecía aterrada.

—¡Dios mío! —murmuró—. ¡Qué odio tan terrible!

El Corsario sacudió la cabeza como si quisiera desechar una idea importuna, y paseándose muy agitado dijo:

—Señora, es tarde; es preciso que usted regrese a su barco.

Se volvió hacia el negro que estaba inmóvil ante la puerta, semejante a una estatua de basalto, y le preguntó:

—¿Está lista la chalupa?

—Sí, patrón —contestó el africano.

—¿Quiénes la tripulan?

—El compadre blanco y un amigo.

—Venga usted, señora.

La joven se cubrió la cabeza, y se levantó. El Corsario le ofreció el brazo sin decir palabra, y la condujo a cubierta.

Durante aquel breve camino se detuvo dos veces ahogando un ligero suspiro.

—¡Adiós, señora! —dijo él en cuanto llegaron a la escala.

Ella le alargó su manecita, y se estremeció al sentir temblar la del Corsario.

—¡Gracias por su hospitalidad, caballero! —murmuró la joven.

Él se inclinó en silencio, y le indicó a Carmaux y a Wan Stiller que la esperaban al pie de la escala.

La joven, seguida de la mulata, descendió; pero así que hubo llegado abajo, levantó la cabeza, y vio en lo alto al Corsario Negro que inclinado sobre la amura la seguía con la mirada.

Saltó a la chalupa, y fue a sentarse en la popa al lado de la mulata, mientras que Carmaux y Wan Stiller cogían los remos disponiéndose a arrancar.

En pocos golpes la chalupa llegó debajo del buque de línea, el cual marchaba lentamente siguiendo la estela del *Rayo* que le remolcaba.

La joven flamenca, así que estuvo a bordo, en vez de dirigirse hacia la cámara, subió al castillo de proa, y miró con atención hacia el buque filibustero.

En la popa y hacia el timón vio delinearse a la luz de la Luna la negra figura del Corsario, con la larga pluma de su sombrero ondeando agitada por la brisa de la noche.

Allí estaba, inmóvil, con un pie sobre la amura, con la mano izquierda puesta sobre las guardas de su temible espada y la diestra en la cadera, mirando fijamente a la proa del barco español.

—¡Míralo! ¡Es él! —murmuró la joven inclinándose hacia la mulata, que la había seguido—. ¡Es el fúnebre gentilhombre de Ultramar! ¡Qué hombre tan extraño!

CAPÍTULO XIII

FASCINACIONES MISTERIOSAS

El *Rayo* marchaba lentamente hacia el Septentrión, con objeto de ganar las costas de Santo Domingo, y ya allí, meterse en el amplio canal abierto entre esta isla y la de Cuba.

El buque, además de la impedimenta del barco de línea que se veía obligado a remolcar, marchaba con gran trabajo a causa del obstáculo que ofrecía la gran corriente equinoccial que, después de atravesar el Atlántico corriendo en dirección de las playas de la América Central, sale dando un gran rodeo del Golfo de Méjico por cerca de las islas de Bahama y las costas meridionales de la Florida.

Por fortuna, el tiempo se mantenía sereno; de otro modo, se hubiera visto el *Rayo* obligado a abandonar a la furia de las olas la presa que cobrara a tan alto precio, pues los huracanes que se desencadenan en los mares de las Antillas son tan terribles, que es imposible formar idea de su fuerza.

Aquellas regiones que parece que ha bendecido la mano de Dios, aquellas opulentas islas cuya fertilidad es prodigiosa, favorecidas por un clima sin par y por un cielo que en su pureza nada tiene que envidiar al tan decantado de Italia, se ven sujetas a menudo a espantosos cataclismos, que por

causa de los vientos dominantes y de la corriente equinoccial las trastornan en pocas horas.

De cuando en cuando las azotan horribles tempestades, que destruyen las ricas plantaciones, arrancan de cuajo bosques enteros y derriban ciudades y aldeas; oleadas gigantescas se levantan entonces, y el mar se arroja contra las costas con irresistible ímpetu, llevándose por delante cuanto encuentra, y arrastrando los barcos anclados en los puertos; convulsiones formidables del suelo las sacuden de repente, sepultando a millares de personas en espantosas ruinas.

La buena estrella sonreía a los filibusteros del Corsario Negro, porque, como hemos dicho, el tiempo se mantenía espléndido, prometiendo una navegación tranquila hasta la isla de la Tortuga.

El *Rayo* marchaba plácidamente sobre aquellas aguas de esmeralda, tersas como un cristal y tan transparentes, que a través de ellas podía verse a cien brazas de profundidad el blanquísimo lecho del Golfo, lleno de arrecifes de corales.

Al reflejarse la luz en aquellas blancas arenas, hacía todavía más transparente y límpida el agua, no sin producir el vértigo a quien sin estar acostumbrado quisiera mirar a ella.

En medio de aquella nítida transparencia veíanse deslizarse en todas direcciones extraños peces que jugaban, se perseguían o se devoraban, y a menudo subían a la superficie merced al impulso de un vigoroso coletazo, esos terribles devoradores de hombres llamados *ziguenas*, escualos muy parecidos y no menos feroces que los tiburones, de veinte pies de longitud algunos, con la cabeza en figura de martillo, con los ojazos redondos, casi vítreos, colocados en el extremo de la boca, que, además de ser enorme, la tienen guarnecida de grandes dientes triangulares.

Dos días después del apresamiento del barco, el *Rayo*, gracias a un viento fuerte y favorable, se aventuraba por el trozo de mar comprendido entre Jamaica y la punta occidental de Haití, dirigiéndose rápidamente hacia las costas cubanas del Mediodía.

El Corsario Negro, que llevaba dos días encerrado en su camarote, al oír que el piloto señalaba las elevadas montañas de Jamaica, salió a cubierta.

Todavía estaba poseído de aquella inquietud inexplicable que le invadiera la noche misma en que había invitado a comer en su cámara a la joven flamenca.

No estaba quieto un solo momento. Paseaba nerviosamente por la pasarela, siempre preocupado y sin cambiar palabra con nadie, ni siquiera con Morgan.

Aún estuvo cosa de media hora mirando de vez en cuando, pero como distraído, a las montañas de Jamaica, que se dibujaban con gran claridad sobre el luminoso horizonte, y que parecían emerger del fondo de las aguas; después bajó a cubierta y prosiguió los paseos entre el palo de trinquete y el mayor, con la amplia ala del sombrero muy echada sobre los ojos.

De pronto, como si se le hubiese ocurrido alguna idea y obedeciera al impulso de una tentación irresistible, volvió a subir al puente, tornó a descender sobre el castillo de popa, y se detuvo junto a la amura.

Sus ojos se fijaron en seguida en la proa del barco español, que iba a una distancia de sesenta pasos, longitud que tenía el cable de remolque.

Se estremeció, e hizo como intención de retirarse; pero se detuvo en el acto, mientras que su rostro, siempre sombrío, se iluminaba, y su palidez se trocaba en una ligera tinta rosada, que no duró más que un instante.

En la proa del barco español había visto una sombra blanca apoyada en el cordaje.

Era la joven flamenca, envuelta en un largo manto blanco y con los blondos cabellos sueltos por la espalda en delicioso desorden, que volaban al impulso de la brisa marina.

Tenía vuelta la cabeza hacia el buque filibustero y los ojos fijos en la popa, mejor dicho, en el Corsario Negro.

Su inmovilidad era absoluta, y apoyaba la barba sobre las manos cruzadas en actitud meditabunda.

El Corsario Negro no hizo la menor señal, ni siquiera para saludarla. Cogióse a la amura con ambas manos como si tuviera miedo a que le arrancasen de allí, y clavó los ojos en los de la joven.

Parecía enteramente fascinado por aquellos ojos de color de acero, pues ni siquiera respiraba.

Encanto semejante, extraño en un hombre del temple del Corsario, duró un minuto, al cabo del cual pareció romperse. El Corsario Negro, casi arrepentido de haberse dejado vencer por la mirada de la joven, con un movimiento rápido soltó las manos de la amura y dio un paso hacia atrás.

Miró al timonel, que estaba a corta distancia; después, al mar; en seguida, a la arboladura de su barco, cual si no acabara de decidirse a dejar de mirar a la joven flamenca.

Ésta no se había movido. Apoyada siempre en el rollo de cuerdas, con la barba apoyada en la diestra y la blanca cabeza inclinada hacia adelante, miraba sin pestañear al Corsario.

Una luz irresistible se escapaba de sus grandes ojos, cuyas papilas parecían petrificadas en una inmovilidad vítrea.

El comandante del *Rayo* seguía retrocediendo siempre, como impotente para sustraerse a aquella fascinación. Estaba más pálido que nunca, y un ligero temblor sacudía su cuerpo.

Siempre retrocediendo sobre la toldilla de la cámara, llegó hasta el extremo del puente de órdenes, en donde se detuvo algunos momentos; pero al cabo prosiguió su marcha retrospectiva hasta tropezar con Morgan, que estaba terminando su cuarto de guardia.

—¡Ah! —le dijo algo confuso, mientras que rápido rubor coloreaba sus mejillas.

—¿Miraba usted también el color del Sol, señor? —le preguntó el segundo.

—¿Qué tiene el Sol?

—Mírele usted.

El Corsario abrió los ojos, y vio que el astro diurno, poco antes fulgurante, adquiriría un color rojizo que le hacía parecerse a una plancha de hierro incandescente.

Se volvió hacia los montes de Jamaica, y vio que sus cumbres se destacaban con mayor nitidez sobre el cielo, como si estuviesen iluminadas por una

luz mucho más viva que hasta entonces.

En el rostro del Corsario se manifestó en el acto cierta inquietud, y sus ojos se tornaron hacia el buque español, deteniéndose otra vez en la joven flamenca, la cual seguía en el mismo sitio.

— ¡Vamos a tener huracán! —dijo al fin con voz sorda.

— Todo lo indica, señor —respondió Morgan.

— ¿No siente usted ese olor nauseabundo que se eleva del mar?

— Sí; y también veo que la atmósfera comienza a enturbiarse. Estos son los síntomas de los tremendos huracanes de las Antillas.

— Verdad, capitán. ¡Tendremos que perder nuestra presa!

— ¿Quiere usted que le dé un consejo, señor?

— Hable usted, Morgan.

— Mande usted la mitad de la tripulación al barco español.

— Creo que tiene usted razón. Sentiría por mis gentes que ese hermoso barco fuese a parar al fondo del Océano.

— ¿Va usted a dejar en el barco a la duquesa?

— ¿La joven flamenca? —dijo el Corsario arrugando la frente.

— Estará mejor que allí a bordo del *Rayo*.

— ¿Sentiría usted que se ahogase? —preguntó el capitán volviéndose de repente hacia Morgan y mirándole con fijeza.

— Lo que pienso es que esa duquesa puede valer unos cuantos miles de piastras.

— ¡Ah! ¡Es verdad! ¡Tiene que pagar su rescate!

— ¿Quiere usted que mande que la trasborden antes de que lo impidan las olas?

El Corsario no contestó. Se había puesto a pasear por el puente, como si le preocupase algún grave pensamiento.

— ¡Bah! Yo me refería a mujeres muy distintas de las que envían a la fuerza a la Tortuga los gobiernos de las naciones del otro lado del mar.

Se detuvo un instante, y señalando a la joven duquesa, que seguía en el mismo sitio, continuó:

—¿Qué me dice usted de esa muchacha?

—Que es una de las criaturas más hermosas que se han podido ver en estos mares de las Antillas.

—¿Y no le daría a usted miedo?

—¿Esa muchacha? ¡No por cierto!

—¡Pues a mí sí!

—¿A usted? ¿Al que llaman el Corsario Negro? ¡Usted quiere bromear, comandante!

—No —contestó el filibustero—. A veces leo en mi destino, y, además, una zíngara de mi país me predijo que la primera mujer a quien quisiera, me sería fatal.

—¡No haga caso, capitán!

—Pero ¿qué diría usted si añadiese que aquella zíngara predijo a mis hermanos que uno moriría en un asalto, por obra de una traición, y que los otros concluirían en la horca? Usted ya sabe que tan fúnebre profecía se ha realizado.

—¿Y usted?

—Que moriría en el mar, lejos de mi patria, por causa de la mujer amada.

—¡By God! —murmuró Morgan estremeciéndose—. Pero esa zíngara pudo haberse equivocado respecto del cuarto hermano.

—¡No! —dijo con voz tétrica el Corsario.

Movió la cabeza, estuvo un instante meditabundo, y al cabo añadió:

—¡Sea!

Bajó del puente de órdenes, fue hacia proa, en donde había visto al africano hablando con Carmaux y Wan Stiller, y les gritó:

—¡Al agua la chalupa grande! ¡Traed a bordo a la duquesa de Weltendran y a su séquito!

En tanto que los dos filibusteros y el africano se apresuraban a obedecer, Morgan escogía treinta marineros para enviarlos a los que ya había en el barco de línea, previendo que muy pronto sería necesario cortar el cable de remolque.

Un cuarto de hora después, Carmaux y sus compañeros estaban de regreso. La duquesa flamenca, sus dos camaristas y los dos pajes subieron a bordo del *Rayo*, en cuya escala los esperaba el Corsario.

—¿Tiene usted que darme alguna noticia urgente, caballero? —preguntó la joven mirándole a los ojos.

—Sí, señora —contestó el Corsario inclinándose ante ella.

—¿Y qué es, si no hay inconveniente en saberlo ahora mismo?

—Que, probablemente, nos veremos obligados a abandonar ese barco a su suerte.

—¿Por qué motivo? ¿Nos persiguen acaso?

—No: nos amenaza un huracán, y eso me obliga a cortar el cable de remolque. Quizás conozca usted la terrible furia del gran Golfo cuando le agita el viento.

—Y a usted le interesa no perder su prisionera; ¿verdad, caballero? —dijo sonriendo la flamenca.

—Mi barco es más seguro que aquél.

—Gracias por su gentileza, caballero.

—No me dé usted gracias, señora —contestó con aire meditabundo el Corsario—. ¡Quizás sea fatal para alguien este huracán!

—¡Fatal! —exclamó con sorpresa la joven—. ¿Y a quién?

—Eso ya lo veremos.

—Pero ¿por qué?

—Todo está en mano del Destino.

—¿Teme usted que le suceda algo a su barco?

A los labios del Corsario asomó una sonrisa.

—Mi *Rayo* es un barco capaz de desafiar los furores del cielo y las iras del mar, y yo soy hombre que puede guiarle a través de las olas y de los vientos.

—Lo sé; pero...

—Es inútil que insista usted para que le dé más explicaciones, señora.

Le indicó la cámara de popa, y quitándose el sombrero prosiguió:

—Acepte usted la hospitalidad que le ofrezco, señora. Yo voy a desafiar la muerte: ése es mi destino.

Volvió a ponerse el sombrero, y subió al puente de órdenes; la calma que hasta entonces reinaba en el mar se rompió de pronto, como si desde las pequeñas Antillas viniesen cien trombas de viento.

Las chalupas que condujeron a bordo a los treinta marineros habían regresado, y la tripulación se hallaba ocupada en izarlas sobre la grúa del *Rayo*.

El Corsario Negro, que subió al puente, en donde le había precedido Morgan, se puso a observar el cielo hacia la parte de Levante.

Una gran nube, bastante oscura y con los bordes de color encendido, ascendía con rapidez, empujada, sin duda, por viento irresistible, en tanto que el Sol, casi próximo a su ocaso, se volvía a cada momento más oscuro, como si una niebla se hubiese interpuesto entre él y la Tierra.

—En Haití ya está el huracán desencadenado —dijo el Corsario a Morgan.

—Y a estas horas, seguramente estarán devastadas las pequeñas Antillas —añadió el segundo—. Dentro de una hora se pondrá espantoso el mar.

—¿Qué haría usted en mi caso?

—Buscaría un refugio en Jamaica.

—¡Mi barco huir ante el huracán! —exclamó con firmeza el Corsario—. ¡Oh! ¡Eso nunca!

—Señor, ya sabe usted lo formidables que son los huracanes de las Antillas.

—Lo sé, y desafiaré a éste. El barco de línea es el que debe ir a buscar refugio en aquellas costas; pero mi *Rayo*, no. ¿Quién manda a los hombres que se han embarcado en el barco español?

—El maestro Wan Horn.

—Un hombre valiente, que llegará a ser un filibustero de fama. Sabrá salir del apuro sin soltar la presa.

Descendió a la toldilla de la cámara con el portavoz en la mano, y subiéndose en la amura de popa, gritó con voz tonante:

—¡Cortad el cable de remolque! ¡Ohé! ¡Maestre Wan Horn, y refugiaos en Jamaica! ¡Nosotros os esperaremos en la Tortuga!

—Está bien, capitán —contestó el maestro, que estaba en la proa esperando órdenes.

Cogió un hacha, y de un solo tajo cortó el cable de remolque; en seguida, dirigiéndose hacia sus marineros, gritó quitándose el gorro:

—¡A la voluntad de Dios!

El barco desplegó las velas del trinquete y del mesana, no pudiendo utilizar las del mayor; viró de bordo, y se alejó hacia Jamaica, mientras que el *Rayo* se metía atrevidamente entre las costas occidentales de Haití y las meridionales de Cuba.

El huracán se acercaba a escape. A la calma sucedieron furiosos golpes de viento que venían de la parte de las pequeñas Antillas, y las olas crecían hasta hacerse formidables, ofreciendo un aspecto pavoroso.

Parecía como si se removiese el fondo del mar, pues se veían formarse en la superficie como remolinos espumeantes, al paso que saltaban chaparrones de agua y se levantaban de la superficie gigantescas columnas líquidas, que al caer producían un estrépito horrible.

La nube negra entretanto invadía el cielo interceptando por completo la luz crepuscular, y las tinieblas caían sobre el mar enfurecido, tiñendo las aguas de un color negruzco.

El Corsario, tranquilo y sereno, no parecía preocuparse del huracán. Sus miradas seguían al barco de guerra, al cual se le veía capear entre las olas y a punto de desaparecer en el horizonte, bogando con dirección a Jamaica.

Quizás le inquietaba algo aquel barco, pues ya sabía que se encontraba en pésimas condiciones para hacer frente a los golpes del huracán.

Así que el barco desapareció de la vista, bajó a la toldilla de popa y alejó al piloto diciendo:

—¡Dame la barra; quiero yo guiar mi Rayo!

CAPÍTULO XIV

LOS HURACANES DE LAS ANTILLAS

El huracán, después de batir con horrible furia a Puerto Rico y Haití, se lanzaba en aquellos momentos en el canal Sopravento con la temerosa violencia tan conocida de los navegantes del Golfo de Méjico y del mar Caribe.

A la clara y brillante luz de la zona ecuatorial sucedió una noche obscurísima, pues todavía los relámpagos no la iluminaban.

Era una noche de esas que infunden miedo a los más audaces marinos.

No se veía otra cosa que la espuma de las olas, que parecía haberse vuelto fosforescente.

Una ráfaga de agua y viento barría el mar con irresistible ímpetu; golpes furiosos de huracán sucedíanse los unos a los otros, produciendo silbidos y rugidos pavorosos, haciendo crepitar las velas y doblando la sólida arboladura.

Oíase resonar en los aires un extraño ruido que iba en aumento a cada instante. Parecía como si miles de carros cargados de hierros corriesen por el cielo, o que pasaran a todo vapor sobre puentes metálicos pesadísimos trenes.

El mar estaba horrible. Las olas, altas como montañas, rodaban de Levante a Poniente, lanzándose unas sobre otras con rumores sordos o con estallidos formidables, levantando cortinas de fosforescente espuma.

Se alzaban tumultuosamente como empujadas por misteriosa fuerza, volviendo a caer, y abriendo simas tan enormes, que parecía que tocaban en el fondo del Golfo.

El *Rayo*, con el velamen reducido a mínimas proporciones, había empeñado la lucha valerosamente. No conservaba tendidos más que los focos y las dos velas del trinquete y del palo mayor.

Semejaba un pájaro fantástico que volase al ras de las olas. Ya subía con intrepidez por aquellas montañas movibles deslizándose por entre las espumas como si quisiera clavar en las nubes el espolón, ya descendía entre aquellas paredes líquidas, cual si se precipitase hasta el fondo del abismo.

Rodaba de un modo desesperado, mojando los extremos de los penoles del trinquete y del mayor en la espuma; pero sus poderosos costados no cedían a los golpes formidables de las olas.

En derredor del barco, y hasta en la toldilla, caían a intervalos ramas de árboles, frutas de toda especie, cañas de azúcar y montones de hojas que revoloteaban en alas del torbellino, arrancados a los bosques y a las plantaciones de la vecina isla de Haití, mientras que torrentes de agua se precipitaban con ruido ensordecedor desde las nubes, corriendo furiosas por la cubierta, y desahogando penosamente por obenques y umbrales.

Pronto sucedió a la noche obscura una noche de fuego. Relámpagos cegadores rasgaban las tinieblas iluminando el mar y el barco con luz lívida, y entre las nubes estallaban espantables truenos, como si allá en lo alto se hubiese empeñado un duelo tenaz entre centenares de piezas de artillería.

Se había saturado el aire de electricidad, hasta el extremo de que en los cables del *Rayo* brillaban y saltaban miles de chispas, y en lo alto de los palos refulgía el fuego de San Telmo.

En aquel momento llegaba el huracán a su intensidad máxima. El viento adquirió una velocidad fulmínea, probablemente de cuarenta metros por segundo, y rugía con horrísono fragor, levantando verdaderas trombas y columnas enormes de agua pulverizada.

Los focos del *Rayo*, desgarrados y arrancados por el viento, habían desaparecido, y la vela del trinquete, reventada de golpe, concluía de hacerse jirones: la única que resistía era la del palo mayor.

El barco, debatiéndose entre las olas y las ráfagas, huía con espantosa rapidez en medio de los relámpagos y de las trombas oceánicas.

Por momentos parecía que iba a desaparecer en el abismo; pero se levantaba siempre, golpeando las olas que le batían y deshaciendo la espuma que le amagaba sepultarle.

El Corsario Negro, en la popa, siempre derecho, con la barra en la mano, guiaba el buque con mano segura.

Inconmovible entre las furias del viento, impasible entre el agua que le inundaba, desafiaba intrépido la cólera de la Naturaleza, con los ojos relucientes y la sonrisa en los labios.

Su negra figura se destacaba a la claridad de los relámpagos, adquiriendo en ciertos instantes gigantescas proporciones.

Los rayos se cruzaban en derredor de él trazando líneas de fuego; el viento le embestía arrancándole a pedazos la pluma que adornaba su sombrero; la espuma le cubría a veces amenazando derribarle; los truenos, cada vez más horrisonos, le ensordecían; pero él permanecía impávido en su puesto guiando el barco a través de las olas y de las ráfagas del huracán.

Parecía el genio del mar que surgiera de los abismos del gran Golfo para medir sus fuerzas con la desencadenada Naturaleza.

Los marineros, lo mismo que en la noche del abordaje cuando lanzaba el *Rayo* encima del barco de línea, le miraban con terror supersticioso, preguntándose si aquel hombre era realmente un ser mortal como ellos, o un ser sobrenatural a quien ni la metralla, ni las espadas, ni los huracanes conseguían abatir.

De pronto, cuando las oleadas se rompían con mayor furia en las bordas del velero, vióse que el Corsario se apartaba un momento de la barra, como si hubiera querido precipitarse hacia la escalerilla de babor de la cámara, haciendo un gesto de sorpresa y una mueca de terror.

Una mujer salía entonces de la cámara y subía a la toldilla agarrándose con energía al pasamanos de la escala, para no ser despedida por los desor-

denados bandazos del buque.

Iba completamente envuelta en un pesado abrigo de paño de Cataluña, pero llevaba descubierta la cabeza, revoleteando el viento sus magníficos cabellos rubios.

— ¡Señora! — gritó el Corsario, que reconoció en seguida a la joven flamenca—. ¿No ve usted que aquí está la muerte?

La duquesa no contestó, y le hizo con la mano una seña que quería decir:

— ¡No tengo miedo!

— ¡Retírese usted, señora! — dijo el Corsario, que se había puesto más pálido que de costumbre.

En lugar de obedecer, la animosa flamenca subió sobre la toldilla, la atravesó, siempre agarrada a la barra de la obra muerta, y se metió por entre la amura y la popa de la chalupa grande, que había sido izada a bordo por las grúas, con objeto de impedir que se la llevasen las olas.

El Corsario le suplicó otra vez que se retirase; pero ella le contestó con la cabeza haciendo un enérgico movimiento de negativa.

— ¡Pero que está aquí la muerte! — volvió a decirle—. ¡Vuélvase a la cámara señora! ¿Qué es lo que viene usted a hacer aquí?

— Vengo a admirar al Corsario Negro.

— ¡Si, y a que la arrebatan las olas!

— ¿Qué le importa a usted eso?

— ¡Pero yo no quiero la muerte de usted!; ¿me entiende usted, señora? — gritó el Corsario con un acento en el cual se sentía vibrar por primera vez un ímpetu apasionado.

La joven se sonrió, pero no se movió. Refugiada en aquel sitio, dejaba que el agua que saltaba sobre la cubierta la bañase, sin apartar los ojos del Corsario.

Este comprendió que era inútil insistir: quizás se alegraba de ver tan cerca de sí a la animosa joven, que desafiando la muerte había subido para admirar su audacia.

Cuando el huracán dio al barco un momento de tregua, volvió los ojos hacia la duquesa, y casi involuntariamente le sonreía.

Seguramente, se admiraban ambos. Cuantas veces la miraba, otras tantas se encontraban sus ojos con los de ella, que adquirieron la misma expresión que por la mañana en la proa del barco de línea.

Pero aquellos ojos, de los cuales fluía una fascinación misteriosa, producían en el intrépido filibustero una turbación que él mismo no podía explicarse. Aun cuando no la miraba, sentía que ella no le perdía de vista ni un solo momento, y no podía resistir el deseo de volver la cabeza hacia el sitio que ocupaba la dama.

Hubo un instante en que las olas se volcaron con mayor ímpetu sobre el *Rayo*. Tuvo miedo de sentirse trastornado por aquella mirada, y le gritó:

— ¡No me mire usted así, señora! ¡Nos jugamos la vida!

Aquella inexplicable fascinación cesó en el acto. La joven cerró los ojos, bajó la cabeza, y se tapó el rostro con las manos.

El *Rayo* encontrábase entonces cerca de las playas de Haití. A la luz de los relámpagos se veían dibujarse las altas costas, flanqueadas por peli-grosas escolleras, contra las cuales el buque podía hacerse pedazos.

La voz del Corsario resonó entre los mugidos de las olas y del viento.

— ¡Una vela de recambio en el trinquete! ¡Afuera los foques! ¡Atención a la virada!

Aun cuando el viento agitaba el mar hacia las costas meridionales de Cuba, estaba espantoso también cerca de las de Haití. Oleadas de fondo de quince o diez y seis metros de altura se formaban en derredor de las es-colleras, produciendo terribles contraolas.

Pero el *Rayo* no cedía. Se había desplegado la vela de recambio en el peñol del trinquete, y se habían recogido los foques colocados en el bauprés: el barco filaba bajo la costa como un steamer lanzado a todo vapor.

De cuando en cuando las oleadas le volcaban de un modo impetuoso, ya sobre babor, ya sobre estribor; pero el Corsario, por medio de un vigoroso golpe de barra, lo levantaba, poniéndole en buen camino.

Por fortuna, el huracán, que hacía tiempo había llegado a su mayor intensidad, comenzaba a disminuir en violencia, pues, por lo general, esas tremendas tempestades duran pocas horas.

Las nubes se rompían en varios sitios dejando entrever alguna estrella, y el viento no soplaba con el ímpetu de antes. A pesar de eso, el mar seguía borrascosísimo. Tenían que transcurrir muchas horas antes de que aquellas olas lanzadas por el Atlántico sobre el gran Golfo se calmasen.

Durante toda la noche luchó el barco desesperadamente contra las olas que le acometían por todas partes, logrando rebasar victoriosamente el canal de Sopravento, y abocar al trozo de mar comprendido entre las grandes Antillas y la isla de Bahama.

Al amanecer, y cuando el viento cambió de Levante al Septentrión, se encontraba el *Rayo* casi frente al cabo Haitiano.

El Corsario Negro que debía de hallarse rendido por tan larga lucha, y que tenía los vestidos empapados de agua, así que vio el pequeño faro de la ciudadela del Cabo, entregó la rebola del timón a Morgan, y dirigiéndose hacia la gran chalupa, al lado de la cual se hallaba acurrucada la joven flamenca, le dijo:

—Venga usted, señora. También yo la he admirado, pues creo que no haya mujer alguna que, como usted ha hecho, afrontase la muerte por ver cómo mi barco luchaba con el huracán.

La joven se levantó, sacudió el agua que le había empapado la ropa y los cabellos, miró al Corsario sonriendo, y dijo:

—Puede ser que no se atreviese mujer alguna a subir a cubierta; pero puedo decir que yo sola he visto al Corsario Negro guiar su nave en medio de uno de los más tremendos huracanes, y admirado su audacia y su vigor.

El filibustero no contestó. Permaneció delante de ella, mirándola con los ojos brillantes, al paso que su frente se obscurecía.

—Es usted una mujer valerosa —murmuró; pero en voz tan queda, que solamente ella pudo oírle.

En seguida, lanzando un suspiro, añadió:

—¡Que lástima que haya de ser usted una mujer fatal según la profecía de la zíngara!

—¿De qué profecía habla usted? —le preguntó la joven con estupor.

En vez de contestarle, el Corsario movió tristemente la cabeza murmurando:

—¡Son locuras!

—¿Es usted supersticioso, caballero?

—Quizás.

—¿Usted?

—¡Ah! Hasta ahora, las predicciones de la zíngara se han realizado, señora.

Miró a las olas que iban a estrellarse contra el costado del barco lanzando sordos mugidos, y mostrándoselas a la joven, añadió tristemente:

—Pregúnteselo, si puede, a ellas. Ambos eran hermosos, jóvenes, fuertes, atrevidos, y ahora duermen bajo esas olas, en el fondo del mar. La fúnebre profecía se ha cumplido, y de seguro se cumplirá la mía, porque siento que aquí, en el corazón, se alza una llama gigantesca que ya no puedo extinguir. ¡Sea! ¡Que se cumpla el destino fatal, si así está escrito! ¡No me da miedo el mar, y donde duermen mis hermanos también encontraré yo un sitio! ¡Pero después, cuando me haya precedido el traidor!

Se encogió de hombros, hizo un movimiento de amenaza con las manos, y en seguida descendió a la cámara, dejando a la joven flamenca más asombrada que nunca con aquellas palabras que no podía comprender.

... Tres días después, y cuando ya el mar se había tranquilizado, el *Rayo*, empujado por un viento favorable, llegaba a la vista de la isla de la Tortuga, nido de los formidables filibusteros del gran Golfo.

CAPÍTULO XV

EL FILIBUSTERISMO

En gracia a la verdad histórica, no acatada por los historiadores extranjeros, quienes de algún modo tenían que disculpar las atrocidades de los filibusteros enviados y sostenidos contra España por Holanda, Inglaterra y Francia especialmente, saltamos este capítulo, lleno de los errores que en daño nuestro y de la imparcialidad que debe presidir en todo estudio retrospectivo propalaron principalmente los franceses.

No culpamos al autor de este libro. Salgari desconoce, como casi la mayoría de los españoles mismos, los móviles bastardos que impulsaron a las naciones citadas a hacernos la guerra filibustera, que duró un siglo, y que tantos daños nos produjo.

Hoy, que la justicia va imponiendo sus derechos, se abre paso la verdad y ésta resplandece, comenzando a devolver a los conquistadores de América y a nuestros virreyes el alto concepto que merecen aquellos hombres heroicos y gobernantes ilustrados.

La prueba más concluyente de esta afirmación es que nación alguna ha sabido colonizar del modo que lo hemos hecho nosotros, pues, como dijo Humboldt, al declararse independientes esas antiguas colonias españolas

entraron de lleno y sin necesidad de protección en el concierto del mundo culto.

(N. del T.)

CAPÍTULO XVI

EN LA ISLA DE LA TORTUGA

Cuando el *Rayo* ancló en aquel seguro puerto, al otro lado del estrecho canal que le ponía a salvo de cualquiera sorpresa por parte de las escuadras españolas, hallábanse los filibusteros de la Tortuga en pleno holgorio, pues la mayor parte de ellos acababan de hacer ricas presas en sus correrías bajo las órdenes del Olonés y de Miguel el Vasco, por las costas de Santo Domingo y de Cuba.

Ante el fondeadero y en la playa, bajo amplias tiendas y a la sombra de frescas palmeras, banqueteaban alegremente aquellos terribles depredadores, consumiendo con prodigalidad de nabab, lo que les correspondiera en el botín.

Tigres en el mar, en tierra se convertían aquellos hombres en los más alegres de todos los habitantes de las Antillas, y —¡cosa extraña!— corteses hasta cierto punto, porque no dejaban de invitar a sus fiestas a los desgraciados españoles que hicieron prisioneros y llevaron consigo, con la esperanza de un buen rescate, portándose con ellos como caballeros, e ingeniándose para hacerles olvidar su triste condición.

Decimos triste, porque los filibusteros, si no llegaba el rescate pedido, recurrían con frecuencia a medios crueles para obligar a los parientes de sus cautivos a que pagasen la suma convenida; pero mientras tanto, se les veía comer y beber con sus víctimas en la mejor armonía.

Apenas ancló el *Rayo*, el Corsario hizo llamar a su segundo.

—Morgan —le dijo,— tome usted el mando del buque y proceda al reparto de las presas hechas en Maracaibo y en el mar. Entregue usted mi parte a la tripulación, y conserve la parte que le toca a mis dos hermanos muertos para que con ella se erija un mausoleo a su memoria en la Granada, si es que algún día podemos apoderarnos de aquella ciudad. Ellos, por desgracia, ya no la necesitan, y sus cuerpos descansan en el mar, en donde no se pueden levantar tumbas.

—Se hará como usted ordena, señor —contestó el segundo. —A usted se le entregará la parte que corresponde a la venta del barco español que el huracán debe de haber arrojado sobre las costas de Jamaica.

—Gracias, Morgan; pero ese barco se ha perdido para nosotros, y su tripulación, si no ha naufragado, estará prisionera de los ingleses.

—Lo siento por el valiente Wan Horn.

—¡Bah! Wan Horn no es hombre que se deje coger así como así, y no tardaremos en verle aparecer en la Tortuga con algún barco inglés o español.

—¿Desembarca usted, señor?

—Sí, y no volveré a bordo hasta el día en que tengamos que hacernos a la vela para ir a Maracaibo. El Olonés debe de estar aquí, y es preciso que nos pongamos de acuerdo para reunir la flota. No quiero que suceda lo que con mi hermano el Corsario Rojo, que por haber ido con un solo barco, y ése pequeño, no ha vuelto con vida para preparar la venganza.

Se interrumpió durante algunos instantes, y luego, cambiando de tono, añadió:

—Mande usted avisar al Olonés que esta tarde iré a buscarle; después vaya usted a saludar en mi nombre al gobernador. Más tarde iré yo mismo a verle.

Dicho esto, esperó a que amainasen las velas, y llevado a tierra el cable de amarra, y transcurrida media hora, descendió a la cámara en donde se encontraba la joven flamenca dispuesta para desembarcar.

—Señora —le dijo, —espera a usted una chalupa para conducirla a tierra.

—Estoy dispuesta a obedecer, caballero —contestó ella.— Soy su prisionera, y no he de oponerme a lo que usted ordene.

—No, señora; usted ya no es prisionera.

—¿Cómo es eso, señor? Yo no he pagado mi rescate todavía.

—El rescate ha ingresado ya en la caja de la tripulación.

—¿Y quién lo ha pagado? —preguntó estupefacta la duquesa.— Todavía no he avisado mi prisión al marqués de Heredia ni al gobernador de Maracaibo.

—Ciertamente; pero ha habido quien se ha encargado de pagar el rescate de usted —contestó sonriendo el Corsario.

—¿Usted quizás?

—Bien; ¿y si hubiera sido yo?

La joven flamenca se quedó silenciosa, y al cabo dijo con voz conmovida:

—Es una generosidad que no creía encontrar en los filibusteros de la Tortuga, pero que no me sorprende si el que la ha realizado se llama el Corsario Negro.

—¿Por qué, señora?

—Porque usted es distinto de los demás. En estos pocos días que he permanecido a bordo de su barco he tenido tiempo para poder apreciar la gentileza, la generosidad y el valor del caballero de Boccanera, señor de Ventimilia y de Valpenta. Pero le ruego que me diga en cuánto se ha fijado mi rescate.

—¿Tiene usted gran interés en pagar ese débito? ¿Quizás ansía usted salir pronto de la isla de la Tortuga?

—No se equivoca usted. Cuando llegue el momento de abandonar esta isla, quizás lo haga con más sentimiento del que usted pueda imaginar, y

puede creer que guardaré un reconocimiento grandísimo hacia el Corsario Negro, a quien acaso no olvidaré jamás.

—¡Señora! —exclamó el Corsario al mismo tiempo que una viva luz iluminaba sus ojos.

Había dado un paso hacia la jovencita; pero se detuvo en el acto, diciendo tristemente:

—¡Quizás para entonces me haya convertido en el más despiadado enemigo de los amigos de usted, y hecho nacer en su corazón una aversión profunda hacia mí!

Dio una vuelta por el saloncito, y de pronto, parándose ante la joven, le preguntó a quemarropa:

—¿Conoce usted al gobernador de Maracaibo?

La duquesa se estremeció al oír esta pregunta, palideció, y apareció en sus ojos una expresión de suprema ansiedad.

—Sí —respondió con un ligero temblor en la voz—. ¿Por qué me pregunta usted eso?

—Suponga usted que lo hago por pura curiosidad.

—¡Oh Dios mío!

—¿Qué tiene usted, señora? —preguntó el Corsario con asombro—. Está usted pálida y agitada.

En lugar de contestarle, volvió la joven a preguntarle con más fuerza:

—Pero ¿por qué me dice usted eso?

Iba a responder el Corsario, cuando se oyeron pasos en la escalerilla. Era Morgan que subía a la cámara después de cumplir la misión que le habían encargado.

—Comandante —dijo al entrar, —Pedro el Olonés espera a usted en su casa para darle urgentes noticias. Creo que durante la ausencia de usted ha madurado los proyectos que le propuso, y que ya está todo dispuesto para la expedición.

—¡Ah! —exclamó el Corsario, al mismo tiempo que un relámpago de sombría luz iluminaba sus ojos—. ¿Ya? ¡No creía que estuviese tan próxima

la venganza!

Se volvió hacia la joven flamenca, que todavía estaba bajo la influencia de una agitación extraña, y le dijo:

—Señora, permítame usted que le ofrezca hospitalidad en mi casa, que pongo por entero a su disposición. Moko, Carmaux y Wan Stiller la conducirán hasta ella, y permanecerán a su servicio.

—¡Pero, caballero, una palabra! —balbuceó la duquesa.

—Sí; ya comprendo: después hablaremos del rescate.

Y sin escuchar más salió presuroso, seguido de Morgan; atravesó la cubierta, y tomó puesto en una chalupa tripulada por seis marineros.

Se sentó en la popa, y asió la barra del timón; pero en lugar de dirigir la embarcación hacia el fondeadero, cerca de donde los filibusteros reanudaron sus orgías, puso la proa a un pequeño seno o rada que se extendía al Este del puerto, entrándose por un bosque de palmeras de gigantescas hojas y de alto y elegante tronco.

Descendió en la playa, hizo seña a sus hombres para que volviesen a bordo, y se metió por entre los árboles, tomando por un senderillo apenas perceptible.

Como de costumbre, y sobre todo cuando se encontraba solo, había vuelto a su abstracción pensativa; mas sus pensamientos debían de ser tormentosos, porque de cuando en cuando se detenía, o hacía con las manos un signo de impaciencia o de amenaza, y agitaba los labios como si hablase consigo mismo.

Habíase internado bastante trecho en el bosque, cuando una voz alegre, que tenía un acento ligeramente burlón, le sacó de sus meditaciones.

—¡Qué me coman los caribes si no tenía la seguridad de que había de encontrarte, caballero! ¿Te da miedo la alegría que reina en la Tortuga, para que hayas decidido venir a mi casa por el bosque?

El Corsario había levantado vivamente la cabeza, poniendo la mano en la espada. A treinta pasos de él, sentado en una gruesa raíz de un árbol del pan, había un hombre que le miraba sonriendo.

Era de mediana estatura, de miembros robustos, de aspecto enérgico y fisonomía inteligente, aunque algo dura.

Vestía, a la usanza de los filibusteros, una casaca de tela gruesa sin adornos de ninguna clase, calzones cortos, faja encarnada, botas altas de piel amarilla, y sombrero de fieltro sin pluma.

Aquel hombre era el famoso Pedro Nau, llamado el Olonés por ser natural de los arenales de Olona; aquel terrible filibustero que debía hacerse tristemente célebre por su ferocidad y odio implacable contra los españoles, y cuyo fin había de ser tan cruel (1).

Primeramente fue siervo; después pasó a filibustero, demostrando poseer un valor excepcional y una fuerza de espíritu extraordinaria, con lo que logró obtener del gobernador de la Tortuga el mando de un barco.

Con dicho barco aquel hombre audaz realizó prodigios, causando daños enormes a las colonias españolas, vigorosamente apoyado por los tres corsarios, Negro, Rojo y Verde.

Un mal día naufragó, y, empujado por la tempestad, fue a parar sobre las costas de Campeche, casi bajo los ojos de los españoles.

Sus compañeros perecieron; pero él pudo salvarse de la muerte metiéndose hasta el cuello en el fango para que no le descubriesen.

Saliendo luego de aquella sepultura palúdica, en vez de huir, tuvo el atrevimiento de acercarse a Campeche disfrazado de soldado español, y de entrar en la ciudad para estudiarla mejor; y capitaneando algunos esclavos, pudo volver a la Tortuga en una barca robada, apareciendo entre sus compañeros cuando todos le creían muerto.

Otro cualquiera se hubiese guardado muy bien de volver a tentar fortuna; pero el Olonés, por el contrario, se apresuró a volver al mar con dos barcos pequeños tripulados por veintiocho hombres, dirigiéndose a los Cayos de Cuba (una pequeñísima factoría), plaza entonces bastante comercial.

Algunos pescadores españoles advirtieron su presencia al gobernador de la plaza, quien envió contra él y sus dos barquitos corsarios una fragata tripulada por noventa hombres y cuatro veleros menores, con un negro que llevaba la misión de ahorcar a los filibusteros.

El Olonés no se asustó ante tanta fuerza. Abordó audazmente a la fragata, la apresó, e hizo degollar a todos los españoles, menos a uno, a quien mandó decir al gobernador que pagaría en la misma moneda a cuantos enemigos cayesen en sus manos.

Aquel hombre era el que esperaba al Corsario Negro.

—¡Ah, eres tú, Pedro! —dijo el caballero tendiéndole la mano.

—Sí; hace una hora que te esperaba. Morgan me anunció tu visita, y he salido a tu encuentro.

—Gracias, Pedro.

—Llegas a tiempo, caballero.

—¿De qué?

—De asistir a la partida de tu hermano el Corsario Rojo.

—Llegas tarde, Pedro.

—¿Se ha marchado ya?

—Sí, para el otro mundo —contestó el Corsario con voz sorda.

—¡Muerto! —exclamó el Olonés dando un salto atrás.

—Ahorcado en la plaza de Granada, en Maracaibo.

—¿Y tú no le has vengado?

—No; era yo solo contra toda la guarnición de la ciudad; pero he descolgado su cadáver, y lo he sepultado en el mar.

—¿Dónde?

—En el mismo sitio donde arrojaste el del Corsario Verde.

—¡Pobres valientes! —murmuró el Olonés con emoción—. ¡Tan jóvenes y tan fuertes! ¡Maldito sea Wan Guld!

—¡Calla, Pedro!

—¡Ah! ¡Pero los vengaremos, y pronto!

—¿Te has decidido al fin? —preguntó animadamente el Corsario Negro.

—He hecho más: preparar la expedición.

—¡Ah! ¿Es verdad lo que me dices?

—¡Por mi fe de ladrón, como me llaman los españoles! —dijo el Olonés riendo.

—¿De cuántos barcos dispones?

—De ocho, comprendiendo tu *Rayo*, y de seiscientos hombres, entre filibusteros y bucaneros. Nosotros mandaremos los primeros, y Miguel el Vasco los segundos.

—¿Viene el Vasco también?

—Me ha pedido que le dejase formar parte en la expedición, y me he apresurado a aceptar. Es un soldado que, como sabes, ha hecho campañas en los ejércitos europeos, y puede sernos muy útil. Además, es rico.

—¿Necesitas dinero?

—He agotado todo el que he cogido de la venta del último barco que apresé cerca de Maracaibo en mi regreso de la expedición a Los Cayos.

—Por mi parte, cuenta con diez y siete mil piastras.

—¡Por las arenas de Olona! ¡Tienes una mina inagotable en tus tierras de Ultramar!

—Te daría más si no hubiese tenido que pagar esta mañana un gran rescate.

—¡Un rescate! ¿Y por quién?

—Por una gran dama que ha caído en mis manos. El rescate pertenecía a mi tripulación, y se lo he dado.

—¿Y quién es esa dama? ¿Alguna española?

—No; una duquesa flamenca, pero que, seguramente, debe de estar emparentada con el gobernador de Veracruz.

—¡Flamenca! —exclamó el Olonés pensativo—. También es flamenco tu mortal enemigo.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó el Corsario, que se había puesto muy pálido.

—Pensaba que podría ser pariente de Wan Guld.

— ¡No lo quiera Dios! —exclamó con voz casi ininteligible el Corsario
—. ¡No; no es posible!

El Olonés se detuvo bajo un grupo de *maots*, árboles muy semejantes a los del algodón, y miró atentamente a su compañero.

— ¿Por qué me miras? —le preguntó éste.

— Pensaba en tu duquesa flamenca, y me preguntaba el motivo de tu repentina agitación. ¿Sabes que estás lívido?

— Tu sospecha hizo que afluyera a mi corazón toda mi sangre.

— ¿Qué sospecha?

— Que esa mujer pudiera estar emparentada con Wan Guld.

— ¿Y qué te importaría si así fuese?

— He jurado matar a todos los Wan Guld de la Tierra y a todos sus parientes.

— Bueno; pues con matarla, está todo concluido.

— ¡A ella!... ¡Oh, no! —exclamó con terror el Corsario.

— Entonces, eso quiere decir... —dijo vacilando el Olonés.

— ¿Qué?

— ¡Por los arenales de Olona! ¡Quiere decir que estás enamorado de tu prisionera!

— ¡Calla, Pedro!

— ¿Por qué he de callar? ¿Acaso es vergonzoso para los filibusteros querer a una mujer?

— No; pero presiento instintivamente que me será fatal esa muchacha, Pedro.

— En ese caso, abandónala a su suerte.

— Es demasiado tarde.

— ¿La amas mucho?

— Locamente.

—¿Y ella, te quiere?

—Eso creo.

—¡Una hermosa pareja, a fe mía! El señor de Boccanera no podía emparentar sino con una mujer de alto bordo. Eso es una fortuna muy rara en América, y mucho más para un filibustero. ¡Andando! ¡Vamos a beber una copa a la salud de tu duquesa, amigo mío!

CAPÍTULO XVII

LA QUINTA DEL CORSARIO NEGRO

La vivienda del célebre filibustero era una modesta casita de madera, construida de cualquier modo, con el techo de hojas secas, como las viviendas de los indios de las grandes Antillas, pero bastante cómoda, y amueblada con cierto lujo, pues aquellos fieros y rudos hombres de mar gustaban del lujo y del fausto.

Hallábase a media milla de la ciudadela, en el extremo de la espesura, en un lugar ameno y tranquilo, bajo la sombra de grandes cedros y de palmeras que la resguardaban de los ardientes rayos del Sol.

Un negro viejo, único criado del filibustero, les sirvió la comida en vajilla de plata, compuesta aquélla de carne asada de jabalí, de los que poblaban los bosques de la isla, de tortugas y de ananás.

El Olonés, que estaba de un humor excelente, hizo los honores de la mesa, y vació numerosos vasos de vino de España y de Francia, de los cuales tenía una preciosa colección que había cogido a los buques españoles; pero el Corsario, preocupado con su idea de venganza y con el recuerdo de la joven flamenca, comió poco y no habló casi nada.

—¿Qué tienes? —le preguntó el Olonés al ver que estaba tan preocupado
—. ¿Piensas todavía en el Corsario Rojo?

—Sí, y también en la duquesa.

—Oye, Emilio: esa mujer te ha embrujado.

—¡Es verdad, Pedro! Desde que la vi por vez primera, una voz interior me está diciendo continuamente que esa mujer será fatal para mí; y, sin embargo, a pesar de ese presentimiento, me siento arrastrado hacia ella por una fuerza irresistible.

—Cásate con ella, y se acabó.

—¡Yo! ¡Un filibustero!

—¡Pero también un gran señor!

—Para ella no seré nunca más que un ladrón del mar.

—¡Bah! Las mujeres aman a los hombres fuertes y audaces, y tú eres las dos cosas. ¿Dónde la has alojado?

—En mi quinta.

—¿Y tú adónde vas a ir, si está ocupada tu casa?

—Permaneceré contigo.

—¡Hombre, eso es una suerte con que yo no contaba! Así comentaremos mejor la expedición charlando con el Vasco, que va a venir a comer conmigo.

—Gracias, Pedro. Entonces, ¿cuándo marcharemos?

—Mañana al amanecer. ¿Tienes completa tu tripulación?

—Me faltan sesenta hombres, pues me he visto obligado a mandar treinta con el barco de guerra que capturé en las cercanías de Maracaibo, y otros treinta que perdí en la lucha.

—¡Bah! Es fácil encontrar otros tantos. Todos ambicionan navegar contigo y formar parte de la tripulación del *Rayo*.

—Sí; aun cuando yo gozo fama de ser un espíritu del mar.

—¡Por los arenales de Olona! ¡Siempre fúnebre como un fantasma! ¡Pero de seguro que no lo eres con tu duquesa!

—Quizás —contestó el Corsario.

Se levantó, y se dirigió hacia la puerta.

—¿Te marchas ya? —preguntó el Olonés.

—Sí: tengo que despachar algunos asuntos; pero esta noche, quizás un poco tarde, estaré aquí. Adiós, Pedro.

—¡Adiós, y cuidado con que te hechicen los ojos de la flamenca!

El Corsario ya estaba lejos cuando el Olonés concluyó de decir esto. Se entró por otro sendero, e internóse en el bosque que se extendía por detrás de la ciudadela ocupando una buena parte de la isla.

Entrelazaban sus ramas las magníficas palmeras llamadas *maximilianas*, las gigantescas *mauritias*, cuyas hojas están dispuestas en abanico, y las rígidas, como si fuesen de zinc, de los *jupati* o *bossu*, y bajo estos colosos de la familia de las palmeras crecían profusamente los arbustos, preciosos por su aspecto, que producen ese líquido picante y dulzón conocido en las orillas del Golfo de Méjico con el nombre de aguamiel, y de mezcal si está fermentado, la vainilla silvestre de largas pepitas, y el pimiento.

El Corsario, absorto en sus pensamientos, no se detenía a contemplar vegetación tan espléndida. Apresuraba el paso, y parecía impaciente por llegar al fin de su camino.

Media hora después se detuvo de pronto en las lindes de una plantación de elevadas cañas de color amarillo rojizo, que bajo los rayos del Sol próximo a ocultarse tenían reflejos de púrpura, sobre todo las largas hojas que pendían casi hasta tocar la tierra y que ceñían un fuste sutil, el cual terminaba en lindísimo penacho blanco exornado por delicada franja, cuyos colores variaban entre el cerúleo y el rubio.

Era una plantación de caña de azúcar ya en plena madurez.

El Corsario se detuvo un instante; pero en seguida se metió por entre las cañas, y después que hubo atravesado aquel trozo de terreno en cultivo, volvió a detenerse ante una linda vivienda erigida entre algunos grupos de palmeras que la sombreaban por completo.

Era una casita de madera, con una galería o mirador en torno y el techo casi oculto bajo una gran masa de flores de las lianas que trepaban por los pilares de la galería.

Carmaux, que estaba sentado en el último escalón de la entrada, fumando en una pipa de grandes dimensiones, al ver al Corsario se levantó apresuradamente.

—¿Está aquí la duquesa? —preguntó el Corsario.

—Sí, capitán.

—¿Está contenta de su alojamiento?

—Me parece que sí.

—¿Dónde está?

—En el jardín.

El Corsario rodeó la casa y entró en un bosquecillo de naranjos, de limoneros y de cedros, en medio del cual había un cenador formado por una gran liana cargada de flores de color de púrpura.

La joven duquesa estaba allí, sentada en un banco de bambú. Había dejado el manto, y no llevaba más adorno en la cabeza que una flor roja que resaltaba admirablemente entre sus rubios cabellos.

Tenía entre las manos un libro, pero no leía. Miraba a un colibrí, que zumbaba entre las flores de la liana buscando los insectos que se ocultaban en los cálices.

El Corsario Negro se extasiaba mirándola. Sus ojos, animados por una luz vivísima, la observaban atentamente, y la seguían en los más pequeños movimientos. Parecía deslumbrado por aquella belleza del Norte, pues casi no se atrevía a respirar, por miedo a romper el encanto.

De pronto hizo un movimiento, y rozó las hojas de una palmerilla que crecía al lado del cenador.

La joven flamenca, al oír el ruido de las hojas, se volvió, y vio al Corsario.

—¡Ah! ¿Es usted, caballero? —exclamó alegremente.

Y mientras el Corsario se quitaba galantemente el sombrero haciendo una graciosa inclinación, añadió:

—Le esperaba a usted: la mesa está dispuesta para la cena.

—¿Me esperaba usted, Honorata? —preguntó el Corsario besando la mano que le alargaba la joven.

—Ya lo ve usted, caballero. Aquí está un pedazo de lamantino y una cacerola de pájaros y pescados que no esperan otra cosa sino que vengáis a comerlos. Yo misma he vigilado el guiso.

—¿Usted, duquesa?

—¿Por qué se asombra? Las mujeres flamencas tienen costumbre de preparar por sí mismas la comida para sus huéspedes y para su marido.

—¿Y usted me esperaba?

—Sí, caballero.

—Sin embargo, yo no le había dicho a usted que vendría.

—Lo presentía.

—¡Gracias, señora!

Carmaux, que desempeñaba las funciones de maestresala, apareció en aquel momento llevando una fuente humeante y seguido de Wan Stiller, que traía dos botellas de vino de Canarias.

—Duquesa —dijo el Corsario,— me permitiré ofrecerle el brazo.

Se sentaron a la mesa, que estaba preparada debajo del cenador, pues la noche era clarísima y el aire embalsamado y fresco.

Carmaux encendió dos velas de cera protegidas por bombillas de cristal, para que no las apagase el viento, y la cena comenzó.

La joven, que parecía muy alegre, charlaba animadamente, preguntando al Corsario mil particularidades acerca de la vida aventurera de los filibusteros y de sus audaces empresas contra las colonias españolas.

Escuchaba con avidez la narración de los combates navales sostenidos por los hermanos de la costa, del abordaje de los grandes galeones cargados de oro, y de los asaltos dados a las ciudades de la América central.

Sus ojos brillaban de entusiasmo al oír aquellas narraciones épicas, dignas de los antiguos héroes griegos o romanos, y no podía ocultar su admiración por aquellos hombres que, en número reducidísimo, se atrevían a atravesar el continente americano para ir a asaltar las ciudades del Pacífico, o que con una simple barca no vacilaban en acometer a las escuadras de España.

Terminada la cena, el Corsario, que se había animado un poco, volvió a caer en su habitual mutismo.

Permanecía quieto, con los codos apoyados en la mesa y la cabeza entre las manos, mirando fijamente a la duquesa.

La joven, que se había dado cuenta de la tristeza de su huésped, guardó silencio también, y deshojaba una flor que había cogido de la liana.

—¿En qué piensa usted, caballero? —preguntó al cabo de un rato con voz dulce.

El Corsario se estremeció, y pasó la mano por su frente como para borrar un pensamiento molesto.

—Pienso, señora, que mañana al amanecer tendré que separarme de usted.

—¿Se marcha usted? —preguntó la joven con viva emoción.

—Sí, duquesa.

—¿Va usted a correr nuevas aventuras?

—Voy a Maracaibo.

—¿A Maracaibo? —exclamó la joven palideciendo. —¡Allí está el gobernador Wan Guld!

—Lo sé.

—¿Y es para combatirle por lo que usted se marcha?

—Pudiera ser.

—¿Y adónde va usted? —preguntó la joven con una ansiedad que no pasó inadvertida para el Corsario.

—No puedo decírselo, señora; no puedo descubrir los secretos del filibusterismo. Usted ha sido hasta hace pocos días huésped de los españoles de Veracruz, y en Maracaibo tiene usted conocimientos.

La joven flamenca arrugó el entrecejo y miró al Corsario con ojos severos.

—¿Desconfía usted de mí? —preguntó con tono de dulce reconvención.

—No, señora. ¡Dios me libre de sospechar de usted! Pero tengo que obedecer a las leyes por que se rige el filibusterismo.

—Me disgustaría mucho que el Corsario Negro hubiese podido dudar de mí. Le he conocido muy leal y muy caballero para que tal cosa pensara.

—Gracias por la buena opinión que le merezco, señora.

Se había puesto el sombrero y terciado al brazo el ferreruelo; pero no parecía decidirse a marchar. Permanecía en pie ante la joven, con la mirada fija en ella y la melancolía pintada en el rostro.

—Usted tiene algo que decirme; ¿verdad, caballero? —le preguntó la duquesa.

—Sí, señora.

—¿Y es cosa tan grave que pueda producirle esa vacilación?

—¡Quizás!

—Hable usted, caballero.

—Quería preguntar a usted si saldrá de esta isla durante mi ausencia.

—¿Y si me marchase? —preguntó la joven.

—Sentiría mucho no verla ya a mi regreso.

—¡Ah! ¿Y por qué, caballero? —preguntó ella sonriendo y ruborizándose a un tiempo.

—No sé por qué; pero creo que sería muy feliz si pudiera pasar otra noche como ésta al lado de usted. Sería para mí una compensación los sufrimientos que desde lejanos países de Ultramar he arrastrado conmigo a estas aguas americanas.

—Pues bien, caballero; si para usted sería una pena no encontrarme, confieso que tampoco yo me sentiría feliz si no volviese a ver más al Corsario Negro —dijo la joven duquesa bajando la cabeza y cerrando los ojos.

—Entonces, ¿me esperará usted? —preguntó el Corsario impetuosamente.

—Haré más, si usted me lo permite.

—¡Hable usted, señora!

—Le suplicaré que vuelva a darme nueva hospitalidad a bordo del *Rayo*.

El Corsario no pudo reprimir un movimiento de alegría; pero de pronto se puso tétrico.

—¡No;... es imposible! —dijo al cabo con firmeza.

—¿Le causaría enojo mi presencia?

—No; pero a los filibusteros, cuando se marchan a una expedición, les está prohibido llevar consigo ninguna mujer. Es verdad que el *Rayo* es un barco mío, que yo soy señor absoluto a su bordo, y que a nadie estoy sujeto; pero...

—Continúe usted —dijo la duquesa, que se había puesto triste.

—No sé por qué, señora; pero tendría miedo si la viese a usted a bordo de mi buque. ¿Es el presentimiento de una desgracia o de otra cosa peor que yo no puedo prever? Vea usted. Mi corazón, en lugar de estremecerse al hacerme usted ese ruego, ha sentido un dolor cruel. ¿No estoy más pálido que de ordinario?

—¡Es verdad! —exclamó con espanto la duquesa—. ¡Dios mío! ¡Será fatal para usted esa expedición!

—¿Quién puede leer en lo porvenir? Señora, déjeme usted marchar: en este momento sufro sin poder adivinar la causa. ¡Adiós, señora! ¡Y si está escrito que deba hundirme con mi barco en los abismos del gran Golfo o morir de un balazo o de una estocada, no se olvide usted demasiado pronto del Corsario Negro!

Dicho esto se alejó rápidamente, sin volver el rostro, como si tuviese miedo a entretenerse allí más tiempo. Atravesó el jardín y el corredor, y se

metió por el bosque en dirección de la casa del Olonés.

FIN DE «EL CORSARIO NEGRO»

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB